

---

**EL ÚLTIMO PARTIDO.**

John Grisham.



---

A Ty y los maravillosos chavales con quienes jugó al fútbol americano en el instituto; su extraordinario entrenador; y los recuerdos de dos títulos estatales.

---

## Martes.

El camino de Rake Field discurría junto a la escuela, pasaba por delante de la sala de la vieja banda de música y las pistas de tenis, atravesaba un túnel formado por dos perfectas hileras de arcos rojos y amarillos, plantados y sufragados por la junta de socios del equipo, para subir después a una suave loma y descender a una zona más baja cubierta del suficiente asfalto como para poder acoger mil vehículos. El camino se detenía delante de una inmensa entrada de ladrillo y hierro forjado que anunciaba la presencia de Rake Field y, al otro lado de la puerta, una valla metálica que rodeaba el sagrado terreno. Los viernes por la noche toda la ciudad de Messina esperaba a que se abriera la entrada y después corría hacia las gradas, donde cada cual ocupaba su asiento y se iniciaban los nerviosos rituales que precedían el comienzo del partido. La negra extensión pavimentada que rodeaba Rake Field se llenaba a rebosar mucho antes del saque inicial, empujando a los vehículos de fuera de la ciudad hacia los caminos sin asfaltar y las callejas y los lejanos aparcamientos situados detrás de la cafetería de la escuela y de su campo de béisbol. Los hinchas de los equipos rivales lo pasaban muy mal en Messina, pero no tanto como los equipos rivales.

Neely Crenshaw circulaba muy despacio por el camino de Rake Field; muy despacio porque llevaba muchos años ausente; muy despacio porque, cuando vio las luces del campo, los recuerdos se agolparon en su mente, tal como él ya sabía que iban a hacer. Pasó por entre los arcos rojos y amarillos, con su resplandeciente follaje otoñal. Sus troncos tenían unos treinta centímetros de grosor en los tiempos de gloria de Neely, pero ahora sus ramas se tocaban por encima de su cabeza y sus hojas caían como la nieve, cubriendo el camino de Rake Field.

Ya era la última hora de una tarde de octubre y un suave viento del norte enfriaba el aire.

Detuvo el automóvil cerca de la entrada y contempló el campo. Ahora todos sus movimientos eran lentos, todos los pensamientos lo abrumaban con los sonidos y las imágenes de otra vida. Cuando él jugaba, el campo no tenía nombre; ni falta que hacía. Todo el mundo en Messina lo conocía simplemente como El Campo.

-Los chicos están en El Campo esta mañana --decían en los cafés del centro.

-¿A qué hora vamos a limpiar El Campo? -se preguntaban en el Rotary Club.

-Rake dice que necesitamos nuevas gradas para visitantes en El Campo -se comentaba en la reunión de la junta de socios.

-Rake les ha dado una buena paliza esta noche en El Campo --decían en las cervecerías del norte de la ciudad. Ningún trozo de tierra de Messina era más venerado que El Campo. Ni siquiera el cementerio.

Cuando Rake se marchó, lo bautizaron con su nombre. Para entonces Neely ya se había ido, claro, se había ido hacía mucho tiempo sin la menor intención de regresar.

No sabía muy bien por qué regresaba ahora, pero, en lo más profundo de su ser, siempre había sabido que este día llegaría, el día de algún momento del futuro en que lo volverían a llamar. Él siempre había sabido que Rake había de morir y, como es natural, se celebraría entonces un entierro con cientos de antiguos jugadores congregados alrededor del ataúd, todos ellos vestidos con el verde del Spartan, todos llorando la pérdida de una leyenda que amaban y odiaban a la vez. Pero él se había dicho muchas veces que jamás regresaría al Campo mientras viviera Rake.

A lo lejos, detrás de las tribunas de los visitantes, había dos campos de entrenamiento, uno de ellos iluminado. Ninguna otra escuela del estado disfrutaba de semejante lujo, pero es que ninguna otra ciudad veneraba a su equipo de fútbol americano tan profunda y colectivamente como Messina. Neely oyó el silbato de un entrenador y los sordos rumores y gruñidos de cuerpos que se golpeaban los unos a los otros mientras el más reciente equipo del Spartan se preparaba para la noche del viernes. Cruzó la entrada y pasó al otro lado de la pista de atletismo, que estaba pintada de verde oscuro, naturalmente.

La hierba de la zona de anotación estaba impecablemente cuidada y en perfectas condiciones, incluso para jugar al golf, pero algunos tallos silvestres se estaban acercando lentamente a los postes. Había, además, una o dos áreas de hierbajos en una esquina y, tras haberlas detectado, Neely miró con más detenimiento y vio que no se había recortado la hierba a lo largo del borde de la pista. En los días de gloria, docenas de voluntarios se

---

reunían todos los jueves por la tarde y repasaban El Campo con tijeras de jardín, cortando todas las briznas de hierba rebeldes.

Ya no había días de gloria. Se habían ido con Rake. Ahora el fútbol americano de Messina lo jugaban unos simples mortales y la ciudad había perdido su jactanciosa gracia.

Un día el entrenador Rake había insultado en voz alta a un caballero muy bien vestido, el cual había cometido el pecado de pisar la sagrada hierba de Bermudas del Campo.. El caballero se había retirado rápidamente y se había puesto a caminar alrededor de la línea de banda; cuando lo tuvo más cerca, Rake se dio cuenta de que acababa de insultar al alcalde de Messina. El alcalde se ofendió, pero a Rake le dio igual. Nadie podía pisar su campo. El alcalde, poco acostumbrado a que lo insultaran, puso en marcha una desafortunada campaña para despedir a Rake, si bien éste no hizo caso. Los ciudadanos derrotaron al alcalde por cuatro a uno en cuanto su nombre apareció en las siguientes listas electorales.

En aquellos días, Eddie Rake tenía más fuerza política en Messina que todos los políticos juntos, pero él no le daba ninguna importancia.

Neely se quedó junto a la línea de banda y se acercó poco a poco a las tribunas de los seguidores locales, después se detuvo en seco y respiró hondo mientras el nerviosismo propio de los momentos inmediatamente anteriores al comienzo del partido lo azotaba con fuerza. Volvió a oír el clamor de la muchedumbre de antaño, una muchedumbre apretujada allí arriba, en las gradas, mientras la banda de música, en el centro de todo, hacía sonar con fuerza sus interminables interpretaciones del canto de guerra del Spartan. Y, en la línea de banda, justo a dos pasos del lugar donde él se encontraba, pudo ver que el número 19 estaba haciendo los ejercicios de calentamiento con los nervios a flor de piel en medio de la adoración del público. El número 19 era un all-American, es decir, un miembro del equipo ideal integrado por los mejores jugadores amateurs de fútbol americano de instituto de todo Estados Unidos, un quarterback muy codiciado, con un brazo de oro, unos pies muy rápidos y una envergadura impresionante, puede que el más grande que jamás hubiera dado Messina.

Neely Crenshaw había sido ese número 19, en otra vida.

Recorrió unos pasos a lo largo de la línea de banda, se detuvo en la línea de las cincuenta yardas donde Rake había dirigido centenares de partidos, y contempló una vez más las silenciosas gradas en las que, antaño, diez mil personas se reunían los viernes por la noche para concentrar todas sus emociones en el equipo de fútbol americano del Instituto.

Le hablan dicho que ahora el número de espectadores se había reducido a la mitad.

Habían transcurrido quince años desde que el número 19 emocionara a tantos. Quince años desde que Neely jugara en aquel sagrado césped. ¿Cuántas veces se había prometido no hacer nunca lo que ahora estaba haciendo? ¿Cuántas veces había jurado no regresar jamás?

En un campo de entrenamiento, a lo lejos, un entrenador tocó un silbato y alguien soltó un grito, pero Neely apenas lo oyó. En su lugar, estaba oyendo el redoble de los tambores de la banda y la ronca e inolvidable voz del señor Bo Michael a través del sistema de megafonía y el ensordecedor ruido de las gradas que vibraban mientras los hinchas saltaban arriba y abajo.

Y oyó a Rake vociferar y gruñir, a pesar de que su entrenador raras veces perdía la sangre fría en medio del ardor de la batalla.

Allí arriba estaban las animadoras... brincando y cantando con sus minifaldas, y sus tersas, bronceadas y firmes piernas. Neely podía elegir a las que quisiera por aquel entonces.

Sus padres se sentaban a la altura de la línea de las cuarenta yardas, ocho filas más abajo de la tribuna de prensa. Saludaba con la mano a su madre antes de cada saque.

Ella se pasaba casi todo el partido rezando para que no se rompiera el cuello.

Los reclutadores de los equipos universitarios tenían reservada una hilera de asientos con respaldo en la línea de las cincuenta yardas, localidades de primera. Alguien contó treinta y ocho informadores en el partido contra el Garnet Central, todos presentes para observar al número 19. Más de cien centros universitarios escribieron

---

cartas; su padre todavía las guardaba. Treinta y uno de ellos le ofrecieron becas completas. Cuando Neely fichó por el Tech, hubo una rueda de prensa y la noticia ocupó titulares en los periódicos.

Diez mil localidades allá arriba, en las gradas, para una ciudad con una población de ocho mil. Las matemáticas jamás habían funcionado. Pero es que acudía gente de todo el condado, personas venidas del quinto pino que no tenían nada que hacer el viernes por la noche. Tenían los cheques de la paga semanal, se compraban cerveza y acudían a la ciudad, al Campo, donde se apretujaban para formar un bullicioso grupo en el extremo norte de las tribunas, y armaban más jaleo que los estudiantes, la banda de música y los habitantes de la ciudad todos juntos.

Cuando él era pequeño, su padre lo mantenía apartado del extremo norte. «Aquella gente del condado», la de allí abajo, bebía y a veces se enzarzaba en peleas y gritaba palabrotas a los jueces.

Ahora las gradas estaban en silencio, a la espera. Bajó muy despacio por la línea de banda con las manos dentro por completo de los bolsillos, un héroe olvidado cuya estrella se había eclipsado prematuramente. Quarterback de Messina durante tres temporadas. Más de cien touchdowns. Jamás había perdido en aquel campo. Le vinieron de nuevo a la memoria los partidos, pese a su intento de bloquearlos. Aquellos días ya se habían ido, se dijo por centésima vez. Se habían ido hacía mucho tiempo. En la zona de anotación sur la junta de socios había levantado un marcador gigantesco y, alrededor del mismo, en unos grandes letreros blancos con letras verdes estaba toda la historia del fútbol americano de Messina. Y, por consiguiente, la historia de la ciudad. Temporadas imbatidas en 1960 y 1961, cuando Rake aún no había cumplido los treinta años. Después, en 1964, empezó La Racha, con unas temporadas sensacionales durante el resto de la década y hasta bien entrada la siguiente. En 1970, un mes después de que Neely naciera, Messina perdió contra South Wayne en el campeonato del estado, y se acabó La Racha. Ochenta y cuatro victorias seguidas, un récord nacional por aquel entonces, y Eddie Rake se convirtió en leyenda a la edad de treinta y nueve años.

El padre de Neely le había hablado de la inefable tristeza que envolvió la ciudad durante los días siguientes a la derrota. Como si ochenta y cuatro victorias seguidas no fueran suficiente. Fue un invierno muy duro, pero Messina resistió. En la temporada siguiente, los chicos de Rake ganaron por 13-0 y machacaron a South Wayne en el partido para el título del estado. Siguieron otros campeonatos estatales en 1974, 1975 y 1979.

Después vino la sequía. Desde 1980 hasta 1987, el último año de instituto de Neely, Messina había resultado imbatida cada temporada, había ganado fácilmente los partidos de la Conferencia y los encuentros de desempate y sólo había perdido en las finales del estado. Los ciudadanos no estaban contentos en los cafés. Los veteranos añoraban los días de La Racha. Algunas escuelas de California habían ganado noventa partidos seguidos y toda la ciudad de Messina se sentía ofendida.

A la izquierda del marcador, en unos verdes letreros con letras blancas, se rendía tributo a los más grandes de todos los héroes de Messina. Se habían retirado setenta números y el 19 de Neely había sido el último. A su lado estaba el 56, el número que luciera Jesse Trapp, un defensa que había jugado durante muy poco tiempo en Miami y después había ingresado en la cárcel. En 1974, Rake retiró el número 81 de Roman Armstead, el único del Spartan de Messina que había jugado en la NFL, la Liga Nacional de Fútbol.

Más allá de la zona de anotación sur había un «chalet del campo» que para sí hubiera querido cualquier pequeño centro universitario. Disponía de sala de pesas, cabinas y un vestuario para los jugadores de los equipos visitantes con alfombra y duchas. También lo había construido la junta de socios tras una intensa campaña de recogida de fondos que había durado un invierno y había dejado exhausta toda la ciudad. No se reparaba en gastos para el equipo de fútbol americano de los Spartans de Messina. El entrenador Rake quería pesas, cabinas individuales y despachos para los entrenadores, y la junta se olvidó prácticamente de la Navidad. Ahora había algo distinto, algo que Neely no había visto antes. Justo pasada la verja que conducía al chalet del campo había un monumento con base de ladrillo y un busto de bronce encima. Neely se acercó para echar un vistazo. Era Rake, un Rake de tamaño descomunal con arrugas en la frente y su habitual ceño fruncido y, sin embargo, con un atisbo de sonrisa en los labios. Llevaba la misma gastada gorra de Messina que había usado durante décadas. Un Eddie Rake de bronce a los cincuenta años, no el viejo de setenta. Debajo había una placa con una resplandeciente leyenda, en la cual se incluían los detalles que casi todo el mundo en las calles de Messina habría podido repetir de memoria: treinta y cuatro años como entrenador de los Spartans, 418 victorias, 62 derrotas, 13 títulos del estado y, entre 1964 a 1970, una racha imbatida que había terminado en 1984.

Era un altar, y Neely se imaginó a los Spartans inclinándose en reverencia ante él mientras se dirigían al campo cada viernes por la noche.

---

El viento empezó a soplar con más fuerza y esparció unas hojas a los pies de Neely. Los entrenamientos habían terminado y los sucios y sudorosos jugadores se estaban dirigiendo con paso cansino hacia el chalet del campo. Puesto que no quería que lo vieran, bajó a lo largo de la pista y cruzó una entrada. Subió treinta filas y se sentó solo en las gradas, por encima del Rake Field; desde allí podía verse la zona este del valle. Los campanarios de las iglesias se elevaban por encima del oro y el escarlata de los árboles de Messina en lontananza. El campanario de la izquierda pertenecía a la iglesia metodista y, a una manzana de distancia detrás del mismo, invisible desde las gradas, había una preciosa casa de dos plantas que la ciudad le había regalado a Eddie Rake en ocasión de su quincuagésimo aniversario.

Y en aquella casa, Miss Lila, sus tres hijas y todo el resto de los Rake estaban ahora reunidos a la espera de que el Entrenador exhalara su último aliento. No cabía duda de que la casa debía de estar llena de amigos mientras las flores se amontonaban por doquier y las bandejas de comida cubrían las mesas.

¿Habría también algún antiguo jugador? Neely no lo creía.

El siguiente automóvil que llegó al aparcamiento se detuvo cerca del de Neely. Este Spartan llevaba chaqueta y corbata y, al cruzar la pista, evitó también pisar el terreno de juego. Vio a Neely y subió por las gradas.

-¿Cuánto rato llevas aquí? -le preguntó mientras ambos se estrechaban la mano.

-No mucho -contestó Neely-. ¿Ha muerto?

-Todavía no.

Paul Curry había recibido cuarenta y siete de los sesenta y tres pases de touchdown que Neely le había lanzado durante sus tres años de carrera juntos. Crenshaw a Curry, una y otra vez, y prácticamente imparables. Habían sido cocapitanes simultáneamente. Eran amigos íntimos, si bien se habían distanciado con los años. Se seguían llamando el uno al otro tres o cuatro veces al año. El abuelo de Paul había fundado el primer banco de Messina, lo cual había marcado su futuro desde el nacimiento. Después se había casado con una chica perteneciente a otra importante familia de la ciudad. Neely había actuado como padrino, y la boda había sido el motivo de su último viaje de regreso a Messina.

-¿Qué tal la familia? -preguntó Neely.

-Bien. Mona está embarazada.

-Pues claro que está embarazada. ¿Son cinco o seis?

-Sólo cuatro.

Neely meneó la cabeza. Permanecían sentados con una separación de casi un metro y conversaban, mirando en la distancia con semblante preocupado. Se oyó ruido procedente del chalet del campo, mientras los automóviles y las camionetas empezaban a marcharse.

-¿Qué tal va el equipo? -preguntó Neely.

-No está mal, ha ganado cuatro y ha perdido dos. El entrenador es un tío joven de Missouri. Me gusta. El talento no abunda demasiado.

-¿Missouri?

-Sí, nadie de mil quinientos kilómetros a la redonda quiso el empleo.

-Has engordado un poco -dijo Neely, mirándole.

-Soy banquero y rotario, pero todavía te puedo ganar en una carrera.

Paul se detuvo de pronto, arrepintiéndose de haber pronunciado la última frase.

---

-Estoy seguro de que sí -dijo Neely sonriendo. No se había ofendido.

Contemplaron cómo se alejaban a toda velocidad los últimos automóviles y camionetas, casi todos ellos derrapando o, por lo menos, intentando hacerlo. Una de las tradiciones menores del Spartan.

Después todo volvió a quedar en silencio.

-¿Vienes alguna vez por aquí cuando no hay nadie? -preguntó Neely.

-Solía venir.

-¿Y caminas alrededor del campo y recuerdas cómo era entonces?

-Lo hacía hasta que dejé de hacerlo. Nos ocurre a todos.

-Es la primera vez que vuelvo aquí desde que retiraron mi número.

-Y no lo has dejado. Sigues viviendo en aquella época, sigues soñando y sigues siendo nuestro all-American quarterback.

-Ojalá jamás hubiera visto un balón de fútbol.

-En esta ciudad no tenías más remedio. Rake nos obligaba a ir uniformados cuando estábamos en sexto. Cuatro equipos... rojo, azul, oro y negro, ¿te acuerdas? El verde no porque todos los chiquillos querían vestir de verde. Jugábamos los martes por la noche y atraíamos a más aficionados que la mayoría de los institutos. Aprendíamos las mismas jugadas que Rake cantaba los viernes por la noche. El mismo sistema. Soñábamos con ser Spartans y con jugar ante diez mil fanáticos. Al llegar a noveno, el propio Rake supervisaba nuestros entrenamientos y nosotros nos conocíamos todas las cuarenta jugadas de su libro. Las conocíamos incluso dormidos.

-Yo las sigo recordando -dijo Neely.

-Yo también. ¿Te acuerdas de aquella vez que nos hizo repetir la misma jugada hasta caer rendidos durante dos horas seguidas de entrenamiento?

-Sí, porque tú siempre la cagabas.

-Después nos obligó a correr por las gradas hasta hacernos vomitar.

-Así era Rake -musitó Neely.

-Cuentas los años hasta que consigues la camiseta del primer equipo de la escuela y entonces eres un héroe, un ídolo, un presumido hijoputa porque en esta ciudad no puedes fallar. Sigues ganando y ganando y te conviertes en el rey de tu pequeño mundo hasta que, de pronto, todo desaparece. Juegas tu último partido y todo el mundo se echa a llorar. No puedes creer que todo haya terminado. Después viene otro equipo detrás y se olvidan de ti.

-Eso fue hace mucho tiempo.

-Quince años, tío. Cuando estudiaba en el centro universitario, regresaba a casa en vacaciones y procuraba no acercarme a este lugar. Ni siquiera pasaba por delante de la escuela en mi automóvil. Jamás veía a Rake, no quería verlo. Después, una noche de verano, poco antes de regresar al centro universitario, aproximadamente un mes antes de que lo despidieran, me compré un pack de seis cervezas, subí aquí y volví a repasar todos los partidos. Me pasé horas. Nos veía a todos marcando a voluntad, soltando leña en todos los partidos. Fue maravilloso. Pero después se me partió el alma porque todo había terminado, nuestros días de gloria se habían esfumado en un abrir y cerrar de ojos -explicó Paul.

-¿Odiaste a Rake aquella noche?

---

-No, más bien lo amé.

-Cada día era distinto.

-Para casi todos nosotros.

-Y, ahora, ¿te duele?

-Ya no. Cuando me casé, compramos abonos para la temporada, ingresamos en el club de socios, lo que hace todo el mundo. Con el tiempo, me olvidé de que había sido un héroe y me convertí en un simple aficionado.

-¿Vienes a todos los partidos? Paul señaló hacia la izquierda.

-Pues claro. El banco es propietario de todo un bloque de localidades.

-Con la familia tan numerosa que tienes, lo necesitas.

-Mona es muy prolífica.

-Ya se ve. ¿Qué pinta tiene?

-Pinta de embarazada.

-Bueno, ya sabes lo que quiero decir, te pregunto si está en forma.

-En otras palabras, si está gorda.

-Pues sí.

-No, hace ejercicio dos horas al día y sólo come lechuga. Está estupenda y quiere que vengas a cenar esta noche.

-¿Para comer lechuga?

-Para comer lo que tú quieras. ¿La puedo llamar?

-No, todavía no. Vamos a hablar un rato.

Pero no tenían mucho de qué hablar. Se quedaron mirando una camioneta que se detuvo cerca de la entrada. El conductor era un hombre cojo y corpulento con tejanos desteñidos, una gorra tejana y una poblada barba. Rodeó la zona de anotación, bajó por la pista de atletismo y, al subir las gradas, se percató de que Neely y Curry estaban sentados más arriba, observando todos sus movimientos. Los saludó con la cabeza, subió unas cuantas filas y después se sentó y contempló el campo, en profundo silencio y profunda soledad.

-Es Orley Short -dijo Paul al cabo, otorgando finalmente un nombre al rostro-. Finales de los setenta.

-Lo recuerdo -dijo Neely-. El defensa más lento de la historia.

-Y el más cabrón. Creo que el mejor de la Conferencia. Jugó un año en un centro universitario júnior de esos que imparten cursos de dos años y después lo dejó para irse a cortar leña el resto de su vida.

-A Rake le encantaban los leñadores, ¿verdad?

-¿Y a quién no? Cuatro leñadores en la defensa y te ganabas automáticamente un título de la Conferencia. Otra camioneta se detuvo cerca de la primera, bajó otro fornido caballero enfundado en un mono de trabajo y tocado con una gorra tejana, se acercó con andares pausados a las gradas donde saludó a Orley Short y se sentó a su lado. No parecía que el encuentro hubiera sido planeado de antemano.

-No acabo de situarlo -dijo Paul, tratando infructuosamente de identificar al segundo hombre.



---

En tres décadas y media Rake había entrenado a cientos de chicos de Messina y el condado. La mayoría de ellos jamás se había ido de allí. Los jugadores de Rake se conocían todos. Eran miembros de una pequeña hermandad cuyo número de socios ya se había cerrado para siempre.

-Tendrías que regresar más a menudo -dijo Paul cuando llegó el momento de volver a hablar.

-¿Por qué? -preguntó Neely.

-A la gente le gustaría verte.

-A lo mejor, soy yo quien no quiere verlos a ellos.

-¿Por qué no?

-No lo sé.

-¿Crees que la gente de aquí todavía te guarda rencor porque no ganaste el Heisman?

-No.

-Te recuerdan muy bien, pero ya eres historia. Sigues siendo su mejor jugador amateur de Estados Unidos, pero de eso hace mucho tiempo. Si entras en el Renfrow's Café, verás que Maggie sigue teniendo aquella enorme fotografía tuya sobre la caja registradora. Yo desayuno allí todos los jueves y, más tarde o más temprano, un par de viejos parroquianos empiezan a discutir sobre quién ha sido el mejor quarterback de Messina, si Neely Crenshaw o Wally Webb. Webb empezó por cuatro años, ganó cuarenta y seis partidos seguidos, jamás perdió, etc., etc. Pero Crenshaw jugaba contra chicos negros y el partido era más rápido y duro. Crenshaw firmó por el Tech, pero Webb era demasiado poca cosa para los grandes equipos. Se pasan horas discutiendo. Te siguen queriendo, Neely.

-Gracias, pero paso.

-Como tú quieras.

-Era otra vida.

-Vamos, déjate ya de historias. Disfruta de los recuerdos, Neely.

-No puedo. Rake vuelve a estar ahí.

-Pues entonces, ¿a qué has venido?

-No lo sé.

Sonó un teléfono desde algún recóndito lugar del elegante traje oscuro de Paul. Éste lo localizó y dijo:

-Curry. -Una pausa-. Estoy en el campo con Crenshaw. -Una pausa-. Sí, sí está aquí. Lo juro. De acuerdo.

Paul cerró el teléfono y se lo guardó en un bolsillo.

-Era Silo -explicó-. Le dije que puede que vinieras. Neely sonrió y meneó la cabeza al pensar en Silo Mooney.

-Llevo sin verle desde que nos graduamos.

-Él no se graduó, haz memoria.

-Es verdad. Lo había olvidado.

-Tuvo aquel pequeño problema con la policía. Programa «Cuatro sustancias controladas». Su padre lo echó de casa un mes antes de que nos graduáramos.

---

-Ahora lo recuerdo.

-Vivió unas cuantas semanas en el sótano de Rake y después se incorporó al Ejército.

-¿Qué hace ahora?

-Bueno, digamos que está teniendo una carrera de lo más vistosa. Abandonó el Ejército y lo licenciaron con deshonor, se pasó unos cuantos años trabajando en una plataforma de prospección submarina, se cansó del trabajo honrado y regresó a Messina, y aquí estuvo trapicheando hasta que le pegaron un tiro.

-Supongo que la bala no le dio.

-Por muy poco y, a partir de entonces, Silo intentó ir por el buen camino. Le presté cinco mil dólares para comprar la vieja zapatería Franklin's Shoe y se estableció como empresario. Rebajó los precios de los zapatos y, al mismo tiempo, les dobló el sueldo a sus empleados, de modo que, en cuestión de un año, quebró. Después se dedicó a vender parcelas del cementerio, a continuación, vehículos de segunda mano y, finalmente, caravanas. Le perdí la pista durante algún tiempo. Un día se presentó en el banco, pagó todo lo que debía en efectivo y dijo que había dado con una mina de oro.

-¿En Messina? -exclamó Neely.

-Pues sí. Consiguió engañar al viejo Joslin y quedarse con su chatarrería, que está al este de la ciudad. Montó un almacén y, en la parte de delante, regenta un taller de reparaciones legal. Una máquina de hacer dinero. En la trastienda tiene un negocio de piezas de recambio, especializado en camionetas robadas. Y eso sí que es una auténtica máquina de hacer dinero.

-Pero a ti no te dijo nada.

-No, no me habló del taller de piezas de recambio. Pero yo le llevo las cuentas del banco y aquí los secretos no se pueden guardar muy bien. Tiene no sé qué trato con una banda de ladrones de Las Carolinas, por el cual éstos le envían camionetas robadas. Él las desmonta y cambia las piezas. Todo dinero en efectivo, y parece ser que en grandes cantidades.

-¿Y la policía?

-Todavía no ha intervenido, pero aquí la gente que mantiene tratos con él se anda con mucho cuidado. Supongo que, cualquier día de éstos, el FBI le enviará una citación y, por si acaso, yo ya estoy preparado.

-Todo parece muy propio de Silo -dijo Neely.

-Es un desastre. Bebe de mala manera, es un mujeriego, anda derrochando dinero por ahí. Parece diez años más viejo.

-¿Por qué será que no me sorprende? ¿Sigue peleándose como antes?

-Constantemente. Pero ten cuidado con lo que digas sobre Rake. Nadie le quiere como Silo. Iría a por ti -advirtió Paul.

-No te preocupes.

En su calidad de centro del equipo ofensivo y de nose-guard del defensivo, Silo Mooney era el amo de todos los campos en los que jugaba. Medía casi metro ochenta y su físico parecía efectivamente un silo: todo en él era enorme... el pecho, la cintura, los brazos, las piernas. Con Neely y Paul, había jugado tres años. A diferencia de los otros dos, Silo hacía un promedio de tres faltas personales por partido. En cierta ocasión cometió cuatro, una en cada cuarto. Le habían expulsado dos veces por pegar patadas en la entepierna a los defensas contrarios. Vivía para ver sangre en cualquier pobre chico que jugara contra él.

-Ahora ya tengo al muy hijoputa sangrando -solía mascullar cuando se reunía en el huddle con sus compañeros, por regla general bien entrada la primera mitad-. No acabará el partido.

---

-Anda, a ver si lo matas -replicaba Neely.

Un defensa menos le facilitaba enormemente el trabajo a Neely.

A ningún otro jugador del Messina había insultado jamás el entrenador Rake con más furia y frecuencia que a Silo Mooney. Y ninguno se lo había merecido más que él.

Nadie ansiaba escuchar los ataques verbales tanto como Silo.

En el extremo norte de las gradas, allí donde los gamberros del condado solían armar tanto jaleo, un hombre de cierta edad subió en silencio hasta la última fila y se sentó. Estaba demasiado lejos para que lo reconocieran y era evidente que deseaba estar solo. Contempló el campo y no tardó en perderse en sus propios recuerdos.

Apareció el primer practicante de jogging y empezó a recorrer la pista en sentido contrario al de las manecillas del reloj. Era la hora del día en que los corredores y los paseantes se iban acercando poco a poco al campo para efectuar unas cuantas vueltas. Rake jamás había permitido semejantes bobadas, pero, tras su despido, hubo un movimiento en favor de la apertura de la pista a las personas que pagaran por ello. Por regla general, un hombre del servicio de mantenimiento permanecía allí cerca, vigilando para que nadie se atreviera a pisar la hierba de Rake Field. No había ninguna posibilidad de que ocurriera semejante cosa.

-¿Dónde está Floyd? -preguntó Neely.

-Todavía en Nashville, dándole a la guitarra y escribiendo mala música. En pos de su sueño.

-¿Ontario?

-Sigue aquí, trabaja en la oficina de correos. Él y Takita tienen tres hijos. Ella enseña en la escuela y sigue tan encantadora como siempre. Van cinco veces a la semana a la iglesia.

-Entonces, ¿sigue sonriendo?

-Como siempre.

-¿Denny?

-También aquí, enseña química en aquel edificio de allí. Jamás se pierde un partido.

-¿Tú hiciste química?

-No.

-Yo tampoco. Tenía notables en todo y eso que jamás abrí un libro.

-Ni falta que te hacía. Eras un all-American.

-¿Y Jesse sigue en la cárcel? -prosiguió Neely.

-Pues sí, se pasará una buena temporada allí -aclaró Paul.

-¿Dónde está?

-En Buford. Veo a su madre de vez en cuando y siempre le pregunto por él. La hago llorar, pero no puedo evitarlo.

-No sé si se habrá enterado de lo de Rake -dijo Neely.

---

Paul se encogió de hombros y meneó la cabeza. Hubo otra pausa en la conversación mientras ambos contemplaban cómo el viejo trataba de recorrer la pista con un doloroso trote. Algo más atrás, lo seguían dos voluminosas mujeres que gastaban más energía hablando que caminando.

-¿Supiste alguna vez la verdadera historia del porqué Jesse firmó con Miami? -preguntó Neely.

-Pues la verdad es que no. Corrieron muchos rumores sobre dinero, pero Jesse jamás dijo nada.

-¿Recuerdas la reacción de Rake?

-Sí, quería matar a Jesse. Creo que Rake le había hecho algunas promesas al reclutador de A&M.

-Rake siempre quería ser él quien entregara a los jugadores más valiosos -dijo Neely con un aire de experto-. A mí quería enviarme a la Universidad del Estado.

-Y es allí adonde habrías tenido que ir.

-Demasiado tarde para eso.

-¿Por qué firmaste por el Tech?

-Me gustaba el entrenador que tenían para el quarterback.

-A ningún quarterback le gustaba su entrenador. ¿Cuál fue el verdadero motivo?

-¿De veras lo quieres saber?

-Pues sí, después de quince años, la verdad es que me gustaría.

-Cincuenta mil dólares en efectivo.

-No.

-Sí. La Universidad del Estado me ofrecía cuarenta; A&M, treinta y cinco, y unos cuantos más se ofrecían a pagarme veinte.

Jamás me lo dijiste.

Jamás se lo he dicho a nadie hasta ahora. Es un negocio demasiado sórdido.

-¿O sea que cobraste cincuenta mil dólares en efectivo del Tech? -preguntó muy despacio Paul.

-Quinientos billetes de cien dólares introducidos en una bolsa de lona roja sin ninguna indicación, colocada una noche en el portamaletas de mi automóvil mientras yo estaba en el cine con Screamer. A la mañana siguiente, me comprometí con el Tech.

-¿Tus padres se enteraron?

-¿Estás loco? Mi padre hubiera llamado a la NCAA, la National Collegiate Athletic Association.

-¿Por qué lo aceptaste?

-Todas las escuelas ofrecían dinero, Paul, no te hagas el ingenuo.

-No me hago el ingenuo. Simplemente me sorprende que lo hicieras.

-¿Por qué? Habría podido firmar por el Tech por nada o habría podido aceptar el dinero. Cincuenta mil dólares para un idiota de dieciocho años es como ganar la lotería.

-Pero, aun así...

---

-Todos los reclutadores ofrecían dinero, Paul. No había ni una sola excepción. Pensé simplemente que era parte del negocio.

-¿Y cómo escondiste el dinero?

-Lo guardé en varios sitios distintos. Cuando llegué al Tech, me compré un automóvil nuevo, al contado. Los billetes no me duraron mucho.

-Y tus padres, ¿no sospecharon nada?

-Pues sí, pero yo estaba fuera, en el centro universitario, y no podían seguirme la pista a todas horas.

-¿No ahorraste nada?

-¿Por qué ahorrar dinero cuando estás en nómina?

-¿Qué nómina?

Neely cambió de posición en su asiento y esbozó una indulgente sonrisa.

-No me trates con tanta condescendencia, capullo. Curiosamente, casi ninguno de nosotros jugaba al fútbol americano en la Primera División.

-¿Recuerdas la Gator Bowl de mi primer año como universitario?

-Pues claro. Aquí lo vimos todos.

-Me levanté del banquillo en la segunda mitad, lancé tres touchdowns, corrí cien yardas y gané el partido con un pase de último momento. Ha nacido una estrella, soy el estudiante de primero más grande del país, bla, bla, bla. Bueno, pues, al volver al centro, me encuentro un paquetito en mi buzón. Cinco mil dólares en efectivo. La nota decía: «Bonito partido. Sigue adelante.» Era una nota anónima. El mensaje estaba claro: sigue ganando y el dinero seguirá llegando. Por eso no me interesaba ahorrar dinero.

La camioneta de Silo ostentaba una pintura personalizada que constituía una extraña mezcla entre dorado y rojo. Las ruedas lucían un brillante color plateado y las ventanillas eran negras como la pez.

-Aquí está-dijo Paul cuando la camioneta se detuvo cerca de la entrada.

-¿Qué clase de camioneta es ésta? -preguntó Neely.

-Robada, estoy seguro.

El propio Silo también ofrecía una imagen personalizada: una cazadora de cuero de piloto de la Segunda Guerra mundial, pantalones negros de tejido vaquero y botas negras. No había perdido peso ni lo había ganado, y seguía pareciendo un defensa cuando se puso a caminar muy despacio por el borde del campo. Eran los andares propios de un Spartan de Messina, casi se pavoneaba, parecía desafiar a cualquiera que se atreviera a pronunciar una palabra fuera de tono. Silo aún se podía colocar los protectores, efectuar un snap y hacer mucho daño.

En su lugar, dirigió la mirada hacia el centro del campo, viéndose tal vez a sí mismo mucho tiempo atrás, oyendo tal vez los bramidos que le dirigía Rake. Sea lo que fuere que Silo estuviera viendo u oyendo, lo indujo a detenerse un instante en la línea de banda antes de subir las gradas con las manos introducidas por completo en los bolsillos. Respiraba afanosamente cuando llegó al lugar donde se encontraba Neely. Abrazó como un oso a su quarterback y le preguntó qué había sido de él en los últimos quince años. Hubo intercambio de saludos, y de insultos. Había tanto terreno que cubrir que ninguno de ellos quería empezar.

Permanecieron sentados los tres en fila, contemplando el renqueo de otro corredor de jogging. Silo parecía apagado y, cuando habló, lo hizo casi en un susurro.

---

-Y, bien, ¿dónde vives ahora?

-En la zona de Orlando -contestó Neely.

-¿En qué trabajas?

-En el mercado inmobiliario.

-¿Tienes familia?

-No, sólo un divorcio. ¿Y tú?

-Bueno, supongo que tengo un montón de hijos, sólo que no los conozco. No me he casado. ¿Ganas dinero?

-Voy tirando. No figuro en la lista de Forbes.

-Pues yo el año que viene seguramente daré la campanada -dijo Silo.

-¿Qué clase de negocio es el tuyo? -preguntó Neely, mirando a Paul.

-Piezas de recambio de automóvil -contestó Silo-. He pasado por la casa de Rake esta tarde. Miss Lila y las chicas están allí, con los nietos y los vecinos. La casa está llena de gente, todo el mundo sentado por allí a la espera de que Rake se muera.

-¿Lo has visto? -preguntó Paul.

-No. Creo que está en la parte de atrás, con una enfermera. Miss Lila dijo que él no quería que nadie le viera en sus últimos días. Dijo que era un auténtico esqueleto.

La imagen de Eddie Rake tendido en una oscura cama con una enfermera contando los minutos a su lado hizo que los tres enmudecieran durante un buen rato. Hasta el día en que lo despidieron, Rake había entrenado con zapatillas de tacos y pantalones cortos, y jamás había dudado en demostrar directamente la mecánica de un bloqueo como Dios manda o las mejores características de la potencia de brazo. Rake disfrutaba del contacto físico con sus jugadores, pero no daba palmadas en la espalda para felicitar a alguien por el trabajo bien hecho. A Rake le encantaba dar caña, y ninguna sesión de entrenamiento se podía considerar completa a no ser que arrojara al suelo la tablilla con semblante enfurecido o agarrara a alguien por las hombreras. Cuanto más grande, mejor. En el entrenamiento de bloqueos, cuando las cosas no marchaban a su gusto, se agachaba en una impecable posición de tres puntos, lanzaba el balón y se abalanzaba contra un tackle del equipo defensivo con veinte kilos más de peso que él y toda la parafernalia de protectores y demás accesorios del equipo. Todos los jugadores de Messina habían visto a Rake, algún día en que estaba especialmente de malas, echarse encima de un corredor y derribarlo con un impresionante golpe. Le gustaba la violencia del fútbol americano y se la exigía a todos los jugadores.

En sus treinta y cuatro años de entrenador, Rake sólo había expulsado del campo a dos jugadores. La primera vez había sido con una célebre pelea a puñetazos a finales de la década de los sesenta entre el entrenador y un exaltado que había dejado el equipo y buscaba camorra, cosa que encontró en abundancia en Rake. La segunda había sido por un golpe gratuito que había aterrizado en la cara de Neely Crenshaw.

Parecía increíble que ahora fuera un marchito anciano a punto de exhalar su último aliento.

-Yo estaba en Filipinas -dijo Silo en voz baja, pero tan áspera que se escuchó con toda claridad a través del diáfano aire-. Vigilaba los lavabos de los oficiales y aborrecía aquel trabajo, por eso no te vi jugar en la Universidad.

-No te perdiste gran cosa -dijo Neely.

-Me enteré más tarde de que eras sensacional, aunque después te lesionaste.

-Jugué algunos partidos muy buenos.

---

-Fue el jugador nacional de la semana en segundo año -dijo Paul-. Lanzó seis touchdowns contra Purdue.

-Fue una rodilla, ¿verdad?

-Sí.

-¿Cómo ocurrió?

-Inicié el avance, vi un hueco, agarré la pelota, me lancé a la carrera y no vi a un defensa.

Neely hizo la descripción como si la hubiera repetido mil veces y prefiriera no volver a hacerlo.

Silo se había desgarrado un ligamento de la rodilla en un torneo de primavera y había sobrevivido. Algo sabía de rodillas.

-¿Cirugía y demás? -preguntó.

-Cuatro operaciones -contestó Neely-. Me rompí por completo el ligamento y me hice polvo la rótula.

-O sea, que te dio con el casco, ¿no?

-El defensa fue a por la rodilla mientras Neely estaba saliendo de los límites -explicó Paul-. La televisión lo mostró doce veces. Uno de los comentaristas tuvo el morro de llamarlo placaje innecesario. Era A&M, ¿qué otra cosa te puedo decir?

-Debió de dolerte de mala manera.

-Y que lo digas.

-Se lo llevaron en una ambulancia y la gente lloró por las calles de Messina.

-No me cabe la menor duda -dijo Silo-. Pero no hace falta mucho para que esta ciudad se emocione. ¿La recuperación no dio resultado?

-Fue lo que suele llamarse una lesión de fin de carrera -contestó Neely-. La terapia agravó la situación. Estuve perdido en cuanto agarré la pelota y eché a correr.

Hubiera tenido que quedarme en el pocket, tal como me habían enseñado a hacer en el entrenamiento.

-Rake jamás te dijo que te quedaras en el pocket.

-Los de allá arriba son otra clase de partidos, Silo.

-Sí, son todos una manada de burros. Jamás me reclutaron. Habría podido ser estupendo, probablemente el primer tackle de primera línea en ganar el Heisman.

-No me cabe la menor duda -dijo Paul.

-Todo el mundo lo sabía en el Tech-dijo Neely-. Todos los jugadores me preguntaban constantemente: «¿Dónde está el gran Silo Mooney? ¿Por qué no lo hemos reclutado?»

-Fue una pena -dijo Paul-. Aún estarías en la NFL.

-Probablemente con los Packers -dijo Silo-. Ganando dinero a paletadas. Con las chicas aporreando mi puerta. Viviendo a lo grande.

-¿Rake no quiso que fueras a un junior college? -preguntó Neely.

-Sí, allí habría ido a parar, pero no me dejaron terminar la escuela aquí.

---

-¿Cómo te incorporaste al Ejército?

-Dije una mentira.

No cabía la menor duda de que Silo habría mentido para incorporarse al Ejército y probablemente habría mentido para abandonarlo.

-Necesito una cerveza -dijo-. ¿Vosotros queréis algo?

-Yo paso -contestó Paul-. Tengo que volver pronto a casa.

-¿Y tú?

-Una cerveza me vendrá muy bien -contestó Neely.

-¿Te vas a quedar algún tiempo aquí? -le preguntó Silo.

-Es posible.

-Yo sí.

-Yo también. Parece el sitio más indicado en estos momentos.

El Maratón del Spartan era una tortura anual creada para inaugurar cada temporada. Se celebraba el primer día de entrenamiento de agosto, siempre al medio día, para que hiciera el máximo calor. Todas las esperanzas del primer equipo acudían a la pista con pantalones cortos de gimnasia y zapatillas de correr y, cuando tocaba el silbato, empezaba la carrera.

El reglamento era muy sencillo: corrías hasta que te desplomabas. Doce vueltas eran lo mínimo. A cualquier jugador que no pudiera completar las doce vueltas se le daba la oportunidad de repetir el maratón al día siguiente si fallaba dos veces, no era apto para convertirse en un Spartans de Messina. Cualquier jugador de fútbol americano del instituto que no pudiera recorrer tres millas, era mejor que ni se colocara los protectores.

Los entrenadores auxiliares permanecían sentados en tribuna de prensa, con aire acondicionado, y contaban las vueltas. Rake iba de una zona de anotación a la otra gritando a los corredores, bramándoles en caso necesario y después descalificando a los que eran demasiado lentos. Velocidad no era lo más importante a no ser que el ritmo de un nuevo jugador fuera el propio de un paseo, en cuyo caso Rake lo expulsaba de la pista. Cuando un jugador, se desmayaba o le descalificaban por cualquier otro motivo, estaba obligado a permanecer sentado en el centro del campo y a asarse bajo el sol hasta que ya no quedaba nadie de pie. Las reglas eran muy pocas, y las que daban lugar a una expulsión inmediata era el hecho de vomitar en la pista. Vomitar estaba permitido y muchos lo hacían, pero tras haberlo hecho, en algún lugar fuera de la pista, el jugador mareado tenía que reanudar la carrera.

De todo el amplio repertorio de duros métodos de preparación de Rake, el maratón era con mucho el más temido. A lo largo de los años, había inducido a muchos chicos de Messina a dedicarse a otros deportes o a abandonar por completo la práctica deportiva. Si en julio se le mencionaba la carrera a un jugador de la ciudad, éste se notaba de pronto un nudo en el estómago y la boca seca. A principios de agosto, la mayoría de los jugadores corría por lo menos cinco millas diarias a modo de entrenamiento.

Gracias al maratón, todos los Spartans estaban en una forma física impresionante. No era insólito que un corpulento corredor perdiera nueve o doce kilos en verano, y no por su novia ni tampoco por mantener la línea. El peso se perdía para poder sobrevivir al maratón del Spartan. En cuanto éste terminaba, los chicos podían volver a comer, aunque recuperar el peso no era fácil cuando uno se pasaba tres horas al día en el campo de entrenamiento.

En cualquier caso, al entrenador Rake no le gustaba tener jugadores corpulentos en la línea. Prefería a los tipos más peligrosos como Silo Mooney.

En último curso Neely completó treinta y una vueltas, casi ocho millas, y, cuando se desplomó sobre la hierba medio mareado, oyó que Rake lo insultaba desde el otro extremo del campo. Aquel año Paul recorrió nueve



---

millas y media, treinta y ocho vueltas, y ganó la carrera. Todos los Spartans recordaban dos números: el de su camiseta y el número de vueltas completadas en el maratón del Spartan.

-Es posible.

-Yo también. Parece el sitio más indicado en estos momentos.

El Maratón del Spartan era una tortura anual creada por Rake para inaugurar cada temporada. Se celebraba el primer día de entrenamiento de agosto, siempre al mediodía, para que hiciera el máximo calor. Todas las esperanzas del primer equipo acudían a la pista con pantalones cortos de gimnasia y zapatillas de correr y, cuando Rake tocaba el silbato, empezaba la carrera.

El reglamento era muy sencillo: corrías hasta que te desplomabas. Doce vueltas eran lo mínimo. A cualquier jugador que no pudiera completar las doce vueltas se le daba la oportunidad de repetir el maratón al día siguiente y, si fallaba dos veces, no era apto para convertirse en un Spartan de Messina. Cualquier jugador de fútbol americano de instituto que no pudiera recorrer tres millas, mejor que ni se colocara los protectores.

Los entrenadores auxiliares permanecían sentados en la tribuna de prensa, con aire acondicionado, y contaban las vueltas. Rake iba de una zona de anotación a la otra observando a los corredores, bramándoles en caso necesario y descalificando a los que eran demasiado lentos. La velocidad no era lo más importante a no ser que el ritmo de un jugador fuera el propio de un paseo, en cuyo caso Rake lo expulsaba de la pista. Cuando un jugador abandonaba, se desmayaba o le descalificaban por cualquier otro motivo, estaba obligado a permanecer sentado en el centro del campo y a asarse bajo el sol hasta que ya no quedaba nadie de pie. Las reglas eran muy pocas, y una de las que daban lugar a una expulsión inmediata era el hecho de vomitar en la pista. Vomitar estaba permitido y muchos lo hacían, pero tras haberlo hecho, en algún lugar fuera de la pista, el jugador mareado tenía que reanudar la carrera.

De todo el amplio repertorio de duros métodos de preparación de Rake, el maratón era con mucho el más temido. A lo largo de los años, había inducido a muchos chicos de Messina a dedicarse a otros deportes o a abandonar por completo la práctica deportiva. Si en julio se le mencionaba la carrera a un jugador de la ciudad, éste se notaba de pronto un nudo en el estómago y la boca seca. A principios de agosto, la mayoría de los jugadores corría por lo menos cinco millas diarias a modo de entrenamiento.

Gracias al maratón, todos los Spartans estaban en una forma física impresionante. No era insólito que un corpulento corredor perdiera nueve o doce kilos en verano, y no por su novia ni tampoco por mantener la línea. El peso se perdía para poder sobrevivir al maratón del Spartan. En cuanto éste terminaba, los chicos podían volver a comer, aunque recuperar el peso no era fácil cuando uno se pasaba tres horas al día en el campo de entrenamiento.

En cualquier caso, al entrenador Rake no le gustaba tener jugadores corpulentos en la línea. Prefería a los tipos más peligrosos como Silo Mooney.

En último curso Neely completó treinta y una vueltas, casi ocho millas, y, cuando se desplomó sobre la hierba medio mareado, oyó que Rake lo insultaba desde el otro extremo del campo. Aquel año Paul recorrió nueve millas y media, treinta y ocho vueltas, y ganó la carrera. Todos los Spartans recordaban dos números: el de su camiseta y el número de vueltas completadas en el maratón del Spartan.

Un día, cuando la lesión de la rodilla redujo a Neely bruscamente a la condición de simple estudiante del Tech, mientras se hallaba sentado en un bar, una compañera de estudios de Messina se le acercó.

-¿Te has enterado de la noticia de casa? -le preguntó la chica.

-¿Qué noticia? -dijo Neely, aunque no sentía el menor interés por las noticias de su ciudad.

-Se ha establecido un nuevo récord en el maratón del Spartan.

-Ah, ¿sí?

-Sí, ochenta y tres vueltas.

Neely repitió lo que ella había dicho, hizo los cálculos y dijo:

---

-Eso son casi veintiuna millas.

-Pues sí.

-¿Quién lo ha hecho?

-Un chico llamado Jaeger.

Sólo en Messina los chismorreos incluían las más recientes estadísticas de los entrenamientos de agosto. Randy Jaeger estaba subiendo ahora las gradas enfundado en su camiseta ,verde de juego, con el número 5 en blanco ribeteado de plata, bien remetida en la cinturilla de los vaqueros. Era bajo y muy delgado de cintura, sin duda un receptor de pies muy rápidos y con un tiempo impresionante en la línea de las cuarenta yardas. Reconoció primero a Paul y, en cuanto estuvo más cerca, vio a Neely.

Se detuvo tres filas más abajo diciendo: -Neely Crenshaw.

-Aquí estoy-dijo Neely.

Ambos se estrecharon la mano. Paul conocía bien a Jaeger porque, tal como al instante quedó aclarado en la conversación, la familia de Randy era propietaria de un centro comercial al norte de la ciudad y, como todo el mundo en Messina, él también utilizaba los servicios bancarios de Paul.

-¿Se sabe algo de Rake? -preguntó Jaeger, al tiempo que se sentaba en la fila de atrás y se inclinaba entre ellos dos hacia delante.

-No gran cosa. Sigue resistiendo -contestó Paul en tono abatido.

-¿Tú cuándo terminaste? -preguntó Neely.

-En 1993.

-¿Y a él lo despidieron en...?

-En 1992, mi último curso. Yo era uno de los capitanes.

Hubo una pesada pausa mientras la historia del despido de Rake iba y venía sin comentarios. Neely estaba recorriendo el oeste de Canadá en un ataque de mieditis de esos que a veces se producen al término de los estudios universitarios, que a él le duró por lo menos cinco años, de modo que se había perdido todo aquel drama. A lo largo del tiempo, se había enterado de algunos detalles, pero había tratado de convencerse a sí mismo de que nada de lo que le ocurriera a Eddie Rake le importaba.

-¿Tú corriste las ochenta y tres vueltas? -preguntó Neely.

-Sí, en 1990, cuando estaba en segundo.

-¿Conservas el récord?

-Sí. ¿Y tú?

-Treinta y una vueltas en el último año. Ochenta y tres parece increíble.

-Tuve suerte. Estaba nublado y no hacía calor.

-¿Y el que quedó segundo?

-Cuarenta y cinco, creo.

-Pues no creo que fuera suerte. ¿Jugaste en el centro universitario?

-No, pesaba sesenta kilos con los protectores y todo.

---

-Fue el mejor jugador estatal durante dos años. Y sigue ostentando el récord en yardaje de retorno. Lo que ocurre es que su mamá no pudo engordarlo.

-Tengo una pregunta -dijo Neely-. Yo completé treinta y una vueltas y me desplomé dolorido. Entonces Rake me insultó como a un perro. ¿Qué dijo exactamente cuando tú completaste las ochenta y tres?

Paul soltó un gruñido y esbozó una sonrisa, pues ya conocía la historia. Jaeger meneó la cabeza sonriendo. Muy típico de Rake -dijo-. Cuando terminé, se acercó a mí y me dijo en voz alta: «Pensaba que podrías llegar a cien.» Como es natural, eso lo dijo para que lo oyeran los otros jugadores. Más tarde, en los vestuarios, me susurró que había sido una actuación sensacional. Dos de los corredores de jogging abandonaron la pista, subieron unas cuantas filas y se sentaron, dispuestos a contemplar el campo. Tenían unos cincuenta y tantos años, estaban morenos y en forma, y calzaban unas caras zapatillas deportivas.

-El de la derecha es Blanchard Teague -dijo Paul, en su afán de demostrar que conocía a todo el mundo-. Es nuestro óptico. El de la izquierda es Jon Couch, un abogado. Jugaron a finales de la década de los años sesenta, durante La Racha.

-O sea que nunca perdieron un partido --dijo Jaeger.

-Exactamente. De hecho, al equipo de 1968 jamás le anotaron ningún tanto. Doce juegos y doce victorias aplastantes. Y estos dos tíos estaban allí.

-Tremendo -dijo Jaeger, impresionado por demás.

-Eso fue antes de que yo naciera-dijo Paul.

Una temporada sin anotaciones tardó un minuto en digerirse. El óptico y el abogado estaban profundamente enfrascados en su conversación, evocando sin duda sus sensacionales logros durante La Racha.

-El periódico publicó un reportaje sobre Rake unos cuantos años después de su despido -musitó Paul-. Reproducía todas las consabidas estadísticas, pero también añadía que, en treinta y cuatro años, había entrenado a setecientos catorce jugadores. Éste era el titular del reportaje: «Eddie Rake y los Setecientos Spartans.»

-Lo vi -dijo Jaeger.

-Me pregunto cuántos de ellos asistirán a su entierro -dijo Paul.

-Casi todos.

La versión de Silo de un viaje a por bebidas incluía la compra de dos cajas de cerveza y otros dos tíos para ayudarlo a beberlas. Bajaron tres hombres de su camioneta; Silo encabezaba la marcha con una caja de Budweiser al hombro y una botella en la mano.

-Vaya por Dios -dijo Paul.

-¿Quién es el tío delgado?

-Creo que es Hubcap.

-¿Hubcap no estaba en la cárcel?

-Entra y sale.

-El otro es Amos Kelso -dijo Jaeger-. Jugaba conmigo.

Amos llevaba la otra caja de cerveza y, mientras los tres subían las gradas, Silo invitó a Orley Short y a su compañero a acompañarlos. No lo dudaron ni un instante. Después Silo llamó a gritos a Teague y a Couch, y ambos lo siguieron hasta la fila treinta donde estaban sentados Paul, Neely y Jaeger.

---

Una vez hechas las presentaciones y abiertas las botellas, Orley preguntó al grupo:

-¿Cuáles son las últimas noticias sobre Rake?

-Se limita a esperar.

-Yo me he pasado esta tarde por allí -dijo con tristeza Couch-. Es sólo cuestión de tiempo.

Couch se daba unos aires de abogado importante que a Neely le desagradaron de inmediato. Después Teague, el óptico, soltó una parrafada acerca de los más recientes avances sobre el cáncer de Rake.

Ya casi había anochecido. Los últimos corredores habían abandonado la pista. En medio de las sombras un alto y desgarbado sujeto salió del chalet del club y se acercó poco a poco a los postes metálicos que sostenían el marcador.

-Ése no será Rabbit, ¿verdad? -preguntó Neely.

-Pues claro que lo es -contestó Paul-. Nunca se va.

-¿Qué título tiene ahora?

-No necesita ninguno.

-A mí me enseñaba historia -dijo Teague.

-Pues a mí, matemáticas -dijo Couch.

Rabbit se había dedicado durante once años a la enseñanza, hasta que alguien descubrió que jamás había terminado los estudios de bachillerato. Lo despidieron como consecuencia del escándalo, pero Rake intervino entonces y consiguió que lo readmitieran como subdirector deportivo. Semejante título en el Instituto de Messina significaba que Rabbit se limitaba a recibir órdenes de Rake. Conducía el autocar del equipo, limpiaba los uniformes, se encargaba del mantenimiento del equipamiento y, lo más importante, le contaba a Rake todos los chismes.

Las luces del campo estaban montadas sobre cuatro postes, dos a cada lado. Rabbit pulsó un interruptor. Se encendieron las luces del extremo sur del lado de los visitantes, diez hileras de diez luces cada una. Unas alargadas sombras cayeron sobre el campo.

-Lleva una semana haciéndolo -dijo Paul-. Rabbit las deja encendidas durante toda la noche. Para él, es como si fuesen velas. Cuando muera Rake, se apagarán las luces.

Rabbit se tambaleó y regresó renqueando al chalet del club para retirarse a descansar.

-¿Sigue viviendo aquí? -preguntó Neely.

-Sí. Tiene un catre en la buhardilla, sobre la sala de pesas. Se llama a sí mismo vigilante nocturno. Está como un cencerro.

-Pues era un profesor de matemáticas estupendo -dijo Couch.

-Tiene suerte de poder caminar-dijo Paul, y todos se echaron a reír.

Rabbit había quedado parcialmente lisiado durante un partido de 1981 en que, por motivos que ni él ni nadie pudo jamás explicar, salió corriendo desde la línea de banda hacia el campo interponiéndose en la trayectoria de un tal Lightning Loyd, un rápido y curtido corredor que más tarde jugó en el Auburn pero que, aquella noche, jugaba por el condado de Greene y muy bien, por cierto. Tras haber asegurado el tanteo en el tercer cuarto, Loyd salió disparado para efectuar la que parecía ser una larga carrera de touchdown. Ambos equipos estaban imbatidos. El partido era muy tenso y está claro que Rabbit se vino abajo por efecto de la presión. Para el horror (y el júbilo) de diez mil fieles seguidores del Messina, Rabbit se lanzó con su huesudo y frágil cuerpo al campo y, hacia la línea de las treinta y cinco yardas, chocó con Lightning.

---

La colisión, casi de fatales consecuencias para Rabbit, que por aquel entonces debía de tener por lo menos cuarenta años, apenas tuvo el menor efecto en Lightning. Un insecto contra el parabrisas de un automóvil.

Rabbit vestía unos pantalones caquis, una sudadera verde del Messina, una gorra verde, que salió impulsada hacia el cielo y aterrizó diez metros más allá, y un par de botas vaqueras de puntera afilada, la izquierda de las cuales salió repentinamente disparada con una sacudida mientras Rabbit saltaba por los aires. Los espectadores sentados en las gradas treinta filas más arriba juraron haber oído el crujido de los huesos de Rabbit al romperse.

Si Lightning hubiera seguido adelante con su carrera, la polémica hubiera sido mucho menos agria. Pero el pobre chico se pegó tal susto que se volvió a mirar por encima del hombro para ver qué era lo que acababa de arrollar y, al hacerlo, perdió el equilibrio. Tardó quince yardas en completar su caída y, cuando finalmente aterrizó hacia la línea de las veinte yardas, el campo ya estaba cubierto de pañuelos amarillos, reclamando falta.

Mientras los entrenadores rodeaban a Rabbit y se preguntaban si pedir una ambulancia o llamar a un cura, los árbitros adjudicaron rápidamente el touchdown al condado de Greene, una decisión que Rake discutió un momento pero después aceptó. Rake estaba tan desconsolado como todo el mundo y, además, estaba preocupado por Rabbit, el cual no había movido ni un solo músculo desde su aterrizaje en el campo.

Tardaron veinte minutos en levantar a Rabbit, tenderlo con cuidado en la camilla e introducirlo en una ambulancia. Mientras ésta se alejaba, diez mil aficionados del Messina se pusieron en pie y aplaudieron en señal de respeto. Los del condado de Greene, sin saber si aplaudir o silbar y patear, permanecieron en silencio en sus asientos, tratando de digerir lo que acababan de ver. Habían conseguido el touchdown, pero aquel pobre idiota parecía que estaba muerto.

Rake, siempre un maestro en el arte de alentar a los suyos, utilizó el retraso para arengar a sus tropas.

-Rabbit golpea más fuerte que vosotros, payasos del carajo -les gritó a los hombres de su defensa-. ¡Vamos a soltar patadas en unos cuantos culos y a llevarle el balón del partido a Rabbit!

Messina anotó tres touchddwws en el cuarto cuarto y ganó sin dificultad.

Por su parte, Rabbit sobrevivió. Se había roto la clavícula y fisurado tres vértebras inferiores. La conmoción no fue grave y quienes lo conocían bien señalaron que no habían detectado ningún daño cerebral adicional. Huelga decir que Rabbit se convirtió en un héroe local. Rake le concedió a Rabbit el Trofeo al Mejor Golpe del Año.

Las luces brillaron con más intensidad cuando el anochecer tocó a su fin. Sus ojos se adaptaron a la semiiluminada oscuridad de Rake Field. Otro grupo más reducido de antiguos Spartans había aparecido como por arte de magia en el fondo de las gradas. Sus voces resultaban casi inaudibles.

Silo abrió otra botella y se bebió la mitad.

-¿ Cuándo fue la última vez que viste a Rake? -preguntó Teague a Neely.

-Un par de días después de mi primera operación -contestó Neely, mientras todos guardaban silencio. Estaba contando una historia que jamás le había contado a nadie en Messina-. Estaba en el hospital. Me habían hecho una operación y me faltaban tres.

-Fue un placaje innecesario -musitó Couch, como si Neely necesitara confirmarlo.

-Vaya si lo fue -añadió Amos Kelso.

Neely se los imaginó a todos reunidos en los cafés de Main Street, con la cara larga y hablando tristemente en susurros mientras revivían el último golpe que había destrozado la carrera de su mejor jugador. Una enfermera le dijo que jamás en su vida había visto una efusión de emoción tan grande: tarjetas, flores, bombones, globos, manualidades de clases enteras de primaria... Todo procedente de la pequeña ciudad de Messina, situada a tres horas de distancia por carretera. Aparte de sus padres y los entrenadores del Tech, Neely se negaba a recibir a

---

ningún visitante. Durante ocho largos días se ahogó en la compasión, ayudado por todos los sedantes que los médicos le permitieron tomar.

Rake entró a escondidas una noche, mucho después del horario de las visitas.

-Trató de animarme -dijo Neely, y tomó un sorbo de cerveza-. Me dijo que las rodillas se podían recuperar. Yo intenté creerle.

-Je habló del partido del campeonato de 1987? -preguntó Silo.

-Hablamos de él.

Hubo una larga y embarazosa pausa mientras todos recordaban aquel partido y los misterios que lo rodearon. Fue el último título del Messina, y este solo hecho era una fuente lo bastante amplia como para dedicarle muchos años de análisis. Cuando iban perdiendo por 31-0 en la primera mitad, vapuleados y maltratados por un equipo inmensamente superior de East Pike, los Spartans regresaron al campo de A&M, donde los esperaban treinta y cinco mil aficionados. Rake se había ausentado; no apareció hasta bien entrado el cuarto cuarto.

La verdad acerca de lo ocurrido había permanecido enterrada durante quince años y estaba claro que ni Neely, ni Paul, ni Hubcap Taylor tenían la menor intención de romper el silencio.

En la habitación del hospital, Rake se había disculpado por fin, pero Neely no se lo dijo a nadie.

Teague y Couch se despidieron y se alejaron al trote en la oscuridad.

Jamás regresaste, ¿verdad? -preguntó Jaeger.

-Después de la lesión, no -contestó Neely.

-¿Por qué no?

-No quería.

Hubcap se había estado bebiendo tranquilamente una botella de algo mucho más fuerte que una cerveza. Apenas había dicho nada, pero, cuando lo hizo, tenía la lengua pastosa.

-La gente dice que odiabas a Rake.

-Eso no es cierto.

-Y que él te odiaba a ti.

-Rake tenía un problema con las grandes estrellas -dijo Paul-. Eso lo sabíamos todos. Si ganabas demasiados premios, si establecías demasiados récords, Rake se ponía celoso. Así de sencillo.

-Pues yo no lo creo -masculló Orley Short.

-Es verdad. Además, quería enviar a sus estrellas al centro universitario que casualmente le gustara a él en aquel momento. Y quería que Neely fuera a la Universidad del Estado.

-Pues a mí me quería enviar al Ejército -dijo Silo.

-Suerte tuviste de no ir a parar a la cárcel -dijo Paul.

-La cosa aún no ha terminado -dijo Silo, soltando una carcajada.

Se acercó otro automóvil, se detuvo junto a la entrada y sus faros se apagaron. No se abrió ninguna portezuela.

-La cárcel está infravalorada -dijo Hubcap, y todo el mundo se echó a reír.

---

-Rake tenía sus favoritos -dijo Neely-. Y yo no era uno de ellos.

-Pues entonces, ¿por qué has venido? -preguntó Orley Short.

-No lo sé muy bien. Por la misma razón por la que tú estás aquí, supongo.

Durante el primer año de Neely en el Tech, éste había regresado para el partido de la vuelta a casa de Messina. En el transcurso de una ceremonia que se celebró en el descanso, retiraron el número 19. La atronadora ovación se prolongó durante un buen rato, incluso provocó el retraso del saque inicial, lo cual les costó a los Spartans cinco yardas e indujo al entrenador Rake, con una ventaja de 28-0, a ponerse a gritar como un loco.

Aquél fue el único partido que había presenciado Neely desde su partida. Un año más tarde, estaba en el hospital.

-¿Cuándo colocaron la estatua de bronce de Rake? -preguntó.

-Unos dos años después de su despido -contestó Jaeger-. Los patronos reunieron diez mil dólares y se hizo. Se lo querían ofrecer antes de un partido, pero él lo rechazó.

-¿Así que jamás regresó?

-Bueno, más o menos Jaeger señaló una loma en la distancia, detrás del chalet del club-. Subía en su automóvil a Karr's Hill antes de cada partido y aparcaba en uno de aquellos caminos de grava. Él y Miss Lila permanecían sentados allí, mirando hacia abajo y escuchando a Buck Coffey a través de la radio y, aunque estaban demasiado lejos para poder ver algo, él se las ingeniaba para que la ciudad supiera que seguía mirando. Al término de cada descanso, la banda de música se situaba de cara a la loma e interpretaba el canto de guerra, y los diez mil espectadores saludaban a Rake con la mano.

-Era todo muy bonito -dijo Amos Kelso.

Rake estaba al corriente de todo lo que ocurría-dijo Paul-. Rabbit lo llamaba un par de veces al día para contarle los chismes.

-¿Vivía aislado? -preguntó Neely.

-Procuraba mantenerse apartado --contestó Amos-. Por lo menos, durante los primeros tres o cuatro años. Hubo rumores de que se iría, claro que aquí los rumores no significan gran cosa. Iba a misa todas las mañanas, pero Messina es un sitio muy pequeño.

-En los últimos años ya salía un poco más -dijo Paul-. Y empezó a jugar a golf.

-¿Estaba amargado?

Los demás lo pensaron un poco.

-Sí, estaba amargado -contestó Jaeger.

-Pues yo no lo creo -dijo Paul-. Se echaba la culpa de lo ocurrido.

-Dicen que lo enterrarán al lado de Scotty -dijo Amos.

-A mí también me lo han dicho -dijo Silo, profundamente enfrascado en sus pensamientos.

Se oyó el ruido de una portezuela al cerrarse y una figura se situó en la pista. Un fornido sujeto enfundado en una especie de uniforme rodeó el campo con andares jactanciosos y se acercó a las gradas.

-Ya la hemos armado -dijo Amos en voz baja. -Es Mal Brown

dijo Silo en un susurro.

---

-Nuestro ilustre sheriff -explicó Paul a Neely.

-¿El número 31?

-Exactamente.

El número 19 de Neely fue la última camiseta que se retiró. El número 31 fue la primera. Mal había jugado a mediados de la década de los años sesenta, durante La Racha. Con treinta y cinco kilos menos, treinta y cinco años atrás, había sido un violento corredor que en cierta ocasión había llevado el balón cincuenta y cuatro veces en un partido, todavía un récord en Messina. Una rápida boda había acabado con una carrera universitaria antes de que empezara y un rápido divorcio lo envió a Vietnam a tiempo para la Ofensiva del Tet de 1968. Neely se había pasado buena parte de su infancia oyendo contar historias acerca del gran Mal Brown. Antes de un partido del primer año de Neely, el entrenador Rake se había detenido para soltarles una rápida arenga. Les contó con todo detalle cómo una vez Mal Brown había corrido doscientas yardas como una exhalación en la segunda mitad del campeonato de la Conferencia, ¡y lo había hecho con un tobillo roto!

A Rake le encantaban las historias de jugadores que se negaban a abandonar el campo aunque tuvieran huesos rotos, la carne sangrando y toda suerte de horribles heridas.

Años más tarde, Neely había oído decir que el tobillo roto de Mal había sido más bien una torcedura muy fuerte, pero, con el paso de los años, la leyenda había ido creciendo, al menos en el recuerdo de Rake.

El sheriff pasó por delante de las gradas, intercambió unas palabras con los otros que estaban esperando por allí y después subió treinta filas para llegar casi jadeando al lugar donde se encontraba el grupo de Neely. Habló con Paul y después con Amos, Silo, Orley, Hubcap, Randy... a todos los conocía por sus nombres de pila o sus apodos.

-Me he enterado de que estabas en la ciudad -le dijo a Neely, al tiempo que le estrechaba la mano-. Ha pasado mucho tiempo.

-Pues sí -fue lo único que pudo decir Neely.

Que él recordara, jamás había mantenido el menor trato con Mal Brown. Cuando Neely vivía en Messina, Mal no era el sheriff. Conocía la leyenda, pero no al hombre.

No importaba. Eran hermanos de club estudiantil.

-Ya ha anochecido, Silo, ¿cómo es que no estás robando automóviles? -dijo Mal.

-Demasiado pronto.

-Voy a detenerte, ya lo sabes, ¿no?

-Tengo abogados.

-Dame una cerveza. No estoy de servicio. -Silo le pasó una botella y Mal se la bebió de un trago-. Acabo de pasar por casa de Rake -dijo, chasqueando los labios como si llevara varios días sin ingerir líquidos-. Nada ha cambiado. Siguen todos a la espera de que se nos vaya.

La última noticia fue acogida sin comentarios.

-¿Dónde te has escondido? -preguntó Mal a Neely.

-En ningún sitio.

-No digas mentiras. Nadie te ha visto por aquí desde hace diez años, puede que más.

-Mis padres se retiraron a Florida. Yo no tenía ninguna razón para volver.

-Tú creciste aquí. Es tu casa. ¿No te parece una buena razón?



---

-Puede que para ti lo sea.

-Puede un cuerno. Tienes un montón de amigos por aquí. No está bien largarse de esta manera.

-Bébetela otra cerveza, Mal -dijo Paul.

Silo le pasó rápidamente otra y Mal la tomó. Al cabo de un minuto, preguntó:

-¿Tienes hijos?

-No -contestó Neely.

-¿Cómo está tu rodilla?

-Hecha un asco.

-Lo siento.

-Otro trago-. Fue un placaje innecesario. Estabas claramente fuera de los límites del terreno de juego.

-No debí salir corriendo hacia la banda -dijo Neely, y cambió de posición mientras pensaba que ojalá pudiera cambiar de tema. ¿Cuánto tiempo se pasaría la ciudad de Messina hablando del placaje gratuito que había destrozado su carrera?

Otro trago, tras el cual Mal dijo en un susurro:

-Eras el mejor, tío.

-Hablemos de otra cosa -dijo Neely.

Llevaba casi tres horas allí y estaba deseando marcharse, aunque no tenía ni idea de adónde. Dos horas atrás se había hablado de la posibilidad de que Mona Curry preparara una cena, pero ya no se había vuelto a decir nada del asunto.

-Muy bien; ¿de qué?

-Hablemos de Rake -dijo Neely-. ¿Cuál fue su peor equipo?

Todas las botellas se levantaron al unísono mientras el grupo lo pensaba.

Mal fue el primero en hablar:

-Perdió cuatro partidos en 1976. Miss Lila jura que se pasó todo el invierno en un solitario confinamiento. Dejó de ir a misa. No quería que lo vieran en público. Sometió al equipo a un brutal programa de puesta en forma, los trató todo el verano como perros, hizo que se entrenasen tres veces al día en agosto. Pero, cuando empezaron a jugar en 1977, eran un equipo distinto. Estuvieron a punto de ganar el campeonato del estado.

-¿Cómo pudo Rake perder cuatro partidos en una sola temporada? -preguntó Neely.

Mal se echó hacia atrás y se apoyó en la fila que tenía a su espalda. Tomó un sorbo de cerveza. Era con mucho el más veterano de los Spartans presentes y, puesto que llevaba treinta años sin perderse ni un solo partido, la palabra la tenía él.

-Bueno, en primer lugar, el equipo carecía por completo de talento. El precio de la madera se disparó en el verano de 1976 y todos los leñadores se largaron. Ya sabes cómo son. Después el quarterback se rompió el brazo, y no había ningún jugador para suplirle. Jugamos contra Harrisburg aquel año y no efectuamos ni un pase. Es duro cuando todo el equipo contrario va a por ti en cada jugada.

-¿Harrisburg nos derrotó? -preguntó Neely; le costaba creerlo.

---

-Pues sí, la única vez en cuarenta y un años. Y permíteme que te diga lo que hicieron aquellos hijos de perra. Iban por delante bien entrado el partido, un tanteo sensacional, algo así como treinta y seis a cero. La peor noche de toda la historia del fútbol americano de Messina. Creían que ya le habían dado la vuelta a la tortilla en su triste historia de rivalidades con nosotros y decidieron aumentar el tanteo. Cuando faltaban unos dos minutos, efectuaron una jugada de engaño consistente en un pase de reverse en tercero y corto. Otro touchdown. Estaban que se salían, ¿comprendes?, les estaban dando a los Spartans de Messina. Rake conservó la calma, lo anotó en sangre en algún sitio y fue en busca de leñadores. Al año siguiente, jugamos contra Harrisburg aquí, con las gradas llenas a rebosar, la gente estaba furiosa; anotamos siete touchdowns en la primera mitad.

-Recuerdo aquel partido -dijo Paul-. Estaba en primero. Cuarenta y ocho a cero.

-Cuarenta y siete -dijo Mal con orgullo-. Anotamos cuatro veces en el tercer cuarto, y Rake seguía aguantando. No podía sustituir a nadie porque no tenía reservas en el banquillo, pero consiguió mantener la pelota en el aire.

-¿Cuál fue el resultado final? -preguntó Neely.

-Noventa y cuatro a cero. Sigue siendo un récord en Messina. La única vez que he visto a Eddie Rake aumentar tan rápido un tanteo.

El otro grupo del extremo norte había estallado en una carcajada al terminar alguien de contar una historia, sin duda acerca de Rake o de algún partido de mucho tiempo atrás. Silo había permanecido muy callado en presencia del representante de la ley y, en cuanto encontró el momento oportuno, dijo:

-Bueno, voy a tener que irme. Llámame, Curry, si te enteras de algo sobre Rake.

-Descuida.

-Os veré a todos mañana -dijo Silo, para luego desperezarse y alargar la mano hacia una última botella.

-Necesito que alguien me acompañe -dijo Hubcap.

-Ya ha llegado la hora de la noche que a ti te interesa, ¿verdad, Silo? -dijo Mal-. Es la hora propicia para que todos los buenos ladrones se echen a la calle.

-Suspenderé la tarea durante unos cuantos días -dijo Silo-. En honor del entrenador Rake.

-Qué conmovedor. Pues entonces, si vas a cerrar la tienda, enviaré a los chicos del turno de noche a casa.

-Puedes hacerlo, Mal.

Silo, Hubcap y Amos Kelso bajaron sin prisa por las gradas, y el metal crujió bajo sus pisadas.

-Dentro de doce meses estará en la cárcel -dijo Mal mientras los miraban caminar a lo largo de la pista por detrás de la zona de anotación-. Procura que las cuentas estén claras en el banco, Curry.

-No te preocupes.

Neely ya había oído suficiente. Se levantó y exclamó:

-Yo también me voy.

-Creía que venías a cenar a casa -dijo Paul.

-Ahora no tengo apetito. ¿Qué tal mañana por la noche?

-Mona sufrirá una decepción.

---

-Dile que me guarde las sobras. Buenas noches, Mal, Randy. Estoy seguro de que nos veremos muy pronto. Tenía la rodilla rígida, pero, mientras bajaba las gradas, Neely hizo un esfuerzo por no cojear, para que no se notara que era algo menos de lo que ellos recordaban. Al llegar a la pista de atletismo, detrás del banquillo del Spartan, se dio la vuelta demasiado rápido y la rodilla estuvo casi a punto de doblarse. Se le torció y después vaciló mientras unas minúsculas punzadas de dolor le acribillaban doce puntos distintos. Puesto que le ocurría muy a menudo, sabía cómo levantarla y desplazar rápidamente todo el peso del cuerpo a la pierna derecha a fin de poder seguir caminando con toda normalidad.

---

## Miércoles

En los escaparates de todas las tiendas y los establecimientos de la plaza de Messina había un programa de fútbol de gran tamaño en color verde, como si los clientes y los ciudadanos necesitaran ayuda para recordar que los Spartans jugaban todos los viernes por la noche. Y en todas las farolas situadas delante de las tiendas y los establecimientos había unas banderas verdiblancas que se colocaban a finales de agosto y se retiraban cuando terminaba la temporada. Neely recordaba aquellas banderas de la época en que él circulaba en bicicleta por las aceras. Los grandes programas de color verde eran iguales todos los años: los partidos aparecían en negrita, rodeados por los sonrientes rostros de los alumnos de último curso; abajo, pequeños anuncios de todos los patrocinadores locales, que incluían todos los negocios de Messina. Nadie quedaba fuera del programa.

Mientras entraba en el Renfrow's Café siguiendo a Paul, Neely respiró hondo y decidió sonreír y ser amable... a fin de cuentas, toda aquella gente lo había adorado en otros tiempos.

El fuerte olor de las frituras le azotó el rostro en la puerta, y después oyó el tintineo de unos cacharros en la distancia. Los olores y los sonidos no habían cambiado desde la época en que su padre lo llevaba los sábados por la mañana a tomar chocolate caliente al Renfrow's, donde la gente de la ciudad volvía a vivir y a recordar la más reciente victoria del Spartan.

Durante la temporada, cada jugador de fútbol podía comer gratis una vez a la semana en el Renfrow's, un sencillo y generoso gesto que se había visto sometido a una dura prueba poco después de que el Instituto se integrara y terminara la segregación racial. ¿Ofrecería el Renfrow's los mismos privilegios a los jugadores negros? Vaya si lo haría, mandó decirles de inmediato Eddie Rake, y el establecimiento fue uno de los primeros del estado en integrarse voluntariamente.

Paul saludó a casi todos los hombres que permanecían reunidos tomando café, pero prosiguió su camino hacia un reservado junto a la ventana. Neely saludó con la cabeza y trató de no mirar a nadie a los ojos. Para cuando ambos se acomodaron en sus asientos, el secreto ya se había divulgado. Neely Crenshaw había regresado de veras a la ciudad.

Las paredes estaban cubiertas de antiguos programas de fútbol, reportajes periodísticos enmarcados, pañuelos, camisetas autografiadas y centenares de fotografías. Unas fotografías del equipo en perfecto orden cronológico por encima del mostrador, fotografías de jugadas recortadas del periódico local y fotografías ampliadas en blanco y negro de los más grandes jugadores del Spartan. La de Neely estaba colocada por encima de la caja registradora; era de cuando cursaba último año, en ella posaba con el balón de fútbol en la mano, a punto de lanzarlo, sin casco ni sonrisa, enteramente concentrado, todo afectación y ego, con largo e indómito cabello, barba de tres días y vello de melocotón en la cara, los ojos perdidos en algún lugar de la distancia, soñando sin duda en la gloria futura.

-Eras tan presumido entonces -dijo Paul.

-Parece que fue ayer y a la vez parece un sueño.

En el centro de la pared más larga había un homenaje a Eddie Rake: una gran fotografía suya en color en la que aparecía de pie junto a los postes y, debajo, el récord: 418 victorias, 62 derrotas, 13 títulos del estado.

Según los rumores de las horas previas al amanecer, Rake seguía aferrándose a la vida. Y la ciudad seguía aferrándose a él. Las conversaciones eran susurros, no había risas, ni chistes, ni exageradas historias de trofeos de pesca y ninguno de los habituales comentarios acerca de la política.

Una camarera menuda ataviada con un uniforme verdiblanco les sirvió café y anotó sus consumiciones. Conocía a Paul, pero no reconoció al tipo que lo acompañaba.

-¿Sigue Maggie por aquí? -preguntó Neely.

-En una residencia de ancianos -contestó Paul. Maggie Renfrow se había pasado décadas sirviendo café caliente y huevos aceitosos. También había sido una experta en toda suerte de chismorreos y rumores acerca del equipo de fútbol Spartan. Gracias a las comidas gratis que ofrecía a los jugadores, había conseguido hacer lo que todo el mundo en Messina intentaba hacer: acercarse un poco más a los chicos y a su entrenador.

---

Se aproximó un caballero y saludó a Neely con una cohibida inclinación de cabeza.

-Sólo deseaba saludarle -dijo, tendiéndole la mano derecha-. Me alegro de volver a verle después de tanto tiempo. Era usted algo especial.

Neely le estrechó la mano y dijo:

-Gracias.

Fue un apretón de manos muy breve. Neely apartó la mirada. El caballero captó la indirecta y se retiró. Nadie le siguió.

Hubo rápidos vistazos y miradas embarazosas, pero los demás parecieron conformarse con reflexionar inclinados sobre su café sin prestarle atención. A fin de cuentas, él se había pasado quince años haciendo lo propio con ellos. Messina era dueña de sus héroes y esperaba de ellos que disfrutaran con los recuerdos.

-¿Cuándo fue la última vez que viste a Screamer? -preguntó Paul.

Neely soltó un bufido y miró a través de la ventana.

-No la he vuelto a ver desde que dejé el centro universitario.

-¿Ni una sola palabra?

-Una carta, hace años. Un bonito papel de correspondencia de algún lugar de Hollywood. Decía que iba a tomar el lugar por asalto. Que se haría mucho más famosa de lo que yo jamás hubiera soñado llegar a ser. Cosas bastante desagradables. Ni le contesté.

Vino a nuestra reunión de los diez años -dijo Paul-. Una actriz toda piernas y cabello rubio, con una ropa que jamás se ha visto por aquí. Todo muy estudiado. Soltando nombres a diestro y siniestro, que si este productor, que si este director, toda una serie de actores de los que yo jamás había oído hablar. Me dio la impresión de que se pasaba más rato en la cama que delante de las cámaras.

-Así era Screamer.

-Tú lo sabes mejor que nadie.

-¿Qué pinta tenía?

-Tenía cara de cansancio.

-¿Algún mérito en su haber?

-Unos cuantos, pero cambiaban a cada hora. Después comparamos datos y nadie había visto nada de aquello donde ella decía haber trabajado. Todo fue un número. Muy típico de Screamer. Sólo que ahora se llama Tessa. Tessa Canyon.

-¿Tessa Canyon?

-Sí.

-Suena a actriz porno.

-Creo que va por ahí.

-Pobre chica.

-¿Pobre chica? -repitió Paul-. Es una despreciable y engreída idiota cuya única fama le viene del hecho de haber sido la novia de Neely Crenshaw.

---

-Sí, pero aquellas piernas...

Ambos esbozaron una prolongada sonrisa. La camarera les sirvió las tortas y las salchichas, y volvió a llenarles las tazas de café.

Mientras empapaba su plato con jarabe de arce, Paul reanudó la conversación.

-Hace un par de años, hubo una gran convención de banqueros en Las Vegas. Mona me acompañaba. Se aburría y se retiró a la habitación. Yo también me aburría, así que salí a dar un paseo por el Strip bien entrada la noche. Entré en uno de los casinos más antiguos y, ¿a que no sabes a quién vi?

-A Tessa Canyon.

-Tessa servía bebidas alcohólicas, una de estas camareras enfundada en uno de esos ajustados uniformes tan escotados por delante y tan cortos por detrás. Cabello aclarado, una gruesa capa de maquillaje y unos diez kilos de más. No me vio y me pasé unos cuantos minutos observándola. Cuando se acercaba a los clientes de las mesas, esbozaba una sonrisa y su ronroneo de gatita parecía decir: «Llévame arriba.» Hacía comentarios hipócritas. Toqueteaba a los clientes y se restregaba contra ellos. Coqueteaba descaradamente con una caterva de borrachos. Lo que necesita esa mujer es que la quieran.

-Hice todo lo que pude.

-Es un caso perdido.

-Por eso la dejé. No regresará para el entierro, ¿verdad?

-Puede que sí. Si tiene la posibilidad de tropezarse contigo, seguro que viene. Aunque, por otra parte, no tiene muy buen aspecto y, para Screamer, la apariencia lo es todo.

-¿Sus padres viven todavía aquí?

-Sí.

Un hombre regordete con una gorra John Deere se acercó a su mesa, como si estuviera entrando en un lugar prohibido.

-Sólo quería saludarte, Neely-dijo, y parecía casi a punto de hacer una reverencia-. Tim Nunley, del concesionario Ford de allí abajo -explicó, y le tendió una mano como si temiera que no se la estrechara. Neely se la estrechó, sonriendo-. Trabajaba con los automóviles de tu padre.

-Le recuerdo -mintió Neely, pero la mentira mereció la pena.

La sonrisa del señor Nunley se ensanchó hasta el doble, mientras éste apretaba la mano de Neely con más fuerza.

-Estaba seguro de que sí -dijo el señor Nunley, y miró hacia su mesa tratando de justificarse-. Me alegro de que hayas vuelto. Eras el más grande.

-Gracias -dijo Neely; le soltó la mano y sujetó un tenedor.

El señor Nunley retrocedió caminando de espaldas, todavía con deseos de inclinarse en una reverencia, y después tomó su chaqueta y abandonó el restaurante.

Las conversaciones de las mesas seguían siendo muy apagadas, como si el velatorio ya hubiera empezado. Paul se terminó un bocado y se inclinó sobre la mesa.

-Hace cuatro años teníamos un buen equipo. Ganamos los primeros diez partidos. Imbatidos. Yo estaba sentado aquí mismo, comiendo lo que ahora estoy comiendo un viernes por la mañana, el día del partido, y, de verdad, te juro que el tema de conversación de aquella mañana fue La Racha. No la de antes, sino otra nueva. Esta gente estaba preparada para una nueva racha. Les daba igual una buena temporada o el título de la

---

Conferencia, o incluso el campeonato del estado; todo eso son bobadas. Esta ciudad quiere ochenta, noventa y a ser posible cien victorias seguidas.

Neely miró a su alrededor y volvió rápidamente a su desayuno.

Jamás lo he comprendido -dijo-. Son buena gente: mecánicos, camioneros, agentes de seguros, constructores, algún que otro abogado, algún banquero... Ciudadanos bien situados de una pequeña localidad, aunque no precisamente gente importante. Pero, así y todo, ellos quieren cada año un campeonato del estado, ¿verdad?

-Sí.

-No lo entiendo.

-El derecho de presumir. ¿De qué otra cosa podrían presumir?

-No me extraña que veneren a Rake. Puso la ciudad en el mapa.

-Come un poco -dijo Paul.

Un hombre envuelto en un sucio delantal se acercó a la mesa; sostenía en la mano una carpeta de cartulina. Se presentó como el hermano de Maggie, el actual chef del restaurante, y abrió la carpeta.

-Maggie siempre quiso que la firmaras -dijo.

Era una espléndida fotografía de Neely en plena acción, agachado detrás del center, solicitando una jugada, preparado para el snap, calibrando a la defensa. Un casco morado resultaba visible en el ángulo inferior derecho, y entonces Neely comprendió que el equipo contrario era el MM. Aquella fotografía, que él jamás había visto, se la habían tomado minutos antes de sufrir la lesión.

-Pues claro -dijo, y aceptó el rotulador negro que le ofrecía el chef.

Estampó su firma en la parte superior y, durante un prolongado instante, contempló los ojos de un joven e intrépido quarterback, una estrella que estaba aguardando el momento propicio en un centro universitario mientras la NFL esperaba. Le pareció oír a hinchas del Tech, nada menos que setenta y cinco mil, ansiando desesperadamente la victoria, orgullosos de su imbatido equipo, emocionados por el hecho de que, por primera vez en muchos años, tuvieran de verdad al quarterback. De repente, echó de menos aquellos días.

-Bonita fotografía -consiguió decir, al tiempo que se la devolvía al chef; éste la tomó y al instante la colgó de un clavo, justo por debajo de la otra fotografía más grande de Neely.

-Vámonos de aquí -dijo Neely, secándose la boca con la servilleta.

Dejó dinero sobre la mesa y ambos se encaminaron hacia la salida. Saludó con la cabeza, miró sonriendo a los parroquianos habituales y consiguió escapar sin que nadie lo detuviera.

-¿Por qué estás tan nervioso con esta gente? -le preguntó Paul una vez en la calle.

-Es que no me apetece hablar de fútbol, ¿vale? No quiero que me digan lo grande que era.

Recorrieron en automóvil las tranquilas calles de los alrededores de la plaza; pasaron frente a la iglesia en la que habían bautizado a Neely, por delante de la iglesia donde se había casado Paul y frente a la preciosa casa con planta baja a dos niveles de Tenth Street donde Neely había vivido desde la edad de ocho años hasta que se fue al Tech. Sus padres la habían vendido a un yanqui de pura cepa a quien habían enviado allí para dirigir la fábrica de papel que había al oeste de la ciudad. Pasaron muy despacio por delante de la casa de Rake como si, por el solo hecho de bajar por la calle, pudieran enterarse de las últimas noticias. El camino de la entrada estaba abarrotado de vehículos, la mayoría de ellos con matrículas de otros estados; debían de ser de la familia de Rake y de amigos íntimos, pensaron ellos. Pasaron por el parque donde jugaban la Pequeña Liga de béisbol y el fútbol Pop Warner.

Y recordaron anécdotas. Una que ahora ya era una leyenda en Messina se refería, cómo no, a Rake. Neely, Paul y un grupo de compañeros estaban jugando un violento partido de fútbol en el terreno municipal habilitado para ello

---

cuando vieron a un hombre de pie, a lo lejos, que los observaba con detenimiento. Una vez que terminaron, el hombre se acercó y se presentó como el entrenador Eddie Rake. Los chicos se quedaron sin habla.

-Tienes un buen brazo, hijo -dijo a Neely, el cual no supo qué contestar-. También me gustan tus pies. Todos los chicos contemplaron los pies de Neely.

-¿Tu madre es tan alta como tu padre? -preguntó el entrenador Rake.

-Casi -consiguió contestar Neely.

-Muy bien. Vas a ser un estupendo quarterback del Spartan.

Rake miró sonriendo a los muchachos y después se alejó.

Neely tenía entonces once años. Se detuvieron en el cementerio.

La cercanía de la temporada de 1992 fue un motivo de gran preocupación para Messina. El año anterior, el equipo había perdido tres partidos, un desastre civil que los tuvo a todos mascullando por lo bajo mientras se comían unas galletas en el Renfrow's y un correoso pollo en el Rotary, y bebían cerveza barata en las tabernas del condado. Y había pocos alumnos de último curso en el equipo, lo cual era siempre una mala señal. Cuando se graduaban los jugadores débiles, era un alivio.

Pero, si Rake estaba nervioso, desde luego, no lo demostraba. Para entonces, ya llevaba más de tres décadas entrenando a los Spartans y había visto de todo. Su último título, el número trece, lo había ganado en 1987 y la gente ya estaba empezando a experimentar los efectos de una sequía de tres años.

Los habitantes de la ciudad eran unos niños consentidos y querían cien victorias seguidas; claro que a Rake, después de treinta y cuatro años, le importaba un bledo lo que quisieran.

El equipo de 1992 no tenía mucho talento y todo el mundo lo sabía. La única estrella era Randy Jaeger, que jugaba como cornerback, y receptor, atrapando cualquier cosa que el quarterback pudiera lanzar cerca de él, que no era mucho que digamos.

En una ciudad como Messina, el talento se producía de manera cíclica. En la curva ascendente, como en 1987 con Neely, Silo, Paul, Alonzo Taylor y cuatro leñadores tremendos en la defensa, los tanteos estaban desequilibrados. Sin embargo, la grandeza de Rake consistía en ganar con jugadores bajitos y lentos. Aceptaba el poco talento que éstos tenían y, a pesar de todo, conseguía tanteos desproporcionados. Pero hacía trabajar más duro a los flacos, y pocos equipos habían visto la vehemencia de que hizo gala Rake en agosto de 1992.

Después de un mal scrimmage un sábado por la tarde, Rake arremetió contra el equipo y lo convocó para una sesión de entrenamiento el domingo por la mañana, cosa que raras veces hacía porque, en el transcurso de los años anteriores, semejante comportamiento les sentaba muy mal a los de la iglesia. Los convocó, esta vez, a las ocho de la mañana del domingo, para que los chicos tuvieran tiempo de asistir a los oficios religiosos, en caso de que pudieran. Rake se sentía especialmente molesto por lo que él percibía como una falta de preparación, lo cual parecía un chiste pues todos los equipos de Messina efectuaban centenares de carreras al sprint.

Pantalones cortos, hombreras, zapatillas de gimnasia, cascos; sin contacto alguno, sólo simple preparación. El termómetro marcaba 38° C a las ocho de la mañana, la humedad era alta y el cielo estaba despejado. Hacían estiramientos y corrían un kilómetro y Medio alrededor de la pista, como simple ejercicio de precalentamiento. Todos los jugadores chorreaban sudor cuando Rake les ordenaba correr otro kilómetro y medio.

La número dos de la lista de las temidas torturas, justo detrás del Maratón del Spartan, era el asalto a las gradas. Todos los jugadores sabían lo que eso significaba y, cuando Rake gritaba «Gradas», la mitad de ellos hubiera deseado rendirse.

Siguiendo a Randy Jaeger, su capitán, los jugadores formaban de mala gana una larga fila e iniciaban un lento ejercicio de jogging alrededor de la pista. Cuando la fila se acercaba a la tribuna del equipo visitante, Jaeger giraba a través de una entrada y empezaba a subir por las gradas, veinte filas, después corría a lo largo de la barandilla superior y, a continuación, bajaba veinte filas hasta la siguiente sección. Ocho secciones por el otro lado, vuelta a la pista, rodeando la zona de anotación hasta el lado de casa. Subida de cincuenta filas,



---

carrera a lo largo de la barandilla superior, bajada de cincuenta filas, arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, durante otras ocho secciones, después regreso a la pista y otra vuelta.

Al término de una agotadora ronda, los jugadores de las líneas de defensa y ofensiva se arrastraban en la retaguardia mientras que Randy Jaeger, que no se cansaba de correr, iba por delante de todos. Rake se desgañitaba al borde de la pista con el silbato colgado del cuello, sin dejar de vociferar a los rezagados. Le encantaba el estruendo que hacían los cincuenta jugadores al subir y bajar ruidosamente las gradas.

-No estáis en forma, chicos -decía, levantando la voz lo justo para que lo oyeran-. Sois lo más lento que he visto en mi vida -gruñía por lo bajo.

Rake era famoso por sus gruñidos, que siempre se podían oír.

Después de la segunda ronda, un tackle cayó sobre la hierba y empezó a vomitar. Los jugadores más corpulentos se movían cada vez más despacio.

Scotty Reardon era un jugador de equipos especiales de segundo año que aquel agosto pesaba ochenta kilos, pero, en el momento en que le hicieron la autopsia, pesaba sesenta. Durante la tercera ronda de las gradas, se desplomó entre la tercera y la cuarta fila del lado del equipo local y jamás recuperó el conocimiento.

Puesto que era un domingo por la mañana y era una sesión sin contactos entre los jugadores, los dos entrenadores del equipo no estaban presentes, siguiendo las instrucciones de Rake. Y tampoco había una ambulancia cerca. Los chicos describieron más adelante cómo Rake había sostenido la cabeza de Scotty sobre sus rodillas mientras esperaban una eternidad hasta oír el silbido de una sirena. Pero el chico había muerto en las gradas, y estaba muerto con toda seguridad cuando, finalmente, llegó al hospital. Un golpe de calor.

Paul estaba contando la historia mientras ambos paseaban por los tortuosos senderos bajo la sombra de los árboles del cementerio de Messina. En un sector más nuevo, en la ladera de una empinada colina, las lápidas eran más pequeñas y las hileras más regulares. Señaló una de ellas y Neely se arrodilló para examinarla con más detenimiento. Randall Scott Reardon. Nacido el 20 de junio de 1977. Fallecido el 21 de agosto de 1992.

-¿Y lo van a enterrar allí? -preguntó Neely, señalando un lugar vacío al lado de Scotty.

-Eso dicen los rumores -contestó Paul.

-Este lugar siempre es bueno para los rumores.

Se acercaron a un banco de hierro forjado situado bajo un pequeño olmo; se sentaron y contemplaron la lápida de Scotty.

-¿Quién tuvo el valor de despedirlo? -preguntó Neely.

-Murió el chico equivocado. La familia de Scotty tenía dinero, ganado en el sector maderero. Su tío John Reardon había sido elegido inspector de Educación en 1989. Era muy respetado, más listo que el hambre, un político muy fino y la única persona con autoridad suficiente para despedir a Eddie Rake. Y lo despidió. Como puedes suponer, la ciudad se quedó consternada ante la noticia del fallecimiento y, en cuanto empezaron a conocerse los detalles, hubo algunas críticas a propósito de los métodos de Rake.

-Tuvo suerte de no matarnos a todos.

-La autopsia se practicó el lunes... un caso clarísimo de golpe de calor. No padecía ninguna enfermedad. No tenía ningún defecto. Un chico de quince años perfectamente sano sale de su casa a las siete y media de un domingo por la mañana y ya no regresa. Por primera vez en la historia de esta ciudad, la gente se preguntó: «¿Por qué, exactamente, hay que hacer correr a los chicos como en una sauna hasta que vomitan?»

-¿Y cuál fue la respuesta?

Rake no tenía respuesta. Rake se quedó en casa, tratando de capear el temporal. Muchas personas, incluso gente que había jugado para él, pensaron: «Mira, al final, Rake ha matado a un chico.» Pero muchos de los más

---

incondicionales decían: «Qué demonios, ese chico no era lo bastante fuerte para ser un Spartan.» La ciudad se dividió. Fue muy desagradable.

-Me gusta este Reardon-dijo Neely.

-Es duro. El lunes a última hora de la noche llamó a Rake y lo despidió. Todo estalló el martes. Tal como cabía esperar de él, Rake no podía soportar la idea de perder, por lo que empezó a efectuar llamadas y a agitar a la junta de socios.

-¿No tenía remordimiento?

-¿Quién sabe lo que sentía? El entierro fue una pesadilla, como te puedes imaginar. Todos los chavales lloraban a moco tendido; algunos se desmayaron. Los jugadores lucían sus camisetas verdes. La banda tocó aquí mismo, durante la ceremonia, junto a la sepultura. Todo el mundo observaba a Rake, cuyo aspecto era de lo más lastimoso.

-Rake era un gran actor.

-Y todo el mundo lo sabía. Hacía menos de veinticuatro horas que lo habían despedido, por lo que el entierro tuvo el drama añadido de su adiós. Todo un espectáculo, y nadie se lo perdió.

-Me hubiera gustado estar presente.

-¿Dónde estabas entonces?

-¿En el verano de 1992? En algún lugar del Oeste. Probablemente, en Vancouver.

-La junta de socios intentó convocar una reunión multitudinaria el miércoles en el gimnasio de la escuela. Reardon dijo: «No en este campus.» Entonces se fueron a la VFW, la Asociación de Veteranos de Guerras Extranjeras, y organizaron el retorno de Eddie Rake. Algunos de los más exaltados amenazaron con retirar el dinero, boicotear los partidos, montar piquetes delante del despacho de Reardon e, incluso, construir una nueva escuela, donde supongo que habrían adorado a Rake.

-¿Estaba Rake presente?

-Qué va. Envié a Rabbit. Prefirió quedarse en casa y seguir efectuando llamadas telefónicas. Estaba seguro de que podría ejercer la suficiente presión y recuperar su empleo. Pero Reardon se mostró inflexible. Fue a ver a los auxiliares y nombró nuevo entrenador a Snake Thomas. Snake rechazó el ofrecimiento. Reardon lo despidió. Donnie Malone dijo que no. Reardon lo despidió. Quick Upchurch dijo que no. Reardon lo despidió. -Este tío me está gustando cada vez más.

-Al final, los hermanos Griffin dijeron que ocuparían el cargo hasta que se encontrara a alguien. Habían jugado para Rake a finales de la década de los años setenta...

-Los recuerdo.

-El huerto de pacanas.

-Eso es. Unos jugadores estupendos y unos chicos muy simpáticos y, como Rake nunca cambiaba nada, conocían el sistema, las jugadas y a casi todos los chicos. Llegó el viernes por la noche, el primer partido de la temporada. Nosotros jugábamos en Porterville y el boicot ya estaba en marcha. Lo malo es que nadie quería perderse el partido. Los partidarios de Raker, que probablemente eran la mayoría, querían estar presentes porque deseaban ver machacar al equipo. Los verdaderos aficionados estaban allí por los motivos adecuados. Había un lleno hasta la bandera, como siempre, y los partidarios de las distintas opciones gritaban en todas direcciones. Los jugadores estaban muy motivados. Dedicaron el partido a Scotty y ganaron por cuatro touchdowns. Fue una noche extraordinaria. Triste por lo de Scotty y triste porque, en apariencia, la era de Rake había tocado a su fin, pero la victoria lo es todo.

-Este banco es muy duro -dijo Neely, y se levantó-. Vamos a dar una vuelta.

---

-Entre tanto, Rake contrató a un abogado. Se presentó una demanda, las cosas se pusieron feas, Reardon se mantuvo en sus trece y la ciudad, pese a estar profundamente dividida, consiguió reunirse todos los viernes por la noche. El equipo jugaba con más entusiasmo que nunca. Años más tarde, un chico a quien yo conocía, dijo que era un alivio jugar por simple placer y no con el miedo metido en el cuerpo.

-Y eso, ¿hasta qué extremo es bonito?

-Nosotros jamás lo supimos.

-No, es cierto.

-Ganaron los primeros ocho partidos. Imbatidos. Sólo por orgullo y por el valor que le echaron. Ya se hablaba de la posibilidad de que ganaran un título del estado. Se hablaba de una nueva racha. Se hablaba de pagarles a los Griffin un dineral para que iniciaran una nueva dinastía. Las mismas bobadas de siempre.

-¿Y después perdieron?

-Claro. Así es el fútbol. Unos chicos se empiezan a creer que son buenos hasta que les propinan una patada en el trasero.

-¿Quién lo hizo? -Hermantown.

-¡No me digas que fue Hermantown! Es una escuela de baloncesto.

-Pues lo hicieron aquí mismo, delante de diez mil espectadores. Fue el peor partido que he visto en mi vida. Ni orgullo, ni valor, ni nada; había que ver los comentarios de la prensa. Se acabó la racha. Adiós al título del estado. Que despidan a los Griffin. Que vuelva Eddie Rake. Las cosas iban más o menos bien cuando ganábamos, pero aquella derrota partió a esta ciudad por la mitad durante muchos años. Y, cuando nos ganaron a la siguiente semana, perdimos la posibilidad de disputar un partido de desempate. Los Griffin se largaron de inmediato.

-Unos chicos estupendos -apostilló Neely.

-Los que habíamos jugado para Rake nos vimos atrapados en medio. Todo el mundo preguntaba: «¿Tú de qué parte estás?» Era imposible nadar y guardar la ropa, tío; uno tenía que decir si estaba a favor de Rake o en contra.

-Y tú, ¿qué hiciste?

-Traté de nadar y guardar la ropa, y recibí patadas por ambas partes. Se convirtió en una guerra de clases. Siempre había habido un pequeño grupo de personas contrarias a gastar más dinero en el fútbol que en las ciencias y las matemáticas combinadas. Nosotros viajábamos en un autocar alquilado mientras que todos los clubs escolares utilizaban los automóviles compartidos de los padres. Durante años no hubo para las chicas campo de softball mientras que nosotros teníamos no un campo de entrenamiento sino dos. El Latin Club había hecho méritos para un viaje a Nueva York, pero no se lo podía permitir; aquel mismo año, el equipo de fútbol viajó en tren para presenciar la Super Bowl en Nueva Orleans. La lista es interminable. El despido de Rake hizo que todas estas quejas se agudizaran. La gente que estaba deseando quitarle un poco de importancia al deporte aprovechó la oportunidad. Los partidarios del fútbol resistieron; sólo querían el regreso de Rake y una nueva racha. Y los que jugábamos y después fuimos a la universidad y estábamos considerados algo más instruidos que el resto nos vimos atrapados en medio.

-¿Qué ocurrió?

-La cosa siguió ardiendo muy despacio y enconándose durante varios meses. John Reardon se mantuvo firme. Encontró un alma perdida de Oklahoma que quería entrenar y lo contrató como el sucesor de Eddie Rake. Por desgracia, 1993 era el año de la reelección para Reardon, por lo que todo aquel desastre se convirtió en una descomunal reyerta política. Corrían insistentes rumores que apuntaban a que el propio Rake se presentaría candidato contra Reardon. En caso de resultar elegido, se ungaría de nuevo a sí mismo como entrenador y le diría al mundo entero que se fuera a paseo. Hubo rumores de que el padre de Scotty pensaba gastarse un millón de

---

dólares en la reelección de John Reardon. Y así sucesivamente. La carrera electoral ya tenía mala pinta antes de empezar, tan mala pinta que la campaña de Rake estuvo casi a punto de no encontrar a un candidato.

-¿Quién se presentó?

-Dudley Bumpus -respondió Paul.

-El nombre suena muy prometedor.

-El nombre era lo mejor de todo. Es un empresario inmobiliario de la zona que era uno de los más bocazas de la junta de socios. Sin experiencia política ni educativa, a duras penas había podido terminar sus estudios en un centro universitario. Fue acusado, aunque resultó absuelto, de un delito. Un perdedor que estuvo a punto de ganar.

-¿Reardon aguantó?

-Por sesenta votos. El porcentaje de participación fue el más alto de la historia del condado, casi de un noventa por ciento. Fue una guerra sin prisioneros. Cuando se anunció el ganador, Rake se fue a casa, cerró la puerta y permaneció dos años escondido.

Se detuvieron delante de una hilera de lápidas, Paul pasó por delante de ellas, buscando a alguien.

-Aquí está -dijo, al tiempo que señalaba con el dedo-. David Lee Goff. El primer Spartan que murió en Vietnam.

Neely contempló la lápida. Había una fotografía incrustada de David Lee, con todo el esplendor de sus dieciséis años, posando no con un uniforme del Ejército o con su imagen de alumno de último curso, sino con su camiseta verde del Spartan, era el número 22. Nacido en 1950, asesinado en 1968.

-Conozco a su hermano menor -estaba diciendo Paul-. David Lee se graduó en mayo, ingresó en el campamento militar en junio, llegó a Vietnam en octubre y murió al día siguiente del Día de Acción de Gracias. Tenía dieciocho años y dos meses de edad.

-Sucedió dos años antes de que yo naciera.

-Algo así. Hubo otro al que aún no han encontrado. Un chico negro, Marvin Rudd, que desapareció en acto de servicio en 1970.

-Recuerdo a Rake hablando de Rudd -dijo Neely-. Rake quería mucho al chico. Sus padres siguen asistiendo a todos los partidos, y uno se pregunta qué deben de pensar.

-Estoy cansado de tanta muerte -dijo Neely-. Vámonos.

Neely no recordaba que hubiera en Messina ni una sola librería, ni un lugar donde te sirvieran un café exprés o donde pudieras comprar café en grano de Kenia. Ahora Nat's Place te ofrecía las tres cosas, junto con revistas, cigarros, discos compactos, tarjetas de felicitación en tonos pastel, infusiones de hierbas de dudoso origen, bocadillos vegetales y sopas; también era un lugar de reunión para poetas errantes y cantantes de folk, y para los pocos aspirantes a bohemios que había en la ciudad. Estaba en la plaza, cuatro puertas más abajo del banco de Paul, en un edificio que vendía piensos y fertilizantes cuando Neely era pequeño. Paul tenía que hacer unos préstamos, de modo que Neely decidió explorar por su cuenta.

Nat Sawyer era el peor punter de la historia del Spartan. Su promedio de yardas por patada había establecido los récords más bajos y fallaba tantos snaps que, por regla general, Rake solía lanzarse en cuarto y ocho, independientemente de dónde estuviera la pelota. Teniendo a Neely de quarterback, un buen punter ya no era tan necesario.

Dos veces durante su último año, Nat había conseguido perder enteramente la pelota con el pie, creando uno de los metrajes de vídeo más vistos en toda la historia del programa. El segundo fallo, que, en realidad, fueron dos, dio lugar a una cómica carrera de touchdown de noventa y cuatro yardas que duró, según un cuidadoso cálculo del tiempo del vídeo, 17,3 segundos. De pie en su propia zona de anotación, más nervioso que un flan, Nat había

---

recibido la pelota a través de un snap, la había soltado, sólo había dado una patada en el aire y después había sido machacado por dos defensas del Grove City. Mientras la pelota rodaba suavemente por el terreno a su lado, Nat se recuperó, la recogió e inició la carrera. Los dos defensas, que parecían un poco atontados, iniciaron una confusa persecución y entonces Nat intentó un torpe punt sobre la marcha. Al fallar, volvió a recoger la pelota e inició la carrera. La contemplación de aquella desgarrada gacela corriendo con pesadez por el campo presa del terror dejó paralizados a muchos jugadores de ambos equipos. Sólo Mooney declaró más tarde que estaba tan muerto de risa que le fue imposible efectuar un bloqueo para su punter. juró haber oído las carcajadas que se escapaban del interior de los cascos de los jugadores del Grove City.

En el vídeo, los entrenadores contaron diez tackles fallados. Cuando llegó finalmente a la zona de anotación, Nat tocó la pelota con el pie, le importó un bledo la penalización, se quitó el casco y corrió hacia el lado local del campo para que los aficionados pudieran admirarlo de cerca.

Rake le concedió el premio al Peor Touchdown del Año.

Cuando estaba en décimo grado, Nate había probado a jugar como safety, pero no podía correr y no le gustaba golpear. Cuando estaba en undécimo, había probado como receptor, pero Neely le había golpeado el estómago en un slant y Nat se había pasado varios minutos sin poder respirar. Pocos jugadores de Rake habían tenido tan escaso talento. Y a ninguno de los jugadores de Rake le había sentado tan mal el uniforme.

El escaparate estaba lleno de libros y anunciaba café y almuerzo. La puerta chirrió, sonó una campana y, por un instante, Neely retrocedió en el tiempo. Después aspiró la primera vaharada de incienso y comprendió que Nat regentaba el establecimiento. El propietario en persona, sosteniendo un montón de libros, emergió de entre dos combados estantes y dijo sonriendo:

-Buenos días. ¿Necesita algo? -De repente, se quedó petrificado y los libros cayeron al suelo-. ¡Neely Crenshaw! -Se acercó con la misma torpeza con que solía puntear una pelota de fútbol, y ambos se estrecharon en un desmañado abrazo en cuyo transcurso Neely percibió un puntiagudo codo en su bíceps-. ¡Cuánto me alegro de verte!

Nat siguió hablando con entusiasmo y, por un instante, se le humedecieron los ojos.

-¡Pues yo también me alegro mucho de verte a ti, Nat! -dijo Neely, algo cohibido.

Por suerte, en aquellos momentos sólo había un cliente. -Estabas echando un vistazo a mis pendientes, ¿verdad? -preguntó Nat, dando un paso atrás.

-Pues sí, menuda colección.

Llevaba en cada oreja por lo menos cinco pendientes de plata.

-Los primeros pendientes masculinos de Messina, ¿qué te parece? Y la primera cola de caballo. Y el primer comerciante declaradamente gay del centro de la ciudad. ¿No estás orgulloso de mí?

Nat movió el largo cabello negro para mostrar su cola de caballo.

-Por supuesto que sí, Nat. Tienes muy buen aspecto.

Nat lo estudió de la cabeza a los pies con los ojos centellantes, como si llevara horas bebiendo café exprés. -¿Qué tal la rodilla? -preguntó, al tiempo que miraba a su alrededor como si la lesión fuera un secreto. -Nada bien, Nat.

-El hijo de puta te golpeó demasiado tarde. Yo lo vi. Nat hablaba con la autoridad propia de alguien que se encontraba en la línea de banda aquel día en el Tech. -Hace mucho tiempo, Nat. En otra vida.

-¿Te apetece tomar un café? Tengo uno de Guatemala que te da una energía impresionante.

Avanzaron entre estantes y anaqueles hasta la parte de atrás, donde se había improvisado un café. Nat se acercó casi corriendo a una desordenada barra, se situó detrás de la misma y empezó a manejar utensilios. Neely se sentó a horcajadas en un taburete y miró. Nada de lo que hacía Nat resultaba elegante.

---

-Dicen que le quedan menos de veinticuatro horas -dijo Nat, mientras enjuagaba un cacito.

-Aquí los rumores son siempre de fiar, sobre todo, cuando se refieren a Rake.

-No, la noticia procede de alguien de dentro de la casa. -El desafío en Messina no era conocer el más reciente rumor, sino contar con la mejor fuente-. ¿Te apetece un cigarro? Tengo unos cuantos habanos de contrabando. Otra cosa que da mucha energía.

-No, gracias. No fumo.

Nat estaba vertiendo agua en una gran máquina de café de fabricación italiana.

-¿A qué clase de trabajo te dedicas? preguntó, volviéndose para mirarlo por encima del hombro. -Negocios inmobiliarios.

-Vaya, hombre, qué original.

-Me permite pagar las facturas. Bonito establecimiento, Nat. Curry me ha dicho que te van muy bien las cosas.

-Estoy tratando de insuflar un poco de cultura en este desierto. Paul me hizo un préstamo de treinta mil dólares para empezar, ¿te imaginas? Sólo tenía una idea y ochocientos dólares y, como es de suponer, mi madre estaba dispuesta a firmar el pagaré.

-¿Qué tal está? -se interesó Neely.

-Muy bien, gracias. Se niega a envejecer. Sigue dando clase de tercer grado.

Cuando el café empezó a borbotear, Nat se apoyó junto al pequeño fregadero y se acarició el poblado bigote.

-Rake se va a morir, Neely, ¿te imaginas? Messina sin Eddie Rake. Empezó a entrenar aquí hace cuarenta y cuatro años. La mitad de la gente de este condado aún no había nacido.

-¿Le has visto?

-Venía mucho por aquí, pero cuando se puso enfermo se fue a morir a casa. Nadie ha visto a Rake desde hace seis meses.

Neely miró a su alrededor. -¿Rake ha estado aquí?

-Rake fue mi primer cliente. Me animó a abrir esta tienda, me soltó su habitual arenga («No tengas miedo, trabaja más duro que nadie, ánimo»), los consabidos burras del descanso. Cuando abrí, le gustaba acercarse discretamente por la mañana a tomarse un café. Supongo que se sentía a salvo porque, la verdad, no había demasiada gente. Casi todos los palurdos pensaban que iban a contraer el sida nada más cruzar la puerta.

-¿Cuándo inauguraste el negocio?

-Hace siete años y medio. Me pasé dos años sin poder pagar la factura de la luz, pero poco a poco la cosa fue mejorando. Corrieron rumores de que era el lugar preferido de Rake y la ciudad sintió curiosidad.

-Creo que el café ya está listo -dijo Neely al oír el silbido de la máquina-. Jamás vi a Rake leer un libro. Nat llenó dos tacitas sobre dos platitos y las depositó sobre la barra.

-Tiene un aroma muy fuerte -dijo Neely.

-Se tendría que tomar con receta. Un día Rake me preguntó qué podría leer. Le di un libro de Raymond Chandler. Regresó al día siguiente y me pidió otro. Le encantaban estas cosas. Después le di uno de Dashiell Hammett. Más tarde se volvió loco con Elmore Leonard. Abro a las ocho, una de las pocas librerías que lo hacen, y una o dos veces a la semana Rake venía temprano. Nos sentábamos en un rincón de allí abajo y

---

hablábamos de libros; jamás de fútbol ni de política; jamás hubo ningún chisme. Sólo libros. Le encantaban los relatos de detectives. Cuando oíamos sonar la campana de la puerta, salía por la parte de atrás y regresaba a casa.

-¿Por qué?

Nat ingirió un buen sorbo de café mientras la tacita desaparecía en las profundidades de su alborotado bigote.

-No hablábamos demasiado de eso. Rake se avergonzaba de que lo hubieran echado de esa manera. Tiene mucho orgullo, cosa que nos transmitió a nosotros. Pero también se sentía responsable de la muerte de Scotty. Muchas personas le echaron la culpa y se la seguirán echando. Y eso es muy duro de llevar, tío. ¿Te gusta el café?

-Muy fuerte. ¿Le echas de menos? Otro lento sorbo.

-¿Cómo podrías no echar de menos a Rake cuando has jugado para él? Cada día veo su rostro. Oigo su voz. Aspiro el olor de su sudor. Siento que me golpea sin los protectores puestos. Puedo imitar su gruñido, sus refunfuños, sus quejas, recuerdo las historias que contaba, sus discursos, sus lecciones. Recuerdo las cuarenta jugadas y los treinta y ocho partidos en que lucí la camiseta. Mi padre murió hace cuatro años y yo lo quería con toda mi alma, pero, aunque cueste decirlo, ejerció menos influencia en mí que Eddie Rake. -Nat hizo una pausa en medio de sus reflexiones, justo para volver a llenar de café las tacitas-. Más tarde, cuando puse este establecimiento y le conocí como algo más que una leyenda y ya no me preocupaba que me pegara un grito por haber fallado alguna jugada, acabé adorando al muy cabrón. Eddie Rake no es un hombre simpático, pero es humano. Sufrió mucho tras la muerte de Scotty y no tenía a nadie a quien recurrir. Rezaba mucho, iba a misa todas las mañanas. Creo que la lectura lo ayudó; fue como un nuevo mundo. Se perdía en los libros; centenares de ellos, puede que miles. -Un sorbo rápido-. Le echo de menos, sentado allí, hablando de libros y de autores para no tener que hablar de fútbol.

Sonó suavemente en la distancia la campana de la puerta. Nat se encogió de hombros, y dijo:

-Ya nos encontrarán. ¿Te apetece un bollo o alguna otra cosa?

-No, ya he comido en el Renfrow's. Allí todo sigue igual. La misma grasa, el mismo menú, las mismas moscas. -Y los mismos tíos sentados por allí, quejándose de que el equipo no está imbatido.

-Ya. ¿Tú vas a los partidos?

-No. Cuando eres el único gay declarado en una ciudad como ésta, no te gustan las muchedumbres. La gente mira, señala, murmura y agarra a sus hijos y, aunque ya estoy acostumbrado, prefiero evitar la escena. Tendría que ir solo, cosa que no resulta divertida, o ir con algún chico con quien saliera, cosa que provocaría la interrupción del partido. ¿Me imaginas entrando con una monada de chico, tomados los dos de la mano? Nos apedrearían.

-¿Y cómo conseguiste salir del armario en una ciudad como ésta?

Nat posó la tacita de café e introdujo hasta el fondo las manos en los bolsillos de sus almidonadísimos y planchadísimos vaqueros.

-No fue aquí, hombre. Cuando nos graduamos emigré, por así decirlo, al distrito de Columbia, donde no tardé en comprender quién soy y lo que soy. Yo no salí subrepticamente del armario, Neely, eché la maldita puerta abajo. Encontré trabajo en una librería y aprendí los entresijos del negocio. Llevé una vida alocada durante cinco años, me lo pasé bomba, pero después me cansé de la ciudad. La verdad es que tenía añoranza. La salud de mi padre no era buena y necesitaba regresar a casa. Tuve una larga conversación con Rake. Le dije la verdad. Eddie Rake fue la primera persona de aquí en quien confíé. -¿Cuál fue su reacción?

-Dijo que no sabía gran cosa acerca de los gays, pero que, si yo sabía quién era, que se fueran al carajo todos los demás. «Vive tu vida, hijo», me dijo. «Algunas personas te aborrecerán, otras te querrán, la mayoría de la gente no sabe qué pensar. Todo depende de ti.» -Eso me suena mucho a Rake.

-Me infundió valor, tío. Me convenció de que pusiera esta tienda y, cuando pensaba que había cometido un grave error, Rake empezó a aparecer por aquí y se corrió la voz. Espera un segundo. No te vayas.

Nat se dirigió a la parte anterior del establecimiento, donde una anciana estaba esperando. Él la llamó por su nombre con la más dulce de las voces y ambos se pusieron enseguida a buscar un libro.

---

Neely se acercó a la barra y se volvió a llenar la tacita. Al volver, Nat le explicó:

-Es la señora Underwood, la antigua dueña de la lavandería.

-La recuerdo.

-Tiene ciento diez años y le gustan las novelas del Oeste eróticas. Imagínate. Aprendes un montón de cosas buenas cuando tienes una librería. Cree que me las puede comprar a mí porque yo tengo mucho que callar. Además, a los ciento diez años, probablemente le importa un bledo. -Nat colocó un enorme bollo de arándanos en un plato y lo depositó sobre el mostrador-. Cómelo -dijo, y lo partió por la mitad.

Neely tomó un trozo.

-¿Los haces tú mismo? -preguntó.

-Todas las mañanas. Los compro congelados y los cuezo en el horno. Nadie nota la diferencia.

-No está mal. ¿Ves alguna vez a Cameron?

Nat dejó de mascar y miró inquisitivamente a Neely. -¿Y por qué te interesas por Cameron?

-Erais amigos. Simple curiosidad.

-Espero que todavía te recuerde la conciencia. -Me la recuerda.

-Estupendo. Espero que te duela. -Es posible. A veces.

-Nos escribimos. Está bien, vive en Chicago. Está casada y tiene dos niñas. Pero, repito, ¿por qué lo preguntas?

-¿No puedo preguntar por una de nuestras compañeras de clase?

-Éramos casi doscientos en clase. ¿Por qué es la primera por quien me preguntas?

-Perdóname, por favor.

-No, quiero saberlo. Vamos, Neely, ¿por qué preguntas por Cameron?

Neely se introdujo unas migas del bollo en la boca y esperó. Después se encogió de hombros, esbozó una sonrisa y dijo:

-Bueno, es que pienso en ella. -¿Y piensas en Screamer? -¿Cómo podría olvidarla?

-Te fuiste con la tía más buena de todas, aunque sin cerebro; una satisfacción momentánea, pero, a la larga, fue una equivocación.

-Era joven y estúpido, lo reconozco. Pero fue divertido, desde luego.

-Tú eras el mejor jugador, Neely, tenías a tus pies a todas las chicas de la escuela. Dejaste a Cameron porque Screamer resultaba más estimulante. Te odié por lo que hiciste.

-Vamos, Nat, ¿lo dices en serio?

-Te odié con toda mi alma. Cameron era íntima amiga mía desde el parvulario, antes de que tú vinieras a la ciudad. Ella sabía que yo era diferente y siempre me protegía. Yo intenté protegerla, pero ella se enamoró de ti y cometió un grave error. Screamer decidió que el mejor jugador fuera todo para ella. Las faldas eran más cortas, las blusas más ajustadas y tú caíste como un pardillo. Dejaste de lado a mi querida Cameron.



---

-Lamento haber tocado este tema. -Pues sí, tío, mejor hablamos de otra cosa. Durante un buen rato no hubo nada de qué hablar. -Espera a verla -dijo Nat.

-Bastante buena, ¿verdad?

-Screamer parece una prostituta de lujo envejecida, cosa que probablemente es. En cambio, Cameron tiene un estilo impresionante.

-¿Crees que vendrá?

-Es muy probable. Miss Lila le dio clase de piano durante una eternidad.

Neely no tenía ningún lugar adonde ir, pero, aun así, consultó su reloj.

-Tengo que irme corriendo, Nat. Gracias por el café. -Gracias a ti por venir a verme. Neely. Ha sido un auténtico placer.

Caminaron en zigzag entre los montones de libros y las estanterías para dirigirse a la parte anterior de la tienda. Neely se detuvo junto a la puerta.

-Oye, algunos de nosotros nos vamos a reunir esta noche en las gradas, en una especie de velatorio, supongo -dijo-. Beberemos cerveza y contaremos batallas. ¿Por qué no te pasas por allí?

-Me gustaría -contestó Nat-. Gracias.

Neely abrió la puerta e hizo ademán de salir. Nat lo agarró del brazo y le dijo:

-Te he mentado, Nat. Jamás te odié. -Pues habrías tenido que odiarme. -Nadie te odiaba, Neely. Eras nuestro al l - A m e r i c a n . -Aquellos días terminaron, Nat.

-No, mientras viva Rake.

-Di a Cameron que me gustaría verla. Tengo algo que explicarle.

La secretaria esbozó una sonrisa de eficiencia y empujó una tablilla con sujetapapeles sobre el mostrador. Neely anotó su nombre, la hora y la fecha, y escribió que quería visitar a Bing Albritton, el entrenador de siempre de baloncesto de las chicas. La secretaria echó un vistazo al impreso, no reaccionó ni ante el rostro ni ante el nombre y dijo finalmente:

-Debe de estar en el gimnasio.

La otra secretaria del despacho de administración miró y tampoco reconoció a Neely Crenshaw, algo que a él le pareció excelente.

Los pasillos del Instituto de Messina estaban desiertos, y las puertas de las aulas, todas cerradas. Los mismos armarios, la misma pintura de las paredes. Los mismos suelos relucientes y endurecidos por las capas de cera. El mismo pegajoso olor a desinfectante cerca de los aseos. Si entrara en uno de ellos, sabía que oiría el mismo goteo de agua, aspiraría el mismo olor de un cigarrillo prohibido, vería la misma hilera de manchados urinarios y, con toda probabilidad, presenciaría la misma pelea entre dos mequetrefes. Decidió quedarse en los pasillos, donde pasó por delante del aula de la clase de álgebra de la señorita Arnett; tras echar un rápido vistazo a través de la estrecha ventanita de la puerta, vio fugazmente a su antigua profesora, quince años más vieja, sin ninguna duda, sentada en la esquina del mismo escritorio, enseñando las mismas fórmulas.

¿De veras habían transcurrido quince años? Por un instante, volvió a sentirse un muchacho de dieciocho años, un auténtico crío que aborrecía el álgebra y el inglés, y al que no le interesaba nada de lo que podían ofrecerle aquellas clases porque él ganaría una fortuna en el campo de fútbol americano. El confuso y acelerado paso de quince años lo dejó momentáneamente aturdido.

Pasó un bedel, un anciano caballero que llevaba limpiando el edificio desde que éste se construyera. Durante una décima de segundo pareció reconocer a Neely, pero después apartó la mirada y murmuró un suave «Buenos días».

---

La entrada principal de la escuela se abría a un espacioso y moderno patio interior, construido cuando Neely era alumno de segundo. El patio conectaba los dos edificios más antiguos que integraban el Instituto y conducía a la entrada del gimnasio. Las paredes estaban cubiertas de fotografías de clases de último curso a partir de la década de 1920.

El baloncesto era en Messina un deporte de segundo nivel, pero, a causa del fútbol, la gente estaba tan acostumbrada a ganar que esperaba una dinastía en todos los equipos. A finales de la década de 1970, Rake había anunciado que la escuela necesitaba un nuevo gimnasio. Se emitieron unos bonos al noventa por ciento y Messina construyó con orgullo la mejor cancha de baloncesto de instituto de todo el estado. Su entrada era algo así como una galería de famosos.

El elemento principal era una impresionante y carísima vitrina en la cual Rake había colocado cuidadosamente sus trece pequeños monumentos. Trece títulos estatales desde 1961 a 1987. Detrás de cada uno de ellos, había una fotografía ampliada del equipo, con una lista de los tantos y los titulares de la prensa ampliados y montados en un collage. Había pelotas autografiadas y camisetas retiradas, incluida la 19. Y había gran número de fotografías de Rake: Rake con Johnny Unitas en algún acontecimiento fuera de la temporada, Rake con este o aquel gobernador, Rake con Roman Armstead poco antes del inicio de un partido de los Packers...

Neely se pasó unos cuantos minutos contemplando la exposición, a pesar de haberla visto muchas veces. Era a un tiempo un soberbio homenaje a un brillante entrenador y a sus esforzados jugadores, y también un triste recordatorio de lo que antaño fuera. Una vez le había oído decir a alguien que el vestíbulo del gimnasio era el alma y el corazón de Messina. Era más bien un santuario en honor de Eddie Rake, un altar en el que sus seguidores podían venerarlo.

Había otras vitrinas adosadas a las paredes que conducían a las puertas del gimnasio. Más pelotas autografiadas correspondientes a temporadas menos afortunadas. Trofeos más pequeños de equipos menos importantes. Por primera vez, y confió en que fuera la última, Neely experimentó una punzada de tristeza por aquellos chicos de Messina que se habían entrenado, habían triunfado y habían pasado inadvertidos por el hecho de dedicarse a un deporte considerado menos importante.

Sonó un timbre muy conocido que, con una brusca sacudida, devolvió a Neely a la realidad de estar entrando donde no debía quince años después de su época. Volvió a cruzar el patio en sentido contrario y se vio envuelto en el torbellino del cambio de clase de última hora de la mañana. Los pasillos se llenaron de alumnos que empujaban, gritaban, cerraban ruidosamente los armarios y liberaban las hormonas y la testosterona reprimidas a lo largo de los pasados cincuenta minutos. Nadie reconoció a Neely.

Un corpulento y musculoso jugador de enorme cuello estuvo a punto de chocar con él. Llevaba una chaqueta verdiblanca del Spartan, un símbolo de estatus sin parangón en Messina. Se movía con el habitual contoneo de alguien que se cree el señor del lugar, cosa que en efecto era, aunque sólo por muy breve tiempo. Inspiraba respeto. Esperaba ser admirado. Las chicas le sonreían. Los otros chicos le cedían el paso.

«Vuelve dentro de unos cuantos años, chicarrón, y no conocerán ni tu nombre -pensó Neely-. Tu fabulosa carrera será una nota a pie de página. Todas estas chicas tan guapas serán madres. La chaqueta verde seguirá siendo una fuente de gran orgullo personal, pero ya no la podrás lucir. Cosas del instituto. Cosas de niños.» ¿Por qué era tan importante, entonces, todo eso?

De repente, Neely se sintió muy viejo. Se abrió paso entre la gente y abandonó la escuela.

Bien entrada la tarde, descendió despacio en su automóvil por un estrecho camino de grava que rodeaba Karr's Hill. Cuando el arcén se ensanchó un poco más, se apartó del camino y aparcó. Allí abajo, a cosa de unos cuatrocientos metros de distancia, estaba el chalet del campo del Spartan y más lejos, a su derecha, los dos campos de entrenamiento, en uno de los cuales el equipo principal estaba dándole a la pelota con todo el uniforme puesto, mientras que en el otro campo el equipo júnior estaba efectuando ejercicios. Los entrenadores silbaban y vociferaban.

En Rake Field, Rabbit conducía un cortacésped John Deere verdiamarillo arriba y abajo sobre la impecable hierba, tal como hacía a diario de marzo a diciembre. Las animadoras estaban en la pista de atletismo, detrás del banquillo del equipo local, pintando letreros para la guerra del viernes por la noche y practicando de vez en cuando

---

algunos nuevos movimientos. En la zona de anotación más alejada, la banda de música empezaba a congregarse para un ensayo rápido.

Poco había cambiado. Diferentes entrenadores, diferentes jugadores, diferentes animadoras, diferentes chicos en la banda, pero seguían siendo los Spartans en Rake Field, con Rabbit en el cortacésped y todo el mundo con los nervios a flor de piel pensando en el viernes. En caso de que Neely regresara diez años más tarde y presenciara la escena, sabía que el lugar y la gente seguirían siendo iguales.

Otro año, otro equipo, otra temporada.

Costaba creer que a Eddie Rake lo hubieran obligado a permanecer sentado muy cerca del lugar donde él se encontraba en aquellos momentos y viendo el partido desde tan lejos que necesitaba un aparato de radio para saber lo que estaba ocurriendo. ¿Animaba a los Spartans? ¿O esperaba en su fuero interno que perdieran todos los partidos por puro despecho? Rake era muy susceptible y podía guardar rencor muchos años.

Neely jamás había perdido allí. Su equipo de primer año había resultado imbatido, que era lo que siempre se esperaba en Messina, por descontado. Los de primer año jugaban los jueves por la noche y atraían a más aficionados que la mayoría de los primeros equipos. Los dos partidos que perdió como novato habían sido en las finales del estado, ambos en el campus del A&M. Su equipo de octavo grado había empatado en casa con el Porterville y eso había sido lo más cerca que había estado Neely de perder un partido de fútbol en Messina.

El empate había dado lugar a que el entrenador Rake irrumpiera en el vestuario y les soltara una dura conferencia sobre el significado del orgullo del Spartan. Tras haber aterrorizado a un grupo de chavales de trece años, decidió sustituir a su entrenador.

Los recuerdos seguían sucediéndose mientras Neely contemplaba el campo de entrenamiento. Como no deseaba revivirlos, decidió marcharse.

Un hombre que se disponía a entregar una cesta de frutas en casa de los Rake oyó los murmullos y, al poco rato, toda la ciudad supo que el entrenador Rake se había ido tan lejos que jamás regresaría.

Al anochecer, los rumores llegaron a las gradas, donde pequeños grupos de jugadores de distintos equipos de distintas décadas se habían reunido para esperar. Algunos de ellos permanecían apartados de los demás, enfrascados en sus propios recuerdos de Rake y de la gloria de antaño.

Paul Curry había regresado vestido con vaqueros y una sudadera; llevaba dos enormes pizzas que Mona había preparado y enviado para que los chicos pudieran sentirse chicos aquella noche. Allí estaba Silo Mooney, con una nevera portátil de cervezas. Faltaba Hubcap, lo cual jamás era de extrañar. Los gemelos Utley, Ronnie y Donnie, se habían enterado desde fuera del condado de que Neely había vuelto. Quince años atrás, ambos eran unos defensas idénticos de setenta y cinco kilos, capaces cada uno de ellos de placar a un roble.

Cuando oscureció, vieron que Rabbit se acercaba renqueando al marcador y encendía las luces del poste sudoeste. Rake aún vivía, pero apenas. Unas alargadas sombras cubrían Rake Field mientras los antiguos jugadores esperaban. Los practicantes de jogging habían desaparecido y el lugar estaba en silencio. Se oían ocasionalmente algunas carcajadas desde uno de los grupos desperdigados por las gradas del lado local mientras alguien contaba alguna vieja historia de fútbol. Pero, por regla general, todos hablaban en voz baja. Ahora Rake había perdido el conocimiento y el final ya estaba cerca.

Nat Sawyer los localizó. Llevaba algo en una abultada maleta.

-¿Llevas droga aquí dentro, Nat? -preguntó Silo. -No. Cigarros.

Silo fue el primero en encender un habano; tras él lo hicieron Nat, Paul y, finalmente, Neely. Los gemelos Utley no bebían ni fumaban.

-Nunca diríais lo que he encontrado -dijo Nat. -¿Una novia? -preguntó Silo.

-Calla, Silo.

Nat abrió la maleta y sacó un casete de gran tamaño, una caja de meter ruido.

---

-Estupendo, un poco de jazz, justo lo que yo quería -dijo Silo.

Nat sostuvo en alto una cinta y anunció:

-Éste es Buck Coffey, comentando el partido del campeonato de 1987.

-No me digas -dijo Paul.

-Pues sí. La escuché anoche por primera vez en muchos años.

-Yo jamás la había oído -dijo Paul.

-No sabía que grabaran los partidos -dijo Silo. -Hay muchas cosas que no sabes, Silo -repuso Nat. Introdujo la cinta en la ranura y empezó a manipular los botones-. Si os parece bien, chicos, he pensado que podríamos saltarnos la primera parte.

Hasta Neely consiguió reírse. Había lanzado cuatro intercepciones y había perdido el balón una vez en la primera parte. Los Spartans perdían por 31-0 ante un espléndido equipo de East Pike.

La cinta empezó a pasar y se oyó la lenta y áspera voz de Buck Coffey en medio del silencio de las gradas.

Aquí Buck Coffey, amigos, durante el descanso en el campo del A &M de lo que habría tenido que ser un encuentro equilibrado entre dos equipos imbatidos. Pero no ha sido así. East Pike lleva la delantera en todas las categorías menos en penalizaciones y pérdidas de balón. La puntuación es de treinta y uno a cero. Llevo veintidós años retransmitiendo partidos del Spartan de Messina y no recuerdo que jamás fuera perdiendo por tanta diferencia en la primera parte.

-¿Dónde está Buck ahora? -preguntó Neely. -Lo dejó cuando despidieron a Rake -contestó Paul. Nat subió ligeramente el volumen y la voz de Buck llegó todavía más lejos, atrayendo como un imán a otros jugadores de otros equipos. Se acercaron Randy Jaeger y dos de sus compañeros de equipo de 1992. Jon Couch, el abogado, y Blanchard Teague, el óptico, habían regresado con sus zapatillas de correr, junto con otros cuatro de la era de La Racha. Otros doce se acercaron un poco más.

Los equipos han vuelto a saltar al campo; vamos a hacer una pausa para escuchar las palabras de nuestros patrocinadores.

-He quitado todas estas chorradas de los patrocinadores -dijo Nat.

-Bien hecho -dijo Paul.

-Eres un chico muy listo -dijo Silo.

Estoy mirando hacia el banquillo local y no veo al entrenador Rake. De hecho, no hay ningún entrenador en el campo. Los equipos se están alineando para el saque inicial de la segunda parte y a los entrenadores del Spartan no se les ve el pelo. Lo menos que se puede decir es que eso es muy raro.

-¿Dónde estaban los entrenadores? -preguntó alguien.

Silo se encogió de hombros, pero no contestó.

Y ésta era la gran pregunta que todos se habían formulado y nadie había contestado durante quince años en Messina. Estaba claro que los entrenadores habían boicoteado la segunda parte, pero, ¿por qué?

East Pike efectúa el saque inicial hacia la zona de anotación sur. Aquí está el saque. Es corto, y lo recibe Marcus Mabry en la dieciocho, zigzaguea un par de veces, corta campo arriba, encuentra un hueco y es placado en la línea de la yarda treinta, donde los Spartans intentarán generar un poco de juego ofensivo por primera vez esta noche. Neely Crenshaw sólo ha conseguido lanzar con éxito tres pases de quince intentos en la primera parte. East Pike atrapó más pases suyos que los Spartans.

---

-Qué cabrón -dijo alguien.

-Yo creía que estaba de nuestra parte.

-Siempre, pero le gustábamos más cuando ganábamos.

-Tú espera-dijo Nat.

Ni rastro todavía de Eddie Rake o de los demás entrenadores. Esto es de lo más extraño. Los Spartans rompen el huddle y Crenshaw alinea a sus compañeros de ataque. Curry de receptor derecho, Mabry de corredor. East Pike tiene a ocho hombres amontonados en la parte central de la defensa y está desafiando a Crenshaw a que lance el balón. Aquí se inicia la jugada de opción hacia la derecha, Crenshaw amaga un pase corto, corta campo arriba, encuentra un espacio abierto, golpea con fuerza, gira sobre sí mismo, rompe un placaje y queda libre en la cuarenta, la cuarenta y cinco, la cincuenta y se sale del terreno de juego por la yarda cuarenta y uno de East Pike, ¡una carrera de veintinueve yardas! La mejor jugada del partido para la ofensiva del Spartan. Puede que estén empezando a animarse.

Joder, cómo pegaban los tíos -dijo Silo en un susurro.

-Tenían a cinco de la Primera División -dijo Paul, evocando la pesadilla de la primera parte-. Cuatro en la defensa.

-No hace falta que me lo recuerdes -dijo Neely.

Al final, este equipo del Spartan se ha despertado. Se están gritando los unos a los otros en el huddle, y ahora la zona del banquillo echa chispas, pero en serio. Aquí los tenemos, Crenshaw señala a su izquierda y Curry se alinea pegado a la banda. Mabry en el slot, ahora en movimiento, la jugada, rápido lanzamiento a Mabry, el cual se escabulle por la izquierda para ganar seis o puede que siete yardas. Los Spartans ya están de verdad fuera de sí. Se están empujando unos a otros fuera del césped, se golpean mutuamente los cascos. Y, como es natural, Silo Mooney está chachareando con por lo menos tres jugadores del East Pike. Lo cual es siempre una buena señal.

-¿Qué les estabas diciendo, Silo?

-Pues que les íbamos a pegar una patada en el culo. -Pero si estabais treinta y uno a cero.

-Sí, es verdad -terció Paul-. Nosotros lo oímos. Después de aquella segunda jugada, Silo empezó a soltar tacos.

Segundo y tres. Crenshaw en formación de shotgun. jugada, rápida carrera de Marby, el cual golpea con fuerza, gira, se vuelve campo arriba hasta la treinta, la veinte, ¡y se sale del terreno de juego en la dieciséis de East Pike! ¡Tres jugadas, cincuenta y cuatro yardas! Y la línea ofensiva del Spartan está apartando en serio a la gente del balón. Primer down de los Spartans... en la primera parte sólo consiguieron cinco y sólo cuarenta y seis yardas de carrera. Ahora Crenshaw está marcando sus propias jugadas, nada desde la línea de banda porque por allí no hay ningún entrenador. Slot a la izquierda con Curry de receptor, Mabry de corredor, Chenault en movimiento, jugada de opción hacia la derecha, amaga el pase, le entrega el balón a Mabry, que es golpeado en la línea, corre, arrolla al defensa y cae sobre la yarda diez. El tiempo apremia, quedan diez minutos y cinco segundos en el tercer cuarto. Messina está a diez yardas de un touchdown y a mil kilómetros del título del estado. Primero y goal, Crenshaw retrocede para efectuar un pase, lanzamiento a Mabry, que es golpeado en una posición muy retrasada, consigue librarse, se escabulle por la derecha. ¡Yallí no hay nadie! ¡Ua a anotar! ¡Va a anotar! ¡Y Marcus Mabry se lanza en plancha para lograr el primer touchdown de Messina! ¡Touchdown de los Spartans! ¡Se ha iniciado la remontada!

-Cuando anotamos -dijo Jon Couch- recuerdo que pensé: «Es bonito anotar un touchdown, pero no hay manera de que podamos remontar el tanteo con esta gente.» East Pike era demasiado bueno.

Nat bajó el volumen y dijo:

-Perdieron la pelota en el saque inicial, ¿verdad? Donnie: Sí, Hindu le quitó el balón al contrario en la yarda quince, nosotros nos acercamos como un enjambre de avispones. Fue dando brincos por espacio de unos cinco

---

minutos y, al final, salió del límite en la veinte. Ronnie: Intentaron un off tackle por la derecha, pero no avanzaron nada. Un off tackle por la izquierda; tampoco. Tercero y once; retrocedieron para el pase, Silo efectuó un sack al quarterback en la línea de las seis yardas.

Donnie: Por desgracia, al hacerlo, lo aplastó contra el suelo con el casco por delante, quince yardas de penalización por conducta antideportiva, primer down de East Pike.

Silo: Aquí los árbitros la pifiaron.

Paul: ¿Que la pifiaron? Intentaste romperle el cuello. Silo: No, estimado banquero, intenté matarlo. Ronnie: Estábamos desquiciados. Silo gruñía como un oso herido. Y juro que Hindu estaba llorando. Quería jugar de safety en cada jugada para efectuar un blitz y estar seguro de poder golpear a alguien.

Donnie: Habríamos podido pararles los pies a los Dallas Cowboys.

Blanchard: ¿Quién organizaba la defensa?

Silo: Yo. Era muy sencillo... Marcaje al hombre en los receptores, derribar al tight end, ocho hombres en el centro de la defensa, todo el mundo efectuaba un blitz, todo el mundo golpeaba a alguien, tanto si el juego era limpio como si no, daba igual. Aquello ya no era un partido, era una guerra.

Donnie: En tercero y ocho, Higgins, aquel receptor tan presumido que después se fue a Clemson, se cruzó por medio con un slant. El pase fue alto. Hindu lo intuyó perfectamente, se lanzó como un tren de alta velocidad y lo golpeó una décima de segundo antes de que llegara el balón. Interferencia en el pase.

Paul: El casco le voló por el aire hasta una altura de seis metros.

Couch: Estábamos a cuarenta filas de distancia y sonó como la colisión de dos automóviles.

Silo: Lo celebramos. Habríamos sido capaces de cargarnos a uno de ellos. Tuvimos una penalización por eso. Ronnie: Dos pañuelos, treinta yardas de penalización, pero nos daba igual. Ellos no iban a anotar nada, no importaba dónde colocaran la pelota.

Blanchard: ¿Vosotros estabais seguros de que no podrían anotar?

Silo: Ningún equipo habría podido anotar nada contra nosotros en aquella segunda parte. Cuando sacaron a Higgins del campo, en camilla por cierto, el balón estaba en nuestra línea de las treinta yardas. Ellos efectuaron una jugada de carrera que les hizo perder seis yardas, un draw que les costó cuatro y después su pequeño quarterback volvió al shotgun y nosotros lo machacamos.

Nat: Su punter clavó una en la yarda tres.

Silo: Sí, tenían un punter muy bueno. Y nosotros te teníamos a ti, claro.

Nat subió el volumen:

Noventa y siete yardas quedan a los Spartans cuando faltan sólo ocho minutos para el final del tercer cuarto; ni rastro todavía de Eddie Rake o de cualquier otro entrenador de los Spartans. He observado a Crenshaw cuando East Pike estaba en posesión del balón. Mantuvo todo el rato la mano derecha en un cubo de hielo y siguió con el casco puesto. Handoff a la derecha a Mabry, el cual no logra avanzar demasiado. Ambas defensas están enviando a todo el mundo a la línea, lo cual debería propiciar una jugada de pase.

Silo: No desde la línea de las tres yardas, imbécil. Paul: Coffey siempre había querido entrenar.

Lanzamiento a la derecha, a Mabry le baila el balón en las manos, sube campo arriba, encuentra un poco de espacio y sale del límite en la diez.

Couch: Por simple curiosidad, Neely, ¿qué cantaste a continuación?

---

Neely: Sin ninguna duda, opción derecha. Leí la opción, amagué un pase a Chenault, amagué un pase a Hubcap y después corté campo arriba once yardas. La línea ofensiva estaba machacando a la gente.

Primero y diez Spartans que rompen el huddle y corren a la línea de scrimmage. Ya es un equipo totalmente distinto, amigos.

Paul: No sé por qué Buck radiaba. Nadie le escuchaba. Toda la ciudad estaba en el partido.

Randy: No, te equivocas. Todos escuchábamos. En la segunda parte todos queríamos averiguar qué le había ocurrido al entrenador Rake, así que todos los aficionados de Messina tenían los auriculares de su radio puestos.

Handoff a Chenault, que sigue directamente hacia delante durante cuatro o cinco. Se limita a bajar la cabeza y sigue a Silo Mooney, el cual está siendo sometido a un marcaje doble.

Silo: ¡Sólo dos! Me pareció un insulto. El segundo tío era un pequeño hijoputa con cara de fiera que debía de pesar ochenta y cinco kilos por lo menos, de modo que pensé que era malo. Entró en el partido insultando. Saldrá del campo en cuestión de un minuto.

Pitch a Mabry, corre otra vez hacia la banda derecha, tiene un hueco, sube a la treinta y fuera del límite. Están vapuleando al chaval de East Pike en el campo.

Silo: Es él.

Blanchard: ¿Qué le hiciste?

Silo: La jugada se fue hacia la derecha, lejos de nosotros. Lo hice picadillo con un bloqueo, lo derribé al suelo y después le clavé una rodilla en el estómago. Chillaba como un cerdo. Duró tres jugadas. Ya no volvió.

Paul: Nos habrían podido penalizar por violencia innecesaria en todas las jugadas, tanto del ataque como de la defensa.

Neely: Mientras lo sacaban a rastras del campo, Chenault me dice que su tackle izquierdo no se mueve. Le ocurría algo, puede que tuviera un tobillo torcido; al tío le dolía, pero no quería dejar el partido. Así pues, corrimos hacia él cinco veces seguidas, siempre con la misma jugada. Seis, siete yardas cada vez mientras Marcus permanecía agachado a la espera de alguien a quien poder arrollar. Paso el balón y contemplo la carnicería.

Silo: Súbelo un poco, Nat.

Primero y diez en la treinta y ocho de East Pike. Los Spartans mueven el balón, pero el tiempo se les echa encima. Hasta ahora ni un solo pase en la segunda mitad. Faltan seis minutos. Curry en movimiento por la izquierda, carrera, jugada de opción a la derecha, pitch a Mabry, ¡que gira hacia fuera hasta la treinta! ¡La veinticinco! Bajando directo hasta la dieciocho de East Pike, ¡los Spartans ya están llamando a la puerta!

Neely: Después de cada jugada, regresaba corriendo al huddle y decía: «Dadme el balón, hermanos, dadme el balón.» Y se lo dábamos.

Paul: Y cada vez que Neely cantaba una jugada, Silo decía: «Como la cagues, te rompo el cuello.» Silo: Y no hablaba en broma.

Blanchard: ¿Y vosotros erais conscientes de que el tiempo se os estaba echando encima?

Neely: Sí, pero daba igual. Sabíamos que íbamos a ganar.

Mabry ya ha llevado el balón doce veces en la segunda parte, para un total de setenta y ocho yardas. Ahí va un rápido snap, otra vez a la derecha, pero no ha sido gran cosa. Los Spartans están machacando el lado izquierdo de la defensa de East Pike. Mabry sigue simplemente a Durston y Vatrano y, como es natural, Silo Mooney está siempre en la montaña de Jugadores que se produce cuando hay un choque múltiple.

Silo: Me encantaba Buck Coffey. Neely: ¿No salías con su hija pequeña?

---

Silo: Yo a eso no lo llamaría salir. Y, por supuesto, Buck no tenía ni idea.

Segundo y ocho desde la dieciséis, otra vez se escapa Mabry por la izquierda para ganar tres o puede que cuatro yardas, y allí abajo en la trinchera estalla una encarnizada batalla, amigos.

Silo: La batalla siempre es encarnizada, Buck, por eso lo llaman la trinchera.

En medio de la penumbra, el club había ido creciendo en silencio. Otros jugadores se habían acercado o habían bajado unas cuantas gradas para poder seguir el partido, jugada a jugada.

Tercero y cuarto, Curry abierto, backfield lleno, opción a la derecha, Crenshaw conserva el balón, le golpean, cae hacia delante puede que unas dos yardas. Devon Bond le ha dado fuerte.

Neely: Devon Bond me golpeó tantas veces que me sentía un saco de arena.

Silo: Era el único jugador contra el que no podía hacer nada. Yo disparaba el balón, iba a por él, pero, cuando creía que lo tenía a tiro, se desvanecía como por arte de magia. O eso, o me atizaba con un antebrazo y hacía que me castañetearan los dientes. Era un tío muy malo.

Donnie: ¿No consiguió jugar en la NFL?

Paul: Dos años en los Steelers, y después una lesión lo devolvió a East Pike.

Un cuarto y dos que es demasiado, amigos. Los Spartans tienen que anotar aquí porque aún les queda mucho que anotar. Ya ahora las manecillas del reloj están corriendo en serio. Tres minutos y cuarenta segundos. Ni una sola localidad vacía; ahora Chenault en movimiento a la izquierda, Crenshaw alarga el inicio de la jugada mediante una contraseña. ¡Y saltan! ¡East Peak comete un fuera de juego! Crenshaw ha engañado a su defensa con un movimiento brusco de la cabeza y se ha salido con la suya provocando el fuera de juego de la defensa.

Silo: Jugada de cabeza..., ¡un cuerno! Paul: Todo siguió un ritmo.

Blanchard: Recuerdo que su entrenador se volvió loco y saltó al campo.

Neely: Lo penalizaron. La mitad de la distancia hasta la goal line.

Silo: Aquel tío estaba chalado y, cuanto más anotábamos nosotros, más gritaba él.

Primero y goal desde la dos y medio. Opción izquierda, ahí va el lanzamiento, Marcus Mabry es golpeado, efectúa un drive ¡y cae en la zona de anotación! ¡Touchdown del Spartan! ¡Touchdown!

La voz de Buck llegaba todavía más lejos a través del silencio de la noche. En determinado momento, Rabbit la oyó y bajó por la pista en medio de las sombras para averiguar la procedencia del ruido. Vio a un grupo sentado o tumbado de cualquier manera en las gradas de arriba. Vio botellas de cerveza, aspiró el olor del humo de los cigarrillos. En otra época, habría asumido el mando de la situación y habría echado a todo el mundo del campo. Pero aquellos de allí arriba eran los chicos de Rake, los pocos elegidos. Estaban esperando a que se apagarán las luces.

Si se hubiera acercado un poco más, habría podido llamar a cada uno por su nombre y número, y era capaz de recordar la situación exacta de sus cabinas en los vestuarios.

Rabbit pasó por entre los soportes metálicos que había bajo las gradas y se ocultó debajo de los jugadores para escuchar.

Silo: Neely ordenó una jugada de onside kick y es tuvo casi a punto de dar resultado. El balón brincó por ahí y lo tocaron todos los malditos jugadores del campo, hasta que un tío con la camiseta equivocada encontró finalmente la manera de atraparlo.



---

Ronnie: Corrieron dos veces para un total de dos yardas y después intentaron un pase largo que Hindu rompió. Ellos efectuaron un «tres y fuera», sólo que Hindu empujó al receptor fuera del límite. Penalización por violencia innecesaria. Primer down.

Donnie: Fue una decisión horrible del árbitro. Blanchard: Nos volvimos locos en las gradas. Randy: Mi padre estuvo a punto de arrojar la radio al campo.

Silo: Nos daba igual. No íbamos a permitir que anotaran.

Ronnie: Ellos hicieron otro «tres y fuera».

Couch: ¿No fue más o menos aquí donde se realizó el retorno de punt?

Nat: Primera jugada del cuarto cuarto. Subió el volumen.

East Pike vuelve al terreno de juego para efectuar un punt en la cuarenta y uno de Messina, carrera, una patada fuerte y baja recibida al rebote por Paul Curry en la cinco, carrera a la derecha hasta la diez y vuelta atrás... ¡Tiene una muralla! ¡Una muralla sensacional! ¡A la veinte, treinta, cuarenta! Regresa al centro del campo, aprovecha un bloqueo de Marcus Mabry, ¡a la cuarenta, la treinta, por el lateral más alejado! ¡Hay bloqueadores por todas partes! A la diez, la cinco, la cuatro, la dos, ¡touchdown! ¡Touchdown de los Spartans! ¡Un retorno de punt de noventa y cinco yardas!

- 1 0 6 Nat bajó el volumen para que todos pudieran saborear uno de los momentos más grandes de la historia del fútbol del Spartan. El retorno de punt se había ejecutado con precisión de manual, todos los bloqueos y todos los movimientos coreografiados por Eddie Rake durante interminables horas de entrenamiento. Cuando Paul Curry entró danzando en la zona de anotación, lo escoltaban seis camisetas verdes, tal y como se había ensayado durante los ejercicios. «Todos nos reunimos en la zona de anotación», les había gritado Rake una y otra vez.

Dos jugadores del East Pike yacían en el suelo, víctimas de unos violentos, pero legales, bloqueos por la espalda que Rake les había enseñado a efectuar en noveno grado. «Los retornos de punt son ideales para matar a la gente», les decía una y otra vez.

Paul: Vamos a escucharlo otra vez. Silo: Con una basta. El mismo final.

Cuando se despejó el campo, East Pike efectuó el siguiente saque e inició un drive que duraría seis minutos. Durante un breve período de la segunda parte, utilizaron su superior talento para avanzar sesenta yardas, aunque tuvieron que luchar por cada pulgada. Su impecable actuación de la primera parte se había esfumado y ahora sólo quedaban titubeos e incertidumbres. El cielo estaba cayendo. Estaba a punto de producirse un estrangulamiento masivo y ellos serían incapaces de impedirlo.

Cada handoff provocaba un violento ataque de los once defensores. Todos los pases cortos acababan con el receptor acurrucado en el suelo. No había tiempo para pases largos; a Silo no había quien lo parara. En cuarto y dos del veintiocho de Messina, East Pike cometió la locura de ir por el primer down. El quarterback simuló un lanzamiento a la izquierda, efectuó una carrera hacia la banda a la derecha, buscando al tight end. Pero el tight end había sido machacado en la línea por Donnie Utley, cuyo gemelo estaba efectuando blitzes como un perro rabioso. Ronnie agarró al quarterback por detrás, le arrebató el balón tal como le habían enseñado a hacer, lo derribó al suelo y los Spartans, que iban perdiendo por 31-21, volvieron por sus fueros cuando faltaban cinco minutos y treinta y cinco segundos para el final del partido.

Algo le ocurre a la mano derecha de Neely, no ha intentado ni un solo pase en la segunda parte. Cuando la defensa está en el campo, la mantiene enterrada en un cubo de hielo. East Pike lo ha calado... Están efectuando marcaje al hombre con los receptores abiertos, todos los demás están alineados en la línea de scrimmage.

Jaeger: Estaba rota, ¿verdad? Paul: Sí, estaba rota.

Neely se limitó a asentir con la cabeza. Jaeger: ¿Cómo te la rompiste, Neely? Silo: Un incidente en los vestuarios. Neely no dijo nada.

---

Primero y diez desde la treinta y nueve del Spartan, Curry receptor derecho, movimiento a la izquierda, lanzamiento a la derecha a Marcus Mabry que avanza cuatro o puede que cinco yardas muy duras. Devon Bond está por todo el campo. Debe de ser el sueño de un defensa que no se preocupa de cubrir los pases, le basta con perseguir el balón. Los Spartans se reúnen rápidamente en el huddle, corren a la línea, pueden oír el reloj. Jugada rápida, carrera de Chenault -los justo detrás de Silo Mooney, que no hace sino repartir golpes en el centro del campo.

Silo: Me gusta eso de repartir golpes.

Donnie: Eso es decirlo con mucha suavidad. Frank falló un bloqueo en una jugada de carrera y Silo le pegó un puñetazo en el huddle.

Neely: No le pegó un puñetazo. Le dio un tortazo. El árbitro iba a enseñar la tarjeta, pero no estaba seguro de si se podía penalizar a alguien por vapulear a sus propios compañeros de equipo.

Silo: Que no hubiera fallado el bloqueo entonces.

Tercero y uno en la cuarenta y ocho, cuatro minutos veinte segundos para el final del partido, los Spartans vuelven a la línea antes de que East Pike esté preparado, jugada rápida, Neely se desplaza hacia la derecha, se queda con el balón y corre, cruza la cincuenta hacia la cuarenta y cinco, y fuera del límite. Primer down y se detiene el reloj. Los Spartans necesitan dos touchdowns. Tendrán que empezar a utilizar los laterales.

Silo: Vamos, Buck, ¿por qué no te limitas a cantar las jugadas?

Donnie: Estoy seguro de que se las sabía.

Randy: Joder, se las sabía todo el mundo. En más de treinta años no habían cambiado.

Couch: Nosotros corrimos las mismas jugadas que corristeis vosotros contra East Pike.

Mabry efectúa otro off tackle y gana cuatro yardas; le golpean con dureza Devon Bond y el safety Armand Butler, un auténtico cazador de cabezas. No temen el pase y, por consiguiente, cargan con toda su fuerza contra la carrera. Preparada la formación de ataque con dos tight ends. Chenault en movimiento por la izquierda, opción a la derecha, lanzamiento a Mabry que gira hacia delante, sigue avanzando a trompicones y consigue tres. Ahora estará en tercero y tres, otra gran jugada, pero es que ahora todas son grandes. El tiempo sigue pasando, quedan cuatro minutos de juego. Balón en la treinta y nueve. Curry sale disparado desde el huddle, receptor izquierdo, backfield dividido, Neely retrocede para formar en shotgun, carrera, gira a la derecha, no deja mirar, ve mucha presión, se lanza hacia el extremo más alejado y lo agarra Devon Bond. Una colisión muy desagradable de casco contra casco, y Neely tarda en levantarse.

Neely: No veía nada. Jamás me habían golpeado tan fuerte. Durante unos treinta segundos, no pude ver nada.

Paul: No queríamos perder un tiempo muerto, por lo que tiramos de él hacia arriba, lo pusimos de pie y lo arrastramos de nuevo al huddle.

Silo: Yo también le pegué un tortazo y le fue muy útil.

Neely: No lo recuerdo.

Paul: Era cuatro y uno. Neely estaba medio inconsciente y yo canté la jugada. ¿Qué os puedo decir?, soy un genio.

Cuarto y uno. Los Spartans tardan en llegar a la línea. Crenshaw no se encuentra muy bien en estos momentos, no se le ve muy tranquilo. Jugada importan te. Jugada decisiva. Ahora la tortilla podría darse la vuelta, amigos. East Pike tiene nueve hombres en la línea. Formación de ataque con dos tight ends, sin receptores. Crenshaw se sitúa detrás del centr, carrera larga, rápido lanzamiento a Mabry; éste se detiene, salta, le envía un pase por el centro a Heath Dorcek, ¡que está totalmente desmarcado! ¡A la treinta! ¡A la veinte! ¡Golpe en la diez! ¡Tropieza y cae en la tres! ¡Primero y goal para los Spartans!

---

Paul: Fue el pase más horroroso que jamás se había visto en el fútbol de competición, con el balón girando sobre sus extremos, lo que se dice un auténtico «pato muerto». Fue una preciosidad, tíos.

Silo: Genial. Dorcek no atrapaba ni la gripe; por eso Neely no le lanzó el balón.

Nat: Jamás en mi vida he visto a nadie correr tan lento, parecía un búfalo arrastrándose pesadamente por el campo.

Silo: Hubiera podido correr más que tu trasero. Neely: La jugada duró una eternidad y, cuando Heath regresó al huddle, tenía lágrimas en los ojos.

Paul: Yo miré a Neely y éste me dijo: «Canta una jugada.» Recuerdo que miré el reloj: faltaban tres minutos cuarenta y aún teníamos que anotar dos veces. «Vamos a hacerlo, ahora -dije-, no en el tercer down.» Y Silo dijo: «Corre detrás de mí.» Sólo tres yardas para la tierra prometida, amigos, y aquí están los Spartans corriendo a la línea, rápido set, rápida jugada, Crenshaw conserva el balón; ¡y entra caminando en la zona de anotación! ¡Silo Mooney y Barry Vatrano aplastaron todo el centro de la línea de East Pike! ¡Touchdown de Spartans! ¡Touchdown de Spartans! ¡No se puede negar! ¡Treinta y uno a veintisiete! ¡Increíble!

Blanchard: Recuerdo que os reunisteis todo el equipo en el huddle antes de reanudar el juego. Por poco os penalizan por pérdida deliberada de tiempo.

Hubo una larga pausa hasta que habló Silo.

Silo: Estábamos ocupándonos de un asunto. Teníamos que proteger ciertos secretos.

Couch: ¿Secretos sobre Rake? Silo: Sí.

Couch: ¿No fue ahora cuando apareció?

Paul: Nosotros no mirábamos, pero en determinado momento, tras haber efectuado el saque inicial, se corrió la voz por la zona del banquillo de que Rake había regresado. Lo vimos en el borde de la zona de anotación, al lado de los otros cuatro entrenadores, todos todavía con sus sudaderas verdes y con las manos en los bolsillos, mirando con aire indiferente como si fueran los cuidadores del terreno de juego o algo por el estilo. Nos dio rabia verlos allí.

Nat: Éramos nosotros contra ellos.

Blanchard: Jamás olvidaré el espectáculo... Rake y sus ayudantes en el borde del campo como una panda de putas en una iglesia. Al mismo tiempo, no sabíamos por qué estaban allí. Y creo que seguimos sin saberlo.

Paul: Les dijeron que no se acercaran al banquillo. Blanchard: ¿Quién se lo dijo?

Paul: El equipo. Blanchard: Pero, ¿por qué?

Nat alargó la mano hacia el mando del volumen. La voz de Buck Coffey empezaba a quebrarse a causa de la emoción. Para compensar la falta de fuerza y claridad, Buck se limitaba a levantar la voz. Cuando East Pike se acercó a la línea en el primer down, Buck prácticamente ya le gritaba al micrófono.

Balón en la dieciocho, el reloj marca todavía tres minutos veinticinco segundos para el final. East Pike cuenta con un total de tres primeros downs y sesenta y una yardas de ofensiva en la segunda parte. Todo lo que han intentado, los inspirados Spartans se lo han hecho tragar. Una vuelta de la tortilla espléndida, la mejor actuación que he visto en los veintidós años que llevo comentando el fútbol del Spartan.

Silo: Ánimo, Buck.

Handoff por la derecha, para una o puede que dos yardas. Ahora East Pike ya no sabe bien lo que tiene que hacer. Les encantaría gastar un poco de tiempo, pero primero tienen que hacer algunos primeros downs. Tres minutos tres segundos y el reloj sigue corriendo. Messina, con los tres tiempos muertos que le quedan, los va a necesitar. Ahora los entrenadores del East Pike están tardando mucho en dar las instrucciones desde la banda, les quedan doce segundos para iniciar la jugada o hacer el snap, rompen el huddle, lentos en la línea. Cuatro, tres, dos, uno, snap, lanzamiento a la derecha a Barnaby, que se escabulle doblando la

---

esquina de la línea ofensiva a lo largo de cinco o puede que seis yardas. Ahora un buen tercer down, tercero y tres en la veintiuna y el reloj sigue corriendo.

Un vehículo se detuvo cerca de la entrada. Era blanco y tenía unas palabras pintadas en las portezuelas. -Creo que ha vuelto Mal -dijo alguien.

El sheriff se lo tomó con calma para salir, se desperezó, echó un vistazo al campo y a las gradas. Después encendió un cigarrillo y el destello del encendedor resultó visible treinta filas más arriba en la línea de las cuarenta yardas.

Silo: Tendría que haber traído más cerveza.

Los Spartans pegan fuerte. Receptores a derecha e izquierda. En formación de shotgun, Waddell recibe el lanzamiento, amaga un pase a la derecha y lanza a la izquierda, el balón es atrapado en la treinta y dos en un rápido slant por Gaddy, que es derribado por Hindu Aiken. Primer down de East Pike que obliga a los auxiliares de los árbitros a mover las cadenas». Dos minutos cuarenta para el final y los Spartans necesitan a alguien en el lateral para empezar a tomar decisiones. Allí abajo están jugando sin entrenadores, amigos.

Blanchard: ¿Quién tomaba las decisiones?

Paul: Después de que ellos consiguieran su primer down, Neely y yo decidimos que lo mejor era consumir un tiempo muerto.

Silo: Yo llevé la defensa hacia el lateral y todo el equipo se congregó alrededor. Todo el mundo gritaba. Ahora se me pone la piel de gallina sólo con pensarlo.

Neely: Volumen, Nat, antes de que Silo se eche a llorar.

Primer down en la treinta y dos. East Pike rompe el huddle sin prisas, zona retrasada del campo dividida, snap, Waddell retrocede para efectuar el pase mirando a la derecha y el receptor cae sobre el terreno de juego en la treinta y ocho, pero el cronómetro sigue en marcha. El receptor no ha salido del campo y el reloj se va acercando a dos minutos veintiocho. Dos veintisiete.

Desde la entrada, Mal Brown fumaba su cigarrillo estudiando al grupo de antiguos Spartans reunido en el centro de las gradas. Oía la radio y reconocía la voz de Buck Coffey, pero no sabía qué partido estaban escuchando. Aunque tenía cierta idea. Dio una calada al cigarrillo y buscó a Rabbit entre las sombras.

East Pike en la línea con un segundo y cuatro, dos minutos catorce segundos para el final. Rápido lanzamiento a la izquierda a Barnaby, ¡pero no avanza! Lo golpean con dureza en la línea ambos Utley, Ronnie y Donnie parece que efectúan blitzes en todas las brechas. ¡Ellos golpearon primero y todo el equipo los siguió! Los Spartans están ahora muy nerviosos allí abajo, pero será mejor que tengan cuidado. Han estado apunto de dar un golpe fuera de tiempo.

Silo: Golpe fuera de tiempo, violencia innecesaria, media docena de faltas personales, elige lo que quieras, Buck. Habrían podido sacarnos el pañuelo en cada jugada.

Ronnie: Silo mordía a la gente.

Tercero y cuatro, menos de dos minutos. East Pike pierde todo el tiempo que puede mientras el reloj sigue corriendo. Allá en la línea esperan los once Spartans.

¿Vais a correr y aparar al corredor de manera contundente o hacéis un pase y os hacen un sack? Ésta es la opción para East Pike. ¡No pueden mover el balón! ¡Ha vuelto Waddell, es un pase corto y Donnie Utley aborta el pase y desvía el balón de un manotazo! ¡El reloj se detiene! ¡Cuarto y cuatro! ¡East Pike tendrá que efectuar un punt! ¡Un minuto y quince segundos de juego y los Spartans se apoderan del balón!

Mal estaba paseando muy despacio por la pista con otro cigarrillo. Ellos lo vieron acercarse un poco más. Paul: El último return punt dio resultado y decidimos volver a probar.

---

Un punt bajo, Alonzo Taylor atrapa el balón en la treinta y cinco, ¡y no tiene adónde ir! ¡Pañuelos por todas partes! ¡Podría ser una penalización!

Paul: ¿Podría ser? Hindu lo agarró por la espalda, la peor falta que he visto en mi vida.

Silo: Pues yo ya había empezado a romperle el cuello. Neely: Y yo te lo impedí, ¿recuerdas? El pobre chico se fue hacia el lateral llorando.

Silo: Pobre chico. Si ahora le viera, le recordaría aquel clip.

Yeso es lo que hay, amigos. Los Spartans poseen el balón en su diecinueve, quedan ochenta y una yardas cuando falta un minuto y cuarenta segundos para el final. Los Spartans van perdiendo por treinta y uno a veintiocho. Crenshaw dispone de dos tiempos muertos y ningún juego de pase.

Paul: No podía pasar con la mano rota.

Todo el equipo del Spartan está reunido en el lateral; parece que están rezando.

Mal estaba subiendo lentamente las gradas sin sus habituales resoluciones y bromas. Nat interrumpió la grabación y las gradas se quedaron en silencio.

-Chicos -dijo Mal en un susurro-, el Entrenador se ha ido.

Rabbit surgió de entre las sombras y bajó por la pista. Lo vieron desaparecer detrás del marcador y, segundos después, la batería de luces del poste sudoeste se apagó. Rake Field se quedó a oscuras.

Casi todos los Spartans que permanecían sentados en silencio en las gradas no habían conocido Messina sin Eddie Rake. Y para los mayores que eran muy jóvenes cuando él llegó como un desconocido y no probado entrenador de fútbol de veintiocho años, su influencia en la ciudad era tan abrumadora que era fácil suponer que siempre había estado allí. A fin de cuentas, Messina como ciudad no importaba con anterioridad a Rake. No figuraba ni siquiera en el mapa.

El velatorio había terminado. Las luces se habían apagado.

A pesar de que ya esperaban su inminente muerte, el mensaje de Mal los golpeó con fuerza. Cada uno de los Spartans se retiró por unos instantes a sus propios recuerdos. Silo dejó la botella de cerveza en el suelo y empezó a tamborilearse las sienes con los dedos. Paul Curry apoyó los codos en las rodillas y miró fijamente hacia el campo, hacia algún lugar cercano a la línea de las cincuenta yardas donde su entrenador gritaba y se ponía como una fiera y, cuando un partido no marchaba bien, nadie se atrevía a acercársele. Neely lo recordó en la habitación del hospital, con la gorra verde de Messina en la mano, hablando en susurros con su antiguo all-American, preocupado por su rodilla y por su futuro. Y tratando de disculparse.

Nat Sawyer se mordió el labio mientras empezaban a humedecerse los ojos. Eddie Rake significaba mucho más para él después de sus días de fútbol. «Gracias a Dios que está oscuro», pensó Nat para sus adentros. Pero sabía que había otras lágrimas.

Desde algún lugar del otro lado del pequeño valle, desde la ciudad, les llegó el sordo tañido de las campanas de las iglesias. Messina estaba recibiendo la noticia que más temía.

Blanchard Teague fue el primero en hablar.

-Me apetece terminar este partido. Llevo quince años esperando.

Paul: Efectuamos una jugada de carrera, basculando hacia un lado del campo, Alonzo consiguió seis o siete, y rebasó el límite.

Silo: Habría anotado, pero Vatrano falló el bloqueo de un defensa. Le dije que le cortaría los cojones en el vestuario como volviera a fallar otro.

---

Paul: Ellos los tenían a todos en la línea. Yo no hacía más que preguntarle a Neely si podía lanzar algo, aunque sólo fuera un pase corto en suspensión por el centro, cualquier cosa que pudiera mantener atrás a la secundaria. Neely: A duras penas podía agarrar el balón.

Paul: Segundo clown, ejecutamos una jugada de carrera por la izquierda.

Neely: No, segundo clown, enviamos a tres receptores en profundidad, yo me eché hacia atrás para pasar, pero después me agaché e inicié la carrera, hice dieciséis yardas, aunque no pude rebasar el límite. Devon Bond volvió a golpearme y yo creí morir.

Couch: Lo recuerdo. Pero él también fue lento en levantarse.

Neely: Él me importaba un bledo.

Paul: El balón estaba en la cuarenta y faltaba aproximadamente un minuto. ¿No hicimos otra jugada de carrera?

Nat: A la izquierda, casi un primer clown y Alonzo rebasó el límite justo delante de nuestro banquillo. Neely: Después intentamos de nuevo la opción del pase y Alonzo lanzó, y por poco nos lo quitan.

Nat: Nos lo quitaron, pero el safety tenía un pie sobre la línea de banda.

Silo: Aquí fue donde yo te dije que ya basta de pases de Alonzo.

Couch: ¿Y cómo estaban los ánimos en el huddle? Silo: Bastante tensos, pero cuando Neely decía que nos calláramos, nos callábamos. Nos repetía una y otra vez que los obligaríamos a tragarse la derrota, que íbamos a ganar y, como siempre, nosotros le creímos.

Nat: El balón estaba en la cincuenta y faltaban sólo cincuenta segundos.

Neely: Canté un pase de pantalla y salió de maravilla. La presión que ejerció la defensa para impedir el pase fue tremenda, pero yo conseguí lanzar el balón a Alonzo con la mano izquierda.

Nat: Fue precioso. Lo golpearon en posición retrasada, se alejó y, de repente, se encontró con una muralla de bloqueadores.

Silo: Aquí fue donde yo pillé a Bond, pillé al muy hijoputa mientras trataba de esquivar un bloqueo y no miraba, le hundi el casco en el costado izquierdo y se lo llevaron fuera del campo.

Neely: Es probable que eso nos permitiera ganar el partido.

Blanchard: Aquello parecía un manicomio, treinta y cinco mil personas gritando como idiotas, pero, aun así, nosotros pudimos oír el ruido del golpe que le diste a Bond.

Silo: Era legal. Yo prefería los que no lo eran, pero no era un buen momento para una penalización.

Paul: Alonzo avanzó unas veinte. El cronómetro se paró por la lesión y, por consiguiente, disponíamos de un poco de tiempo. Neely nos cantó tres jugadas.

Neely: No quería correr el riesgo de una intercepción o un fumble y la única manera de separar a los defensas era enviar a los receptores en profundidad y formar en shotgun. En el primer down, hice un scramble de unas diez.

Nat: Once. Fue primer down en la veintiuna cuando faltaban treinta segundos.

Neely: No estando Bond en el campo, yo sabía que podía anotar. Pensé que con otros dos scrambles, llegaríamos a la zona de anotación. En el huddle, les dije que procuraran por encima de todo derribar a alguien.

Silo: Yo les dije que mataran a alguien.

Neely: Los tres defensas fueron a por mí y me pararon en la línea de gol. Teníamos que consumir nuestro último tiempo muerto.

---

Amos: ¿No se te ocurrió pensar en un field goal? Neely: Sí, pero Scobie tenía una pierna débil... certera pero débil.

Paul: Además, llevaba más de un año sin ejecutar un field goal.

Silo: El juego de patada nunca se nos dio muy bien. Nat: Gracias, Silo. Siempre puedo contar contigo. La jugada final del drive milagroso fue posiblemente la más famosa de toda la gloriosa historia del equipo de fútbol americano Spartan de Messina. Sin tiempos muertos, veinte yardas por correr y dieciocho segundos para el final, Neely alineó a dos receptores junto a la línea de banda y recibió el snap en el shotgun. Efectuó rápidamente un handoff a Marcus Mabry en un draw. Marcus avanzó tres pasos, se detuvo bruscamente y lanzó de nuevo el balón a Neely, el cual esprintó a la derecha, simulando el pase como si tuviera intención de lanzarlo. Cuando se volvió campo arriba, la línea ofensiva se soltó y esprintó hacia delante, buscando a alguien a quien arrollar. En la diez, Neely, corriendo como un poseo, inclinó la cabeza y chocó contra una defensa y un safety en una colisión que hubiera dejado inconsciente a un simple mortal. Se apartó dando vueltas, libre pero aturdido, las piernas todavía le temblaban; volvieron a golpearlo en la cinco y también en la tres, donde casi toda la defensa de East Pike consiguió acorralarlo. La jugada ya casi se había completado, al igual que el partido, cuando Silo Mooney y Barry Vatrano se abalanzaron contra la masa de humanidad que acosaba a Neely y todo el revoltijo de hombres cayó en la zona de anotación. Neely se levantó de un salto sin soltar el balón y miró a Eddie Rake, a seis metros de distancia, inmóvil y con expresión evasiva.

Neely: Por una décima de segundo, pensé lanzarle el balón a él, pero entonces Silo me tiró al suelo y todo el mundo se me echó encima.

Nat: Todo el equipo estaba allí. Junto con las animadoras, los preparadores y la mitad de la banda. Nos penalizaron con quince yardas por celebración excesiva. Couch: A nadie le importaba. Recuerdo que miré a Rake y a los entrenadores y no se movieron. También era un poco raro.

Neely: Yo estaba tumbado en la zona de anotación bajo el peso de mis compañeros de equipo, pensando que acabábamos de conseguir lo imposible.

Randy: Yo tenía doce años y recuerdo que todos los seguidores de Messina permanecían sentados como sorprendidos y agotados, y que muchos de ellos lloraban.

Blanchard: Los seguidores de East Pike también lloraban.

Randy: Efectuaron una jugada, ¿verdad? Después del kickoff, quiero decir.

Paul: Sí, Donnie ejecutó un blitz y agarró al quarterback. El partido había terminado.

Randy: De repente, todos los jugadores que vestían la camiseta verde abandonaron corriendo el campo... Ni apretones de manos, ni huddle de final del partido, simplemente unas ganas locas de llegar a los vestuarios. Todo el equipo desapareció.

Mal: Pensábamos que os habíais vuelto todos locos. Esperamos un momento, creyendo que tendríais que regresar para recibir el trofeo y todo lo demás.

Paul: Pero nosotros no queríamos salir. Enviaron a alguien a recogerlos para la ceremonia de entrega del trofeo, pero nosotros mantuvimos la puerta cerrada.

Couch: Aquellos pobres chicos de East Pike intentaron sonreír cuando les entregaron el trofeo de subcampeones, aunque aún estaban medio aturdidos.

Blanchard: Rake también había desaparecido. Consiguieron que Rabbit se acercara al centro del campo y recibiera el trofeo del campeonato. Fue muy raro, pero todos estábamos demasiado emocionados para que nos importara.

Mal se acercó a la nevera portátil de Silo y sacó una cerveza.

-Sírvete tú mismo, sheriff -dijo Silo.

---

-No estoy de servicio. -Mal le dio un buen trago y empezó a bajar las gradas-. El funeral será el viernes, chicos. Al mediodía.

-¿Dónde?

-Aquí. ¿Dónde si no?



---

## Jueves

Neely y Paul se reunieron a primera hora de la mañana del jueves en la parte de atrás de la librería, donde Nat preparó otra jarra de su adictivo café guatemalteco, que probablemente era ilegal. Nat estaba ocupado en la parte anterior de la tienda, junto a una sección semiescondida; atendía a una mujer de aspecto siniestro, tez pálida y cabello negro como el azabache.

-Es la bruja de la ciudad -explicó Paul con cierto orgullo, como si todas las ciudades necesitaran tener una bruja; hablaba en voz baja, como si ella pudiera lanzarles una maldición.

El sheriff se presentó pocos minutos después de las ocho, vestido de uniforme y fuertemente armado, sintiéndose un poco perdido en la única librería que había en el condado que, por si fuera poco, era propiedad de un homosexual. Si Nat no hubiera sido un antiguo Spartan, a buen seguro Mal lo habría mantenido bajo vigilancia en calidad de personaje sospechoso.

-¿Estáis preparados, chicos? -rezongó, visiblemente deseoso de largarse cuanto antes de allí.

Con Neely sentado en el asiento delantero y Paul en el trasero, se alejaron velozmente de la ciudad en un alargo Ford blanco, en cuyas portezuelas unas letras de gran tamaño anunciaban que el vehículo era propiedad del sheriff. Al llegar a la carretera principal, Mal pisó el acelerador y pulsó el interruptor de las destelleantes luces rojas y azules. Pero sin la sirena. En cuanto todo estuvo debidamente configurado, desplazó su peso hacia un lado, tomó su alto vaso de café de poliestileno y apoyó una floja muñeca sobre la parte superior del volante. Estaban circulando a ciento sesenta y cinco kilómetros por hora.

-Yo estuve en Vietnam -anunció Mal, eligiendo el tema como si tuviera la intención de pasarse dos horas hablando sin cesar.

Paul se hundió unos cuantos centímetros en el asiento trasero, como un auténtico delincuente de camino hacia el juicio. Neely contemplaba el tráfico, convencido de que se la iban a pegar de un momento a otro en una terrible colisión en cadena.

-Estaba en un PBR en el río Bassac. -Un ruidoso sorbo de café mientras describía el escenario-. Éramos seis en aquel estúpido barquichuelo, aproximadamente dos veces más grande que una barquita de pesca, y nuestra misión era patrullar arriba y abajo en el río y armar jaleo. Disparábamos contra cualquier cosa que se moviera. Éramos unos idiotas. Que una vaca se acerca demasiado, práctica de tiro al blanco. Que un ruidoso cultivador de arroz levanta la cabeza del arrozal, le empezamos a disparar sólo para ver cómo se desploma sobre el barro. Nuestra misión cotidiana no tenía ningún propósito táctico, de modo que nos dedicábamos a beber cerveza, fumar marihuana, jugar a las cartas e intentar convencer a las chicas del lugar de que subieran a navegar con nosotros.

-Estoy seguro de que eso irá a parar a alguna parte -dijo Paul desde el asiento de atrás.

-Tú calla y escucha. Un día estamos medio dormidos, hace calor, estamos tomando el sol y haciendo la siesta como unas tortugas sobre un tronco cuando, de repente, estalla el infierno. Abren fuego contra nosotros desde ambas orillas del río. Fuego de verdad. Una emboscada. Dos tíos estaban abajo. Yo estoy en la cubierta con los otros tres; a ellos los alcanzan de inmediato. Muertos. Muertos a causa de los disparos antes de poder empuñar las armas. Hay sangre por todas partes. Todo el mundo grita. Yo estoy tumbado boca abajo, sin poder moverme, cuando le dan a un barril de combustible. El maldito cacharro no debía estar en la cubierta, pero a nosotros qué más nos daba. Teníamos dieciocho años y éramos unos estúpidos. Aquello estalla. Yo consigo zambullirme en el río sin quemarme. Nado al costado de la embarcación y agarro un trozo de malla de camuflaje que cuelga de la borda. Oigo gritar a mis otros dos compañeros en el interior de la embarcación. Están atrapados; hay fuego y humo por todas partes; es imposible salir. Yo permanezco bajo el agua todo lo que puedo. Cada vez que asomo la cabeza para respirar, los amarillos disparan a mi alrededor. Disparan sin cesar. Saben que estoy en el agua, aguantando la respiración. La cosa se prolonga durante mucho rato mientras la embarcación arde, a merced de la corriente. Al final, cesan los gritos y los accesos de tos abajo en el camarote; todo el mundo ha muerto, menos yo. Ahora los amarillos ya han salido de sus escondrijos y recorren ambas orillas del río, como si estuvieran dando un paseo dominical. Se lo están pasando en grande los muy cerdos. Soy el último tío que queda con vida y ellos están esperando a que cometa una equivocación. Nado por debajo de la embarcación, asomo la cabeza por el otro costado, aspiro un poco de aire y las balas me silban por todas partes. Nado hacia la popa, me agarro un rato al timón, me asomo para respirar y oigo las risas de los amarillos mientras abren fuego contra mí. El río está lleno de

---

serpientes, unas pequeñas serpientes tremendamente venenosas. Y yo pienso que se me ofrecen tres alternativas: ahogarme, dejar que me peguen un tiro o esperar a las serpientes.

Mal colocó la taza de café en un soporte del salpicadero y encendió un cigarrillo. Por suerte, abrió un poco la ventanilla. Neely también abrió la suya. Estaban en el campo, circulando a gran velocidad a través de suaves colinas, volando por delante de tractores de granja y viejas furgonetas.

-¿Y qué ocurrió? -preguntó Neely cuando resultó evidente que Mal quería que lo espolearan.

-¿Sabéis lo que me salvó? -Dínoslo.

-Rake. Eddie Rake. Cuando intentaba desesperadamente salvarme debajo de aquel barco, no pensaba en mi mamá, ni en mi papá ni en mi novia, pensaba en Rake. Oía los bramidos que nos dirigía al término de los ejercicios, cuando efectuábamos carreras de velocidad. Recordaba sus arengas en los vestuarios. No os Diez nunca por vencidos, no os deis nunca por vencidos. Ganas porque eres mentalmente más duro que el otro y eres más duro mentalmente porque tienes una mejor preparación. Si estáis ganando, nunca os deis por vencidos. Si estáis perdiendo, nunca os deis por vencidos. Si os han hecho daño, nunca os deis por vencidos.

Una larga calada al cigarrillo mientras los dos más jóvenes digerían el relato. Entre tanto, fuera del automóvil, los conductores civiles se desviaban hacia los arcones y pisaban los frenos para ceder el paso a aquella emergencia del representante de la ley.

-Al final, me alcanzaron en una pierna. ¿Sabíais que las balas os pueden alcanzar bajo el agua?

Jamás se me había ocurrido pensarlo -reconoció Neely.

-Vaya si pueden. Tendón de la corva izquierda. jamás había experimentado un dolor tan grande, como un cuchillo ardiente. Estuve casi a punto de desmayarme de dolor y me faltaba el aire. Rake esperaba de nosotros que jugáramos lesionados y, por consiguiente, me dije que Rake estaba mirándome. Rake estaba allí arriba en la orilla del río, observando lo duro que yo era.

Una larga y cancerosa calada al cigarrillo; un débil esfuerzo por expulsar el humo a través de la ventanilla. Una larga pausa mientras Mal se perdía en el horror de aquel recuerdo. Transcurrió un minuto.

-Está claro que sobreviviste -dijo Paul, que ansiaba llegar cuanto antes al final.

-Tuve suerte. A los otros cinco los metieron en cajas y los enviaron a casa. La embarcación seguía ardiendo y a veces no me podía acercar a ella porque el casco estaba muy caliente. Después estallaron las baterías con un fragor como de impactos directos de mortero y el barco se empezó a hundir. Oía las risas de los amarillos. Y oía también a Rake en el cuarto cuarto: «Ya es hora de ir a por todas, chicos. Aquí es donde ganamos o perdemos. A ver cómo van los ánimos.» -A mí también me parece estar oyéndole -lijo Neely. -De repente, cesan los disparos. Después oigo el zumbido de unos helicópteros. Dos de ellos habían visto el humo y habían decidido investigar. Descendieron, dispersaron a los amarillos, tendieron una cuerda y me sacaron. Mientras me izaban, miré hacia abajo y vi cómo ardía la embarcación. Vi a dos de mis compañeros calcinados en la cubierta. Me encontraba en estado de shock y me desmayé. Me dijeron más tarde que cuando me preguntaron cómo me llamaba contesté «Eddie Rake».

Neely miró a su izquierda mientras Mal apartaba el rostro. Se le quebró un poco la voz y después se enjugó los ojos. Durante un par de segundos no apoyó las manos sobre el volante.

-O sea, que volviste a casa, ¿no? -dijo Paul.

-Sí, eso fue lo bueno. Conseguí salir de allí. ¿Tenéis apetito, chicos?

-No. -No.

Estaba claro que Mal sí. Pisó el pedal del freno mientras giraba a la derecha, hacia una explanada de grava delante de una vieja tienda rural. El Ford traqueteó mientras Mal lo detenía bruscamente.

---

-Los mejores bollos de toda esta parte del estado -dijo mientras abría la portezuela y salía en medio de una nube de polvo.

Lo siguieron a la parte de atrás a través de una mampara y entraron en una pequeña cocina llena de humo. Había cuatro mesas muy juntas, todas ellas rodeadas de rústicos caballeros que devoraban jamón y bollos. Por suerte, al menos para Mal, que parecía estar a punto de desmayarse de hambre, había tres taburetes libres junto al mostrador, atestado de enseres y utensilios.

-Necesito unos bollos por aquí -le dijo a una anciana menuda que estaba vigilando un horno.

Al parecer, los menús no eran necesarios.

Con sorprendente velocidad, la mujer les sirvió café y bollos con mantequilla y melaza de sorgo. Mal se abalanzó sobre el primero, una especie de pan pardusco hecho con grasa de cerdo y harina, que pesaba por lo menos cuatrocientos gramos. Neely, a su izquierda, y Paul, a su derecha, imitaron su ejemplo.

-Anoche os oí hablar allí arriba en las gradas, chicos -dijo Mal, pasando de Vietnam al fútbol. Tomó un buen bocado y empezó a mascar con fruición-. Sobre el partido de 1987. Yo estaba allí, como todo el mundo. Pensamos que algo tenía que haber ocurrido en el descanso, en el vestuario, alguna especie de discusión entre vosotros y Rake.

-Se podría calificar de discusión -dijo Neely, que aún estaba preparando su primer y único bollo. -Nadie habló jamás de ello -dijo Paul.

-Y, ¿qué ocurrió? -Una discusión. -Eso ya lo he entendido. Ahora Rake ha muerto. -¿Y qué?

-Pues que han pasado quince años. Quiero conocer la historia -dijo Mal como si estuviera interrogando a un sospechoso de asesinato en el cuarto de atrás de la cárcel.

Neely dejó el bollo en su plato y lo contempló. Después miró a Paul y éste asintió con la cabeza. Adelante. Ya puedes contar finalmente la historia.

Neely tomó un sorbo de café sin prestar atención a la comida. Miró hacia el mostrador y se dejó llevar por el recuerdo.

-íbamos perdiendo por treinta y uno a cero y nos estaban dando una paliza -dijo muy despacio y casi en un susurro.

Yo estaba allí-dijo Mal, mascando sin interrupción.

-Llegamos al vestuario en el descanso y esperamos a Rake. Esperamos y esperamos, sabiendo que se nos iba a comer vivos. Al final, entró con los otros entrenadores. Estaba fuera de sí. Se acercó directamente a mí con la mirada rebotante de odio. Yo no sabía qué esperar. «Tú, miserable imitación de jugador de fútbol», dijo. «Gracias, entrenador», contesté. En cuanto las palabras salieron de mi boca, él levantó la mano izquierda y me soltó un revés en la cara.

-Sonó como un bate de béisbol al golpear la pelota -dijo Paul.

Él también había perdido el interés por la comida. -¿Eso te rompió la nariz? -preguntó Mal, todavía muy interesado en su desayuno.

-Sí.

-¿Qué hiciste entonces?

-Reaccioné de manera instintiva. No sabía si él quería volver a pegarme, y yo no estaba dispuesto a esperar. Por consiguiente, le arreé un gancho derecho con toda la fuerza que pude. Le di de lleno en la mandíbula izquierda, a ras del rostro.

---

-No fue un gancho derecho -dijo Paul-. Fue una bomba. La cabeza de Rake experimentó una sacudida, como si hubiera recibido un disparo, y él cayó como un saco de cemento.

-¿Lo noqueaste?

-Lo dejé seco. El entrenador Upchurch se acercó corriendo y empezó a gritar y a soltar maldiciones como si quisiera acabar conmigo -dijo Neely-. Yo no podía ver nada porque tenía toda la cara ensangrentada.

-Silo se adelantó y agarró a Upchurch por la garganta con ambas manos -dijo Paul-. Lo levantó en vilo, lo arrojó contra la pared y dijo que lo mataría como hiciera otro movimiento. Rake estaba inconsciente en el suelo. Snake Thomas, Rabbit y uno de los preparadores permanecían agachados a su lado. Durante unos segundos, aquello fue un caos; después Silo derribó a Upchurch al suelo y les gritó a todos que salieran de los vestuarios. Thomas dijo algo y Silo le propinó una patada en el trasero. Sacaron a Rake a rastras de los vestuarios y nosotros cerramos la puerta.

-No sé por qué razón, yo me puse a llorar sin poder contenerme -dijo Neely.

Mal había dejado de comer. Los tres miraban al frente, hacia donde estaba la señora junto al horno. -Algunos fuimos a buscar un poco de hielo -prosiguió Paul-. Neely dijo que tenía la mano rota. La nariz le sangraba de mala manera. Deliraba. Silo empezó a gritar a todos los jugadores del equipo. Fue una escena bastante fuerte.

Mal tomó un sorbo de café, y después cortó un trozo de bollo y lo arrastró por el plato como si no supiera si comérselo o no.

-Neely estaba tumbado en el suelo con hielo en la nariz y hielo en la mano mientras la sangre le bajaba hacia las orejas. Odiábamos a Rake como jamás ha sido odiado un hombre. Queríamos matar a alguien y aquellos pobres chicos de East Pike eran los objetivos que teníamos más a mano.

Tras una larga pausa, Neely añadió:

-Silo se arrodilló a mi lado y me gritó: «Levántate ahora mismo, señor Gran jugador Amateur de Estados Unidos. Tenemos que anotar cinco touchdowns.» -Cuando Neely se incorporó, salimos todos precipitadamente de los vestuarios. Rabbit asomó la cabeza a través de la puerta y lo último que yo pude oír fue a Silo gritándole: «Procura que esos hijoputas no se acerquen a nuestra banda.» -Hindu le arrojó una toalla manchada de sangre -dijo Neely, que todavía hablaba en susurros.

-Bien entrado el cuarto cuarto, Neely y Silo se reunieron con el equipo junto al banquillo y nos dijeron que, después del partido, deberíamos regresar corriendo a los vestuarios, cerrar la puerta y no salir hasta que los espectadores se hubieran ido.

Y así lo hicimos. Permanecimos mucho rato allí dentro —dijo Neely-. Tardamos una hora en calmarnos.

Se abrió la puerta a su espalda y salió un grupo de clientes al tiempo que entraba otro.

-¿Y jamás habíais hablado de ello? -preguntó Mal. -No. Decidimos enterrar el asunto -contestó Neely. -¿Hasta ahora?

-Supongo que sí. Rake ha muerto, ya no importa.

-¿Y por qué tanto secreto?

-Temíamos que se armara un escándalo -contestó Paul-. Odiábamos a Rake, pero seguía siendo Rake. Había pegado a un jugador y no a uno cualquiera. A Neely todavía le sangraba la nariz después del partido. Acabábamos de obrar un milagro, con todas las probabilidades en contra. Sin entrenadores. Simplemente echándole valor a la cosa. Un grupo de chavales que había sobrevivido a una enorme presión. Decidimos que fuera nuestro secreto. Silo recorrió la sala, miró a cada jugador a los ojos y exigió un voto de silencio.

-Dijo que mataría a cualquiera que lo contara-añadió Paul entre risas.

Mal vertió con habilidad medio litro de melaza sobre su siguiente bollo.

---

-Es una buena historia. Algo así me imaginaba.

-Lo más curioso es que los entrenadores tampoco hablaron jamás de ello -dijo Paul-. Rabbit mantuvo la boca cerrada. Silencio absoluto.

Tras pasarse un rato mascando, Mal dijo:

-Algo así nos imaginamos. Sabíamos que algo malo había ocurrido durante el descanso. A lo largo de los años, corrieron muchos rumores, algo que, como sabéis, suele abundar en Messina.

-Yo jamás oí hablar de ello a nadie -{dijo Paul. Un sorbo de café.

Neely y Paul no comían ni bebían.

-¿Recordáis a un chico que se llamaba Tugdale, que era de cerca de Black Rock? Iba uno o dos años detrás de vosotros.

-Andy Tugdale-dijo Neely-. Un guarda de sesenta y cinco kilos. Tan fiero como un perro de vigilancia. -Ése. Lo detuvimos hace unos años por golpear a su mujer y se pasó unas cuantas semanas en la cárcel. Yo jugaba a las cartas con él, cosa que siempre hago cuando metemos en chirona a alguno de los chicos de Rake. Les asigno una celda especial, comida mejor y permisos de fin de semana.

-Las ventajas del club -dijo Paul.

-Algo así. Lo comprobarás cuando te encierre con tu traserito de banquero.

-Pues muy bien.

-Pues muy bien, como iba diciendo, un día estábamos hablando y le pregunté a Tugdale qué había ocurrido durante el descanso del partido del título de 1987. Se cerró en banda y no soltó ni una sola palabra. Le dije que sabía que había habido una especie de pelea. Ni una palabra. Esperé unos cuantos días y lo volví a intentar. Al final, me dijo que Silo había sacado a patadas a los entrenadores de los vestuarios y les había dicho que no se acercaran a la línea de banda. Me explicó que había habido fuertes discrepancias entre Rake y Neely. Le pregunté qué había hecho Neely para fracturarse la mano. ¿Una pared? ¿Un armario? ¿Una pizarra? Nada de todo eso. ¿A una persona? Premio. Pero no quiso decirme a quién.

-Hiciste una investigación policial estupenda, Mal -dijo Paul-. A lo mejor, voto por ti la próxima vez. - ¿Podemos irnos? -dijo Neely-. No me gusta esta historia.

Circularon en silencio por espacio de media hora. Todavía a toda pastilla y con las luces encendidas, a ratos parecía que Mal estuviera medio dormido a causa de la laboriosa digestión de su pesado desayuno.

-Si quieres, puedo conducir yo -dijo Neely cuando el vehículo se desvió hacia el arcén de grava y comenzó a arrojar piedrecitas a medio kilómetro de distancia.

-No es posible. Es ilegal -rezongó Mal, despertándose de golpe.

A los cinco minutos, volvió a adormilarse. Neely pensó que la conversación podría ayudarle a mantenerse despierto.

-¿Detuviste tú a Jesse? -preguntó Neely mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

-No. Lo hicieron los chicos del estado. -Mal cambió de posición en su asiento y sacó un cigarrillo. Tenía que estar bien despierto para contar la historia.

-Le echaron del equipo en Miami y también de la escuela, consiguió salir bien librado sin ir a la cárcel y no tardó en regresar aquí. El pobre chico era adicto al chocolate y no podía desengancharse. Su familia lo intentó todo, rehabilitación, encierros, asesores, todas las consabidas mierdas. Quedaron destrozados. El sufrimiento mató a su padre. La familia Trapp era propietaria de ochocientas hectáreas de las mejores tierras de labranza de

---

aquí; ahora lo han perdido todo. Su pobre madre vive en aquella casa tan grande con un tejado que se está desmoronando.

-En fin-dijo Paul, tratando de echar una mano desde el asiento de atrás.

-En fin, empezó a trapichear, pero, como es natural, Jesse no se conformaba con ser un simple camello. Tenía ciertos contactos en el condado de Dade; de una cosa vino otra y no tardó en montar un lucrativo negocio. Tenía su propia organización y aspiraba a llegar muy arriba. -¿No murió alguien? -preguntó Paul.

-A eso iba -masculló Mal, mirando hacia el espejo retrovisor.

-Bueno, hombre, yo sólo quería ayudar.

-Siempre quise tener a un banquero en el asiento de atrás. A un auténtico profesional de cuello blanco.

-Y yo siempre quise extinguirle a un sheriff el derecho de redimir una hipoteca.

-Tregua -dijo Neely-. Estabas llegando a la parte mejor de la historia.

Mal volvió a cambiar de posición en el asiento, rozando el volante con su voluminosa tripa.

-Los agentes de vigilancia antidroga del estado fueron estrechando lentamente el cerco, tal como siempre suelen hacer. Le echaron el guante a un camello, lo amenazaron con treinta años de prisión y sodomía, y lo convencieron de que cantara. Éste preparó una trampa con los de la lucha antidroga ocultos en los árboles y bajo las rocas. La cosa salió mal, se sacaron las armas y hubo un tiroteo. Un agente antidroga resultó alcanzado por una bala en la oreja y murió en el acto. Al camello también le dieron, pero sobrevivió. A Jesse no había manera de encontrarlo, pero era su gente. Se convirtió en una prioridad y, en cuestión de un año, tuvo que comparecer ante el juez; lo condenaron a veintiocho años de cárcel sin posibilidad de libertad vigilada.

-Veintiocho años -repitió Neely.

-Sí. Yo estaba en la sala y me compadecí en serio del muy cabrón. Porque el tío tenía todo lo que hay que tener para jugar en la NFL. Envergadura, velocidad y violencia a raudales y, además, Rake lo había estado entrenando desde que tenía catorce años. Rake siempre decía que si Jesse se hubiera ido al A&M, no se habría estropeado. Rake también estaba en la sala.

-¿Cuánto tiempo lleva en la cárcel?

-Nueve o puede que diez años. Ya ni lo cuento. ¿Tenéis apetito?

-Acabamos de comer -replicó Neely.

-No es posible que vuelvas a tener apetito -observó Paul.

-No, pero es que aquí mismo hay un sitio estupendo donde la señorita Armstrong hace un dulce de pacanas exquisito. Lamentaría pasar de largo.

-Sigamos adelante -dijo Neely-. Yo digo que no. -Date un respiro, Mal -le aconsejó Paul desde el asiento de atrás.

El Centro de Detención de Buford se levantaba en un terreno de cultivo llano y sin árboles, al final de un camino asfaltado solitario y bordeado por varios kilómetros de valla de tela metálica. Neely ya estaba deprimido antes de ver el edificio.

Las previas llamadas telefónicas de Mal lo habían arreglado todo debidamente, por lo que les abrieron sin problemas la entrada principal y les permitieron adentrarse con su vehículo en el recinto de la prisión. Al llegar a un punto de control, cambiaron el espacioso coche patrulla por los estrechos bancos de una especie de maxicarrito de golf. Mal se acomodó delante y empezó a charlar por los codos con el conductor, un guardia tan pertrechado de municiones y artilugios como el propio sheriff. Neely y Paul compartían el banco posterior, que miraba a la parte de atrás, mientras el vehículo pasaba por delante de más vallas metálicas y alambradas de

---

espinas. Vieron un montón de cosas mientras circulaban a paso de tortuga por delante del Campo A, un edificio triste y alargado, hecho de ladrillos grisáceos; había unos reclusos tumbados en los peldaños de la entrada. A un lado se estaba disputando un ruidoso encuentro de baloncesto. Todos los jugadores eran negros. Al otro lado, se había iniciado un partido de voleibol, y todos los jugadores eran blancos. Los Campos B, C y D eran tan deprimentes como el A.

-¿Cómo puede alguien sobrevivir aquí? -se preguntó Neely.

Al llegar a un cruce, giraron y no tardaron en llegar al Campo E, que parecía un poco más nuevo. Se detuvieron en el Campo F y recorrieron a pie unos cincuenta metros hasta un lugar donde la valla metálica efectuaba un giro de noventa grados. El guardia musitó algo a través de su radio y, mientras señalaba con la mano, dijo:

-Bajen hasta aquel poste blanco de allí. Él saldrá enseguida.

Paul y Neely echaron a andar pegados a la valla, donde habían segado la hierba recientemente. Mal y el guardia se quedaron donde estaban, y perdieron interés por el asunto.

Detrás del edificio y al lado de la cancha de baloncesto había una zona pavimentada de hormigón, cubierta por completo de toda suerte de pesas desaparejadas, barras de levantamiento y montones de pesos. Algunos corpulentos hombres negros y blancos estaban haciendo músculos bajo el sol, desnudos de cintura para arriba y con la espalda brillante de sudor. Al parecer, se pasaban varias horas al día levantando pesos.

-Allí está -dijo Paul-. Aquel que está levantando la barra de pesas de la izquierda.

-Ése es Jesse -dijo Neely, hipnotizado ante una escena que muy pocas personas podían presenciar.

Un funcionario de prisiones se acercó y dijo algo a Jesse Trapp, el cual giró bruscamente la cabeza y miró hacia la valla metálica, hasta que vio a los dos hombres. Arrojó una toalla a la barra y, con los lentos y deliberados andares típicos de un Spartan, cruzó el pavimento de hormigón, la desierta cancha de baloncesto y la hierba que llegaba hasta la valla que rodeaba el Campo E. Desde cuarenta metros de distancia parecía muy corpulento, pero, en cuanto estuvo más cerca, la enormidad de su tórax, su cuello y sus brazos resultaba impresionante. Habían jugado una temporada con él. Jesse era alumno de último año, mientras que ellos lo eran de segundo- y lo habían visto desnudo en el vestuario. Lo habían visto lanzar pesas fuertemente cargadas en la sala de pesos. Y lo habían visto pulverizar todos los récords de levantamiento de pesos en el Spartan.

Ahora era dos veces más corpulento, su cuello era tan grueso como el tocón de un roble, y sus espaldas, tan anchas como una puerta. El tamaño de sus bíceps y tríceps era varias veces superior al normal. Su vientre parecía una calle adoquinada.

El corto cabello hacía que su cuadrada cabeza resultara todavía más simétrica. Cuando se detuvo y los miró desde arriba, sus labios esbozaron una sonrisa.

-Hola, chicos -dijo, respirando todavía afanosamente a causa de la tanda de ejercicios que acababa de realizar.

-Hola, Jesse -dijo Paul. -¿Qué tal estás? -dijo Neely.

-Voy tirando, no me puedo quejar. Me encanta veros. No recibo muchas visitas.

-Tenemos una mala noticia, Jesse -dijo Paul. -Me lo imaginaba.

-Rake ha muerto. Falleció anoche.

Inclinó la barbilla hasta que ésta le rozó el poderoso tórax. De cintura para arriba pareció encogerse levemente mientras recibía el impacto de la noticia.

-Mi madre me escribió y me dijo que estaba enfermo -dijo con los ojos cerrados.

-Ha sido un cáncer. Diagnosticado hace alrededor de un año, pero el final ha sido muy rápido.

---

-Dios mío. Pensé que Rake viviría eternamente. -Creo que eso lo pensábamos todos -dijo Neely. Los diez años en la cárcel le habían enseñado a controlar cualquier emoción que pudiera asaltarlo. Tragó saliva y abrió los ojos.

-Gracias por venir. No teníais que haberos molestado. -Queríamos verte, Jesse -dijo Neely-. Pienso en ti constantemente.

-El gran Neely Crenshaw.

-De eso hace ya mucho tiempo.

-¿Por qué no me escribes una carta? Me quedan todavía dieciocho años aquí.

-Lo haré, Jesse, te lo prometo. -Gracias.

Paul propinó una patada a la hierba.

-Mira, mañana se va a celebrar una ceremonia conmemorativa en el campo. Casi todos los chicos de Rake estarán allí para decirle adiós, ¿sabes? Mal cree que podría mover algunos hilos para que te dieran un permiso. - Ni hablar, tío.

-Tienes muchos amigos allí, Jesse.

-Antiguos amigos, Paul, personas a las que he decepcionado. Todos me señalarían con el dedo diciendo: «Mira, aquél es Jesse Trapp. Habría podido llegar muy lejos, pero se metió en el mundo de la droga. Se destrozó la vida. Aprended de él, hijos. Manteneos apartados de las cosas malas.» No, gracias. No quiero que me señalen con el dedo.

-Rake querría que estuvieras allí -dijo Neely.

La barbilla de Jesse volvió a inclinarse y sus ojos se cerraron. Transcurrió un momento.

-Quise a Rake como jamás he querido a nadie en mi vida. Estaba en la sala el día que me condenaron. Había destruido mi vida y me sentía humillado. Había destrozado a mis padres y no podía soportarlo. Pero lo que más me dolió fue haberle fallado a Rake. Todavía me duele. Podéis enterrarlo sin mí.

-Tú decides, Jesse -dijo Paul. -Gracias, pero paso.

Hubo una prolongada pausa durante la cual los tres asintieron con la cabeza, mientras contemplaban la hierba. Al final, Paul dijo:

-Veo a tu madre una vez a la semana. Está bien. -Gracias. Viene a verme el tercer domingo de cada mes. Tendrías que acercarte aquí alguna vez para saludarme. Me siento muy solo en este lugar.

-Lo haré, Jesse. -¿Me lo prometes?

-Te lo prometo. Y me gustaría que pensaras lo de mañana.

Ya lo he pensado. Rezaré una oración por Rake mientras vosotros lo enterráis, chicos.

-Como quieras.

Jesse miró a su derecha.

-¿Aquél de allí es Mal? Dile que se vaya a tomar por culo de mi parte.

-Lo haré, Jesse-dijo Paul-. Con mucho gusto. -Gracias, chicos -insistió Jesse.

Dio media vuelta y se alejó.



---

A las cuatro de la tarde del jueves la muchedumbre abrió paso a la entrada de Rake Field, mientras el coche fúnebre se situaba en posición. Se abrió la portezuela posterior y ocho portadores formaron dos cortas filas y sacaron el féretro. Ninguno de los ocho era antiguo jugador del Spartan. Eddie Rake había estudiado cuidadosamente los detalles finales y había decidido no hacer jugar a sus preferidos. Eligió a los portadores de su féretro entre sus entrenadores auxiliares.

El cortejo avanzó muy despacio por la pista de atletismo. Detrás del féretro caminaban la señora Lila Rake, sus tres hijas con sus respectivos maridos y una preciosa colección de nietos. A continuación, un sacerdote, al que seguía la sección de tambores de la banda de música del Spartan redoblando suavemente al pasar por delante de las gradas del lado local.

Entre las líneas cuarenta de la banda del equipo local se había levantado una tienda blanca de gran tamaño, con los palos anclados en unos cubos de arena para proteger la sagrada hierba de Bermudas de Rake Field. En la línea de las cincuenta yardas, en el punto exacto donde él había entrenado tan bien y durante tanto tiempo, se detuvieron con el féretro y lo colocaron sobre una antigua tabla de velatorio irlandesa, perteneciente a la mejor amiga de Lila; rápidamente lo rodearon de flores. Cuando el Entrenador estuvo debidamente situado, la familia se congregó alrededor del féretro para rezar una breve plegaria. Después se formó la línea de duelo.

La cola se extendía por la pista y a través de la puerta, y los automóviles ocupaban, parachoques contra parachoques, todo el camino que conducía a Rake Field.

Neely pasó tres veces por delante de la casa antes de hacer acopio de valor para detenerse. Había un vehículo de alquiler en el camino particular. Cameron había regresado. Bien pasada la hora de cenar, llamó a la puerta, casi tan nervioso como la primera vez que lo hiciera. Entonces, a sus quince años, con el permiso de conducir recién estrenado, el automóvil de sus padres, veinte dólares en el bolsillo y la pelusa del rostro afeitada, se había presentado para recoger a Cameron en la primera cita oficial de ambos.

Cien años atrás.

La señora Lane abrió la puerta como siempre, pero esta vez no reconoció a Neely.

-Buenas noches -dijo en voz baja.

Seguía siendo muy guapa y educada, y se negaba a envejecer.

-Señora Lane, soy yo, Neely Crenshaw. Al oír sus palabras, ella lo reconoció. -Pero bueno, Neely, ¿qué tal estás?

Pensaba que tenía tan mala fama en aquella casa que no sabía muy bien cómo lo iban a recibir. Pero los Lane eran gente muy correcta, algo más instruidos y acomodados que la mayoría de los habitantes de Messina. Si le guardaban algún rencor, tal como él suponía, no lo darían a entender. Los padres no, por lo menos.

-Estoy bien -contestó.

-¿No quieres pasar? -dijo ella, y le abrió la puerta. No fue un gesto demasiado entusiasta.

-Sí, claro. -Ya en el vestíbulo, Neely miró a su alrededor y dijo--: Sigue siendo una casa muy bonita, señora Lane.

-Gracias. ¿Te apetece un té?

-No, gracias. En realidad, busco a Cameron. ¿Está en casa?

-Pues sí.

-Me gustaría saludarla.

-Siento en el alma lo del entrenador Rake. Sé lo mucho que significaba para todos vosotros, los chicos. -Sí, señora.

---

Neely miró a su alrededor y prestó atención, por si pudiera oír alguna voz procedente de la parte de atrás de la casa.

-Voy a avisar a Cameron -dijo la señora Lane, y se retiró.

Neely se pasó un buen rato esperando y, al final, se volvió hacia la gran ventana ovalada de la puerta principal y contempló la oscura calle.

Oyó unas pisadas a su espalda y una voz conocida. -Hola, Neely -dijo Cameron.

Neely se volvió y ambos se miraron el uno al otro. Por un momento, le faltaron las palabras; al final, se encogió de hombros y balbució:

-Pasaba por aquí y se me ha ocurrido venir a saludarte. Ha pasado mucho tiempo.

-Pues sí.

La gravedad de su error lo azotó con toda su fuerza. Estaba mucho más guapa que en el instituto. Llevaba el precioso cabello cobrizo peinado hacia atrás y recogido en una cola de caballo. Sus ojos azul oscuro lucían unas elegantes gafas de diseño francés. Vestía un grueso jersey de algodón y unos ajustados vaqueros desteñidos que daban fe de su buena forma.

-Estás estupenda-le dijo, admirándola.

-Tú también.

-¿Podemos hablar?

-¿Sobre qué?

-La vida, el amor, el fútbol. Hay muchas posibilidades de que jamás volvamos a vernos y tengo algo que decirte.

Cameron abrió la puerta. Ambos cruzaron el amplio porche y se sentaron en los peldaños de la entrada, donde ella cuidó de dejar una buena separación entre ambos. Transcurrieron cinco minutos en silencio.

-He visto a Nat -dijo Neely-. Me dijo que vivías en Chicago, que estabas felizmente casada y tenías dos niñas.

-Es cierto.

-¿Con quién te casaste?

-Con Jack.

Jack, ¿qué?

-Jack Seawright.

-¿De dónde era?

-Lo conocí en el distrito de Columbia. Me fui a trabajar allí al terminar los estudios universitarios. -¿Cuántos años tienen tus hijas?

-Cinco y tres años.

-¿Qué hace Jack? -Bárgels.

-¿Bárgels?

-Sí, esta especie de panecillos circulares con agujeros. En Messina no los había.

---

-Ah, ya. ¿Quieres decir que tiene una tienda de Bágels?

-Tiendas.

-¿Más de una?

-Ciento cuarenta y seis.

-O sea, que te van muy bien las cosas, ¿verdad? -Su empresa está valorada en ocho millones de dólares.

-Caray. Mi pequeña empresa vale doce mil cuando tenemos un buen día.

-Has dicho que tenías algo que decirme.

Cameron no había dado la menor muestra de deshielo. No sentía el menor interés por ninguno de los detalles de su vida.

Neely oyó unas pisadas en el parquet del vestíbulo. La señora Lane habría regresado para intentar escuchar. Ciertas cosas jamás cambiaban.

Se levantó un poco más de viento y las hojas de roble se dispersaron por la acera de ladrillo que tenían delante. Neely se frotó las manos y dijo:

-Bueno pues, allá va. Hace mucho tiempo, hice una cosa muy mala de la que me he avergonzado durante muchos años. Me equivoqué. Fui estúpido, mezquino, asqueroso, egoísta, perverso y, cuanto mayor me hago, tanto más me arrepiento. He venido a disculparme, Cameron, y a pedirte que me perdones.

-Estás perdonado. Olvídalo.

-No, no puedo olvidarlo. Y no seas tan amable conmigo.

-Éramos sólo unos niños, Neely. Dieciséis años. Era otra vida.

-Estábamos enamorados, Cameron. Te adoraba desde que tenía diez años y nos tomábamos de la mano detrás del gimnasio para que los otros chicos no me vieran. -No me gusta oírte decir todo eso.

-De acuerdo, pero, ¿no puedo desahogarme? Y, ¿te importaría hacérmelo un poco más doloroso?

-Yo lo superé, Neely, finalmente. -Puede que yo no lo haya superado.

-¡Pues a ver si aprendes a vivir! Y, de paso, a ver si creces de una vez. Ya no eres el héroe del fútbol.

-Así me gusta. Eso es lo que quería oírte decir. Descarga los dos cañones.

-¿Has venido aquí para pelearte, Neely? -No, he venido para decirte que lo siento. -Ya lo has dicho. Y, ahora, ¿por qué no te vas? Neely se mordió la lengua y dejó pasar unos cuantos segundos.

-¿Por qué quieres que me vaya? -preguntó al cabo. -Porque no me gustas, Neely.

-Pues debería gustarte.

-Tardé diez años en quitarte de mi cabeza. Cuando me enamoré de Jack, conseguí olvidarte. Esperaba no volver a verte nunca más.

-¿Piensas alguna vez en mí?

-No. -¿Nunca?

---

-Puede que una vez al año, en algún momento de debilidad. Una vez Jack estaba viendo un partido de fútbol. El quarterback se lesionó y abandonó el partido en camilla. Entonces pensé en ti.

-Un pensamiento agradable. -No del todo desagradable. -Yo pienso en ti constantemente.

Un ligero resquebrajamiento del hielo mientras ella lanzaba un suspiro con aparente frustración. Después Cameron se inclinó hacia delante y apoyó ambos codos en las rodillas. Se abrió la puerta a su espalda y salió la señora Lane con una bandeja.

-He pensado que os apetecería un poco de chocolate caliente -dijo, y depositó la bandeja en el borde del porche, en el espacio que había entre ambos.

-Gracias -dijo Neely.

-Esto quita el frío -dijo la señora Lane-. Cameron, tendrías que ponerte unos calcetines.

-Sí, mamá.

La puerta se cerró y ambos hicieron caso omiso del chocolate. Neely deseaba mantener una larga conversación que abarcara varios temas y muchos años. Ella había experimentado por él unos fuertes sentimientos y quería confirmarlos. Quería lágrimas y furia, tal vez una o dos discusiones. Y quería que ella lo perdonase de verdad.

-¿De veras estabas viendo un partido de fútbol? -preguntó.

-No. Era Jack el que lo estaba viendo. Yo pasaba por allí.

-¿Le gusta el fútbol americano?

-No demasiado. Si hubiera sido un aficionado, no me habría casado con él.

-¿Eso quiere decir que sigues odiando el fútbol? -Bien puedes decirlo. Fui al Hollins, una escuela sólo de chicas y, por consiguiente, me pude librar del fútbol americano. Mi hija mayor está empezando a asistir a una pequeña academia privada... Nada de fútbol. -Pues, entonces, ¿por qué estás aquí ahora? -Miss Lila. Fue mi maestra de piano durante doce años.

-Claro.

-No he venido aquí para honrar a Eddie Rake. Cameron tomó una taza y la acunó entre ambas manos.

Neely imitó su ejemplo.

Al ver que éste no tenía ninguna prisa en marcharse, ella se abrió un poco.

-Tenía una compañera en un club de chicas de Hollins cuyo hermano jugaba en el equipo de la universidad. Ella estaba viendo un partido cuando estudiábamos segundo y yo entré en su habitación. Allí estaba el gran Neely Crenshaw, moviendo al Tech arriba y abajo del campo, los aficionados se volvían locos y los comentaristas alucinaban con aquel joven y extraordinario quarterback. Y entonces pensé: «Pues muy bien. Eso es lo que él siempre ha querido. Ser un héroe importante. Con las masas de aficionados rendidas a sus pies. Perseguido por todo el campo por las compañeras de estudios que se le echan encima. Adulación constante. El gran jugador de fútbol americano amateur. Ése es Neely.» -Dos semanas más tarde estaba en el hospital. Cameron se encogió de hombros.

-No me enteré. No seguía tu gran carrera.

-¿Quién te lo dijo?

-Regresé a casa por Navidad y fui a almorzar con Nat. Me dijo que jamás volverías a jugar. Es un deporte de lo más estúpido. Chicos y jóvenes se estropean el cuerpo para toda la vida.

-Es cierto.

---

-Y ahora dime, Neely, ¿qué fue de las chicas? Cuando ya no eres un héroe, ¿qué ocurre con todas aquellas putitas y fans?

-Se esfumaron.

-Eso debió de matarte.

«Ahora ya vamos mejor -pensó Neely-. Que saque todo el veneno que lleva dentro.» -La lesión no fue nada agradable.

-¿Y entonces te convertiste en una persona normal como el resto de los mortales? -preguntó Cameron. - Spongo que sí, pero con mucha experiencia acumulada. Ser un héroe olvidado no es nada fácil.

-¿Y aún te estás adaptando a la nueva situación? -Cuando eres famoso a los dieciocho años, te pasas el resto de la vida consumiéndote poco a poco. Sueñas con tus días de gloria, pero sabes que se fueron para siempre. Pienso que ojalá no hubiera visto jamás una pelota de fútbol.

-No te creo.

-Ahora sería un tipo normal con dos piernas sanas. Y no habría cometido el error que cometí contigo. -Vamos, Neely, no te pongas pesado. Sólo teníamos dieciséis años.

Otra larga pausa mientras ambos tomaban un sorbo de chocolate y se preparaban para el siguiente saque y volea. Neely había estado varias semanas planificando el encuentro. Cameron no tenía la menor idea de que volvería a verlo. Sin embargo, él sabía que el factor sorpresa no le serviría de mucho. Ella tendría todas las respuestas. -No dices gran cosa -le dijo.

-Es que no tengo nada que decir -replicó ella. -Vamos, Cameron, es tu oportunidad de disparar con los dos cañones.

-¿Y por qué tendría que hacerlo? Has venido para obligarme a desenterrar unos malos recuerdos que tardé años en olvidar. ¿Qué te induce a pensar que quiero regresar al instituto y volver a quemarme? Ya lo he superado, Neely. Pero está claro que tú no.

-¿Quieres que te cuente algo de Screamer? -No, por Dios.

-Es una camarera de cócteles en un casino de tres al cuarto de Las Vegas, gorda y fea, que a sus treinta y dos años aparenta cincuenta, todo según Paul Curry que la vio allí. Al parecer, se fue a Hollywood, trató de trepar a la cumbre acostándose con todo el mundo, pero acabó aplastada entre un millón de provincianas aspirantes a reinas del celuloide que, como ella, trataban de llegar a la cima a través de la cama.

-No me extraña.

-Paul dijo que parecía cansada.

-No me cabe la menor duda. Ya lo parecía en el instituto.

-¿Te hace eso sentir mejor?

-Me sentía estupendamente bien antes de que vinieras, Neely. No siento el menor interés por ti ni por tu reina de la fiesta de la vuelta a casa.

-Vamos, Cameron. Sé sincera. Para ti debe de ser una satisfacción saber que Screamer está rodando cuesta abajo hacia la mala vida, mientras tú llevas una existencia cómoda. Has ganado.

-Yo no competía con ella. No me importa. -Entonces sí te importaba.

Cameron depositó la taza en la bandeja y volvió a inclinarse hacia delante.

---

-¿Qué quieres que te diga, Neely? ¿Que te confirme lo obvio? Te quise con locura cuando era una adolescente. No tiene que extrañarte porque te lo decía todos los días. Y tú me decías lo mismo a mí. Pasábamos todos los momentos juntos, asistíamos a clase juntos, íbamos juntos a todas partes. Pero tú te convertiste en el gran héroe del fútbol americano y todo el mundo quería tener un trozo tuyo. Sobre todo, Screamer. Tenía unas piernas muy largas y un bonito trasero, llevaba minifalda, tenía una buena delantera y un llamativo cabello rubio, y te consiguió en el asiento de atrás de su automóvil. Tú decidiste que querías más de lo mismo. Yo era una chica formal y lo pagué. Me partiste el corazón, me humillaste delante de todas las personas que conocía y me destrozaste la vida durante mucho tiempo. Estaba deseando largarme de esta ciudad.

-Sigo sin poder creer lo que hice. -Pues lo hiciste.

Su voz sonaba un poco cortante y quebradiza. Cameron apretó los dientes, firmemente decidida a no dejar traslucir la menor emoción. Neely no la haría volver a llorar.

-Lo siento. -Neely se levantó muy despacio, procurando no apoyar demasiado el peso del cuerpo en la rodilla izquierda. Después le rozó el brazo y dijo: Gracias por darme la oportunidad de decírtelo.

-Faltaría más. -Adiós.

Bajó cojeando levemente y cruzó la verja. Cuando ya estaba cerca de su automóvil, ella lo llamó:

-Neely, espera.

Gracias a su tórrido idilio con Brandy Skimmel, alias Screamer, ahora conocida también, aunque por muy pocas personas, por el sobrenombre de Tessa Canyon, Neely se conocía todos los callejones y todas las calles desiertas de Messina. Rodeó Karr's Hill, donde ambos se detuvieron un instante para contemplar el campo de fútbol americano de allí abajo. La cola de los que deseaban dar el pésame seguía ocupando la pista de atletismo y llegaba hasta el otro lado de la entrada principal. El aparcamiento estaba lleno de automóviles que iban y venían.

-Dicen que Rake, después del despido, solía sentarse aquí para ver los partidos.

-Habrían tenido que encerrarlo en la cárcel -dijo Cameron; fueron las primeras y únicas palabras que pronunciaba desde que saliera de casa.

Aparcaron junto a un campo de entrenamiento y se introdujeron como dos furtivos a través de una puerta en el lado del equipo visitante. Subieron a la parte superior de las gradas y se sentaron, dejando entre ambos todavía un notable espacio de separación, aunque no tan grande como el del porche de la casa de Cameron. Se pasaron un buen rato contemplando la escena del otro lado del campo.

La blanca tienda se elevaba como una pequeña pirámide delante de las gradas de los espectadores locales. El féretro apenas se veía bajo el improvisado dosel. Una muchedumbre se había congregado a su alrededor, disfrutando del velatorio. Miss Lila y la familia se habían retirado. Las coronas y los centros de flores se estaban acumulando alrededor de la tienda y a lo largo de la banda. Una silenciosa cola de personas avanzaba muy despacio por la pista de atletismo, esperando pacientemente la oportunidad de firmar en el libro de condolencias, ver el féretro, derramar tal vez una lágrima y despedirse de su leyenda. Arriba, en las gradas detrás de la cola de gente, los chicos de Rake de todas las edades estaban reunidos en pequeños grupos, algunos hablaban, otros se reían, pero la mayoría se limitaba a contemplar el campo, la tienda y el féretro.

Sólo dos personas permanecían en las gradas del equipo visitante, sin que nadie hubiera reparado en ellas. Cameron fue la primera en hablar en un suave susurro.

-¿Quiénes son todos éstos, los que están en las gradas?

Jugadores. Anoche y anteanoche yo también estuve allí arriba, esperando la muerte de Rake. -Entonces, ¿todos han vuelto a casa?

-Casi todos nosotros. Tú también has vuelto. -Claro. Estamos enterrando a nuestro ciudadano más famoso.

-A ti no te gustaba Rake, ¿verdad?

---

-No me entusiasmaba. Miss Lila es una mujer muy fuerte, pero no estaba hecha para él. Él era un dictador en el campo y tenía dificultades para desconectar cuando regresaba a casa.

-Tú aborrecías el fútbol.

-Te aborrecía a ti y eso me hizo aborrecer el fútbol. -Así me gusta mi niña.

-Me parecía una tontería. Hombres adultos que lloraban después de una derrota. Toda la ciudad vivía y moría con cada partido. Desayunos de oración todos los viernes por la mañana, como si a Dios le importara quién ganara un partido de fútbol americano de instituto. Se gastaba más dinero en el equipo de fútbol que en todos los demás grupos estudiantiles juntos. Adorar a unos chicos de diecisiete años que rápidamente se convencían de que en verdad eran dignos de ser adorados. El doble rasero: un jugador de fútbol americano falla en una prueba y todo el mundo se apresura a disimularlo; uno que no es deportista falla, y lo suspenden. Las tontitas que se mueren de ganas de dársele todo a un Spartan. Todo por el bien del equipo. Messina necesita que sus jóvenes vírgenes lo sacrifiquen todo. Ah, y casi me olvidaba, ¡las animadoras! Cada jugador dispone de su pequeña esclava particular que le hace galletitas el miércoles y le coloca una lamparita en el jardín de su casa el jueves y le saca brillo al casco el viernes y..., ¿qué es lo que toca el sábado, Neely, un polvito rápido?

-Sólo si tú lo quieres.

-Me parece todo muy triste. Gracias por haberme apartado de todo eso.

Mirando hacia atrás con la percepción retrospectiva de los quince años transcurridos, todo aquello parecía efectivamente muy tonto.

-Pero tú venías a los partidos -dijo Neely.

-A algunos. ¿Tienes idea de lo que es esta ciudad un viernes por la noche fuera del campo? No hay ni un alma en ningún sitio. Phoebe Cox y yo entrábamos a escondidas aquí, en el lado del equipo visitante, y veíamos los partidos. Siempre queríamos que perdiera Messina, pero eso aquí jamás ocurría. Nos burlábamos de la banda de música y de las animadoras, y de la Brigada de Animación y de todo lo demás, y lo hacíamos, porque no formábamos parte de nada de todo eso. Yo estaba deseando largarme al centro universitario.

-Yo sabía que estabas aquí arriba. -No es verdad.

-Te juro que sí.

Unas leves carcajadas cruzaron el campo cuando otra anécdota de Rake se difundió entre sus chicos. Neely a duras penas podía distinguir a Silo y Paul en un grupo de otros diez justo por debajo de la tribuna de la prensa. Corría la cerveza.

-Cuando te zambulliste en aquel asiento de atrás -dijo Cameron- y me apartaste a un lado, todavía nos quedaban dos años en este lugar. Había momentos en que te veía en el pasillo, o en la biblioteca e incluso en clase, y nuestros ojos se cruzaban por un instante. Sin la engreída y despectiva sonrisa, ni la arrogante mirada del héroe de todo el mundo. Por una décima de segundo me mirabas como a una persona de verdad y yo comprendía que todavía te importaba. Hubiera vuelto a recibirte en un santiamén.

-Y yo te quería.

-Eso cuesta un poco creerlo. -Pues es verdad.

-Pero, claro, los placeres del sexo... -No podía evitarlo.

-Felicidades, Neely. Tú y Screamer empezasteis vuestras aventuras a los dieciséis años. Y mírala ahora. Gorda y cansada.

-¿Te enteraste de los rumores de que estaba embarazada?

-¿Bromeas? En esta ciudad los rumores son como mosquitos.

---

-El verano anterior a nuestro último curso, va y me dice que está embarazada.

-Menuda sorpresa. Biología esencial.

-Nos fuimos a Atlanta, le practicaron un aborto y regresamos a Messina. Jamás se lo dije a nadie. Veinticuatro horas de descanso y vuelta a las andadas. -Más o menos.

-Mira, Neely, estoy más que harta de tu vida sexual.

Fue mi maldición durante muchos años. O cambias de tema o me largo de aquí.

Otra prolongada y embarazosa pausa mientras ambos contemplaban la cola de los admiradores de Rake sin saber qué decir. La brisa les acariciaba el rostro y ella cruzó los brazos sobre el pecho. Neely reprimió el deseo de inclinarse hacia ella y abrazarla. No habría dado resultado. -No me has preguntado nada sobre mi vida actual -dijo Neely.

-Perdona. Hace mucho tiempo que dejé de pensar en ti. No puedo mentir, Neely. Ya no cuentas para mí. -Siempre fuiste muy directa.

-Eso es bueno. Te ahorra mucho tiempo.

Me dedico a vender inmuebles, vivo solo como un perro, salgo con una chica que no me gusta, salgo con otra que tiene dos hijos y echo de menos a mi ex mujer.

-¿Cuál fue la causa del divorcio?

-Se vino abajo. Tuvo dos abortos espontáneos, el segundo en el cuarto mes. Cometí el error de decirle que una vez pagué un aborto y ella me acusó de la pérdida de los hijos. Tenía razón. El verdadero precio de un aborto es mucho más que los cochinos trescientos dólares de la clínica. -Lo siento.

-Diez años después de la semana en que Screamer y yo hicimos nuestro viajecito por carretera a Atlanta, mi mujer sufrió el segundo aborto. Un varón.

-Ahora sí me quiero ir. -Perdón.

Estaban sentados de nuevo en los peldaños de la entrada. Las luces estaban apagadas. El señor y la señora Lane se habían ido a dormir. Eran más de las once.

-Creo que ahora tendrías que irte -dijo Cameron al cabo de unos minutos.

-Tienes razón -corroboró Neely.

-Antes has dicho que ahora piensas constantemente en mí. Tengo curiosidad por saber por qué.

-No tenía ni idea de lo mucho que duele un corazón destrozado hasta que mi mujer hizo las maletas y se fue. Fue una pesadilla. Por primera vez, comprendí lo mucho que tú habías sufrido. Y me di cuenta de lo cruel que había sido contigo.

-Lo superarás. Se tarda unos diez años. -Gracias.

Neely bajó por la acera y después dio media vuelta y regresó.

-¿Cuántos años tiene Jack? -preguntó. -Treinta y siete.

-Pues entonces, según las estadísticas tendría que morir primero. Llámame cuando haya muerto. Estaré esperando.

-Y un cuerno.

-Lo juro. ¿No te consuela saber que alguien estará esperándote?



---

-No se me había ocurrido pensarlo.

Neely se inclinó hacia delante y la miró a los ojos. -¿Puedo besarte en la mejilla?

-No.

-Hay algo mágico en el primer amor, Cameron, algo que siempre echaré de menos.

-Adiós, Neely.

-¿Puedo decirte que te quiero? -No. Adiós, Neely.

---

## Viernes

Messina estuvo de duelo como jamás había estado. A las diez de la mañana del viernes, las tiendas, los cafés y los despachos de la plaza estaban cerrados. Todos los estudiantes habían recibido permiso para dejar la escuela. El juzgado estaba cerrado. Las fábricas de las afueras de la ciudad habían cerrado como si fuera un día de fiesta, aunque nadie estaba de humor para celebrarlo.

Mal Brown colocó a sus agentes alrededor del instituto donde el tráfico de media mañana obligaba a los vehículos a circular pegados los unos a los otros en el camino a Rake Field. A las once, las gradas del lado del equipo local estaban prácticamente llenas y los antiguos jugadores, los viejos héroes, ya se estaban reuniendo y congregándose alrededor de la tienda a la altura de la línea de las cincuenta yardas. Casi todos ellos llevaban sus camisetas verdes de juego, un regalo a todos los alumnos de último curso. Y casi todas las camisetas les quedaban un poco apretadas a la altura de la cintura. Unos cuantos -los abogados, los médicos y los banqueros- vestían chaquetas deportivas encima de sus camisetas de juego, pero el verde resultaba claramente visible. Desde las gradas de arriba, los aficionados contemplaban la tienda y el campo, y disfrutaban de la oportunidad de identificar a sus antiguos héroes. Aquellos cuyos números habían sido retirados eran los que despertaban más entusiasmo.

-Allí está Roman Armstead, número 81, jugaba con los Packers.

-Y allí está Neely, número 19.

El cuarteto de cuerda de último curso tocaba bajo la tienda y el sistema de megafonía difundía los acordes de una a otra zona de anotación. La ciudad seguía afluyendo al campo.

No habría ataúd. Eddie Rake ya estaba bajo tierra. Miss Lila y su familia llegaron sin ceremonia y se pasaron media hora abrazando a antiguos jugadores delante de la tienda. Poco antes del mediodía apareció el sacerdote y, a continuación, un coro, pero la muchedumbre distaba mucho de sentirse satisfecha. Cuando las gradas del lado local ya estuvieron llenas, la gente empezó a agolparse junto a la valla, alrededor de la pista de atletismo. Nadie tenía prisa. Aquél era un momento cuyo recuerdo Messina conservaría para siempre.

Rake quería a sus chicos en el campo, agrupados alrededor del pequeño estrado junto a la tienda. Y quería que lucieran sus camisetas, un deseo que se había divulgado en silencio durante sus últimos días. Un encerado cubría la pista y se habían colocado varias sillas plegables dispuestas en forma de media luna. Sobre las doce y media, el padre McCabe dio la señal y los intérpretes empezaron a ocupar sus asientos. Miss Lila y la familia se sentaban en las primeras filas.

Neely permanecía sentado entre Paul Curry y Silo Mooney, rodeados de otros treinta miembros del equipo de 1987. Dos habían muerto y seis habían desaparecido. Los restantes no habían podido llegar a tiempo. Una gaita empezó a gemir junto al poste norte y la muchedumbre enmudeció. Silo empezó a derramar lágrimas casi de inmediato, y no fue el único. Las melancólicas notas se extendieron por el campo y conmovieron a los presentes, preparándolos para emociones más fuertes. El padre McCabe se acercó muy despacio al improvisado estrado y ajustó el micrófono.

-Buenas tardes -dijo con una sonora voz que atravesó claramente los altavoces del estadio y se pudo oír desde casi un kilómetro a la redonda-. Bienvenidos a nuestra celebración de la vida de Eddie Rake. En nombre de la señora Lila Rake, de sus tres hijas y sus nietos, y del resto de la familia, les doy la bienvenida y les agradezco su presencia. -Pasó una página de sus notas-. Carl Edward Rake nació hace setenta y dos años en Gaithersburg, Maryland. Hace cuarenta y ocho años se casó con Lila Saunders. Hace cuarenta y cuatro años el Consejo Escolar de Messina lo contrató como entrenador jefe del equipo de fútbol americano. Contaba por aquel entonces veintiocho años, carecía de experiencia como entrenador jefe y siempre dijo que le dieron el puesto porque nadie más lo había querido. Estuvo entrenando aquí durante treinta y cuatro años, ganó cuatrocientos partidos y trece títulos estatales, y todos nosotros conocemos las restantes cifras. Pero lo más importante es que influyó decisivamente en nuestra vida. El entrenador Rake murió el miércoles por la noche. Esta mañana ha recibido sepultura en la intimidad, en una ceremonia privada a la que sólo ha asistido la familia y, cumpliendo sus deseos y con el beneplácito de la familia Reardon, sus restos descansan al lado de Scotty. El entrenador Rake me dijo la pasada semana que soñaba con Scotty, me dijo que estaba deseando verle allá arriba en el cielo para darle un abrazo y decirle que lo sentía.

Eligiendo hábilmente el momento, el sacerdote hizo una pausa para permitir que los presentes se emocionaran. Después abrió un ejemplar de la Biblia.

---

Cuando estaba a punto de tomar la palabra, se produjo un tumulto cerca de la entrada principal. Se oyó el sonoro crujido de una radio. Se cerraron unas portezuelas de automóvil y se escucharon unas voces. La gente se arremolinó alrededor. El padre McCabe hizo una pausa y miró, lo cual indujo a los presentes a imitar su ejemplo.

Un hombre gigantesco estaba cruzando a toda prisa la entrada para situarse en la pista de atletismo. Era Jesse Trapp, flanqueado por dos guardias de la cárcel. Vestía unos pantalones caqui impecablemente planchados y una camisa de la prisión, y le habían quitado las esposas. Sus guardias iban de uniforme y eran casi tan corpulentos como él. Al reconocerlo, los presentes se quedaron petrificados.

Bajó bordeando la banda con la cabeza muy alta y la espalda erguida, con orgullo, aunque también con cierta perplejidad. ¿Dónde debería sentarse? ¿Encajaría en aquel lugar? ¿Sería bien recibido? Cuando ya estaba cerca del final de las gradas, alguien de entre los presentes le llamó la atención. Una voz pronunció su nombre y él se detuvo en seco.

Era su madre, de pie junto a la valla. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza por encima de la valla metálica mientras los guardias se miraban el uno al otro como para confirmar que sí, que estaba bien que el recluso abrazara a su madre.

De una arrugada bolsa de una tienda de comestibles la señora Trapp sacó una camiseta verde. El número 56, retirado en 1985. Jesse la tomó y miró hacia los antiguos jugadores situados más abajo de la pista, todos estirando el cuello para verle. En presencia de las mismas diez mil personas que en otros tiempos le pedían a gritos que machacara a sus contrincantes, se desabrochó rápidamente la camisa y se la quitó. De repente, dejó al descubierto los músculos más tonificados y bronceados que nadie hubiera visto jamás, y pareció hacer una pausa para que todos, y él también, pudieran saborear aquel momento. El padre McCabe esperó pacientemente y lo mismo hizo todo el mundo.

Cuando hubo colocado la camiseta en la debida posición, se la pasó por la cabeza y tiró de ella aquí y allá hasta dejarla en su sitio. Le apretaba en los bíceps y le estaba muy ajustada a la altura del pecho y alrededor del cuello, pero todos los Spartans presentes hubieran sido capaces de matar para que a ellos les sentara tan bien. Le estaba un poco ancha alrededor de la esbelta cintura y, cuando se la remetiÓ con cuidado en la cinturilla de los pantalones, pareció que estuviera a punto de estallar. Volvió a abrazar a su madre.

Alguien aplaudió y después varias personas se levantaron y empezaron a aplaudir. Bienvenido a casa, Jesse, seguimos queriéndote. De inmediato, las gradas empezaron a crujir a medida que la gente se iba levantando. Una atronadora salva de aplausos envolvió Rake Field mientras la ciudad abrazaba a un héroe caído. Jesse inclinó la cabeza y después saludó tímidamente con la mano mientras proseguía su lento avance hacia el estrado. Los incesantes aplausos se intensificaron cuando estrechó la mano del padre McCabe y abrazó a Miss Lila. Se abrió paso entre abrazos a través de un irregular pasillo de antiguos jugadores y, al final, encontró una silla plegable desocupada que pareció hundirse bajo su peso. Para cuando Jesse se hubo sentado, las lágrimas rodaban profusamente por su rostro.

El padre McCabe esperó a que se restableciera el orden. Aquel día no habría ninguna prisa, nadie consultaba el reloj. El sacerdote volvió a ajustar el micrófono y dijo:

-Uno de los pasajes preferidos de las Escrituras del entrenador Rake era el Salmo Veintitrés. Lo leímos juntos el lunes pasado. Sus versos preferidos eran: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo... Tu vara y tu cayado me sostienen.» Eddie Rake vivió su vida sin temor. A sus jugadores les enseñó que para los pusilánimes y asustadizos no hay lugar entre los vencedores. Los que no se arriesgan, no pueden alcanzar ninguna recompensa. Hace unos cuantos meses, el entrenador Rake aceptó la realidad de su inevitable muerte. No temía su enfermedad y los sufrimientos que la seguirían. No temía despedirse de los que amaba. No temía la muerte. Su fe en Dios era fuerte e inquebrantable. «La muerte es sólo el principio», gustaba de decir.

El padre McCabe inclinó levemente la cabeza y se apartó del atril. Como siguiendo una indicación, un coro formado sólo por mujeres de una iglesia negra empezó a tararear por lo bajo. Vestían unas túnicas escarlata y oro y, tras un breve precalentamiento, dieron comienzo a una briosa versión del célebre himno Amazing Grace. La música despertó sentimientos muy profundos, tal como siempre ocurre en semejantes ocasiones. Y también recuerdos. Ningún jugador del Spartan tardó en sumergirse en sus propias imágenes de Eddie Rake.

---

En el caso de Neely, los recuerdos de Rake siempre empezaban con el bofetón en la cara, la rotura de la nariz, el puñetazo que dejó al entrenador sin conocimiento y la dramática recuperación que les había permitido ganar el título del estado durante la segunda parte del partido. Y siempre intentaba seguir adelante, superar aquel doloroso momento y volver a los buenos tiempos.

Raro es el entrenador capaz de motivar a sus jugadores hasta el extremo de que se pasen la vida buscando su aprobación. Desde que se pusiera por primera vez el uniforme en sexto grado, Neely siempre había deseado despertar su atención. Y, a lo largo de los siguientes seis años, con cada pase que lanzaba, cada sesión de entrenamiento que seguía, cada jugada que memorizaba, cada peso que levantaba, cada hora que pasaba sudando, cada discurso previo al partido que pronunciaba, cada touchdown que anotaba, cada partido que ganaba, cada tentación que resistía, cada distinción que recibía, buscaba la aprobación de Eddie Rake. Quería ver el rostro de Rake cuando ganó el Heisman. Soñaba con la llamada telefónica de Rake cuando el Tech ganó el título nacional.

Y raro es el entrenador que consigue incrementar la magnitud de cada fallo mucho tiempo después del término de los días de juego. Cuando los médicos le dijeron que ya jamás podría volver a jugar, Neely tuvo la impresión de no haber estado a la altura de las esperanzas que Rake había depositado en él. Cuando se disolvió su matrimonio, casi le pareció ver la ceñuda expresión de reproche de Rake. Mientras su mísera carrera en el sector inmobiliario seguía adelante sin ninguna aspiración definida, sabía que Rake le habría echado un sermón si él hubiera estado lo bastante cerca para escucharlo. Puede que su muerte matara el demonio que lo perseguía, aunque lo dudaba bastante.

Ellen Rake Young, la hija mayor, subió al estrado cuando finalizó la interpretación del coro y desdobló una hoja de papel. Al igual que sus hermanas, había huido sabiamente de Messina al terminar el bachillerato y sólo regresaba cuando los asuntos familiares lo exigían. La sombra de su padre era demasiado gigantesca para que sus hijos pudieran sobrevivir en un lugar tan pequeño como aquél. Tenía cuarenta y tantos años, ejercía de psiquiatra en Boston y daba la impresión de sentirse un poco fuera de lugar.

-En nombre de nuestra familia, os doy las gracias por vuestras plegarias y vuestro apoyo durante estas últimas semanas. Mi padre murió con mucha valentía y dignidad. Aunque sus últimos años no fueron los mejores, amaba esta ciudad y a sus habitantes, y amaba especialmente a sus jugadores.

«Amor» no era una palabra que ningún jugador le hubiera oído utilizar alguna vez a su entrenador. Si los amaba, tenía una manera muy rara de demostrarlo.

-Mi padre escribió una breve nota que me pidió que leyera. -Se puso las gafas de lectura, carraspeó y se concentró en el papel-. Aquí Eddie Rake, hablando desde la tumba. Si estáis llorando, por favor, dejad de hacerlo. -La frase provocó algunas carcajadas entre la muchedumbre, deseosa de un poco de alivio-. Jamás me han interesado las lágrimas. Ahora mi vida ya ha terminado, de modo que no lloréis por mí. Y no lloréis por los recuerdos. Nunca miréis hacia atrás, quedan todavía demasiadas cosas por hacer. Soy un hombre afortunado que ha vivido una existencia maravillosa. Tuve la inteligencia de casarme con Lila en cuanto conseguí convencerla, y Dios nos ha premiado con tres hijas preciosas y, en el último recuento, con ocho nietos perfectos. Eso solo ya es suficiente para cualquier hombre. Pero Dios me tenía reservadas muchas bendiciones. Me guió hacia el fútbol y hacia Messina, mi hogar. Y aquí os conocí a vosotros, mis amigos y mis jugadores. Aunque era emocionalmente incapaz de transmitir mis sentimientos, quiero que mis jugadores sepan que sentía un profundo aprecio por todos y cada uno de ellos. ¿Por qué iba alguien en su sano juicio a entrenar a un equipo de fútbol americano de instituto durante treinta y cuatro años? Para mí era muy fácil. Amaba a mis jugadores. Pienso que ojalá hubiera sido capaz de expresarlo, aunque simplemente no iba con mi carácter. Conseguimos muchas cosas, pero no me detendré en las victorias y los campeonatos. En su lugar, aprovecharé este momento para presentar dos disculpas. -Aquí Ellen se detuvo y volvió a carraspear. Los presentes parecieron contener colectivamente la respiración-. Sólo dos disculpas en treinta y cuatro años. Tal como ya he dicho, soy un hombre afortunado. La primera se refiere a Scotty Reardon. Jamás pensé llegar a ser el responsable de la muerte de uno de mis jugadores, pero acepto la culpa de su muerte. El hecho de sostenerlo en mis brazos mientras se moría es algo por lo que he llorado todos los días desde entonces. Expresé estos sentimientos a sus padres y, con el tiempo, creo que me han perdonado. Me aferro a su perdón y me lo llevo con mi muerte. Ahora estoy con Scotty por toda la eternidad y, mientras ambos contemplamos juntos este momento desde arriba, ya nos hemos reconciliado con nuestro pasado. -Ellen hizo otra pausa para tomar un sorbo de agua-. La segunda se refiere al partido por el título del estado de 1987. En el descanso y en un acceso de furia, agredí físicamente a un jugador, a nuestro quarterback. Fue un acto delictivo que debería haberme apartado para siempre del campo. Me arrepiento de mis actos. Mientras contemplaba cómo el equipo

---

reaccionaba con todas las probabilidades en contra, sentí un orgullo y un dolor como jamás había experimentado. Aquella victoria fue mi mejor hora. Perdonadme, chicos, os lo pido por favor.

Neely miró a su alrededor. Todas las cabezas estaban inclinadas y casi todo el mundo mantenía los ojos cerrados. Silo se estaba enjugando el rostro.

-Pero dejemos ya lo negativo. Mi amor a Lila, a las chicas y a los nietos. Todos nos reuniremos muy pronto en la otra orilla del río en la tierra prometida. Que Dios os acompañe.

El coro entonó *Just a Closer Walk with Thee* y las lágrimas empezaron a rodar profusamente por los rostros. Neely no pudo por menos de preguntarse si Cameron estaría reprimiendo sus emociones. Y sospechó que sí.

Rake había pedido que tres de sus antiguos jugadores pronunciaran unas palabras de homenaje. Breves, había pedido por escrito desde su lecho de muerte. Las primeras las pronunció Su Señoría Mike Hilliard, juez de una pequeña ciudad situada a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. A diferencia de la mayoría de antiguos Spartans, vestía traje, bastante arrugado, por cierto, y corbata de pajarita. Sujetó el atril con ambas manos y no necesitó consultar ninguna nota.

Jugué en el primer equipo del entrenador Rake en 1958 -dijo, arrastrando las palabras con voz trémula-. El año anterior habíamos ganado tres partidos y perdido siete, lo cual se consideraba entonces una buena temporada, pues habíamos derrotado a Porterville en nuestro último partido. El entrenador se fue llevándose a sus auxiliares y, durante algún tiempo, no estuvimos muy seguros de poder encontrar a alguien que quisiera entrenarnos. Contrataron a un hombre joven, llamado Eddie Rake, que no era mucho mayor que nosotros. Lo primero que nos dijo fue que éramos una pandilla de perdedores, que el hábito de perder era contagioso y que, si nosotros pensábamos que podíamos perder con él, más nos valía tomar el portante. Cuarenta y uno de nosotros optamos por el fútbol americano aquel año. El entrenador Rake nos llevó a un viejo campamento eclesial allá por el condado de Page para hacer ejercicio en agosto y, a los cuatro días, el grupo se había reducido a treinta. Al cabo de una semana, éramos veinticinco y algunos de nosotros estábamos empezando a preguntarnos si sobreviviríamos para formar un equipo. Los ejercicios eran de lo más brutales. Cada tarde había un autobús para Messina y éramos libres de tomarlo. Al cabo de dos semanas, el autobús iba vacío y dejó de funcionar. Los chicos que abandonaron, regresaban a casa contando historias terroríficas acerca de lo que ocurría en Camp Rake, tal como enseguida lo bautizaron. Nuestros padres se alarmaron. Mi madre me dijo más tarde que le parecía que yo estaba en la guerra. Por desgracia, yo he visto la guerra. Y la habría preferido a Camp Rake.

»Dejamos el campamento con veintiún jugadores, veintiún chicos que jamás habían estado en tan buena forma. Éramos pequeños y lentos y no teníamos quarterback, pero estábamos convencidos. Nuestro primer partido en casa fue contra Fulton, un equipo que nos había humillado el año anterior. Estoy seguro de que algunos de vosotros lo recordáis. Íbamos ganando por veinte a cero al llegar al descanso y Rake nos regañó porque habíamos cometido algunos errores. Su genial método era muy sencillo: atenerse a las jugadas esenciales y entrenarse sin cesar hasta poder ejecutarlas a la perfección. Son unas lecciones que jamás he olvidado. Ganamos el partido y lo estábamos celebrando en los vestuarios cuando entró Rake y nos dijo que nos calláramos. Estaba claro que nuestra actuación no había sido perfecta. Nos dijo que no nos quitáramos el equipo de protección y, en cuanto se retiraron los espectadores, regresamos al campo y estuvimos entrenando hasta la medianoche. Ejecutamos dos jugadas hasta que los once chicos lo hicimos todo perfecto. Nuestras novias nos estaban esperando, nuestros padres nos estaban esperando. Era bonito haber ganado el partido, pero la gente comenzaba a pensar que el entrenador Rake estaba loco. Los jugadores ya lo sabían.

»Aquel año ganamos ocho partidos, perdimos sólo dos y nació la leyenda de Eddie Rake. En mi último año, perdimos un partido y, en 1960, el entrenador Rake tuvo su primera temporada imbatida. Yo ya estaba en el centro universitario y no podía regresar a casa todos los viernes, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Cuando juegas para Rake, entras a formar parte de un pequeño y exclusivo club y sigues la actuación de los equipos que vienen detrás de ti. Durante treinta y dos años, yo seguí la actuación del Spartan todo lo que pude. Estaba aquí, sentado allá arriba en las gradas, cuando empezó la gran racha en 1964 y estaba en South Wayne cuando terminó en 1970. Junto con todos vosotros, vi jugar a los grandes... Wally Webb, Roman Armstead, Jesse Trapp, Neely Crenshaw.

»En las paredes de mi desordenado despacho cuelgan las fotografías de los treinta y cuatro equipos de Rake. Cada año Rake me enviaba una fotografía del equipo. A menudo, cuando tendría que estar trabajando, enciendo la pipa, me siento delante de ellas y contemplo los rostros de todos los jóvenes a quienes él entrenó. Escualidos chicos blancos en la década de 1950, con el pelo muy corto y unas inocentes sonrisas en los labios. Más melencoliosos en la década de 1960 y menos sonrientes y de aspecto más duro, casi se pueden distinguir las siniestras nubes de la

---

guerra y de los derechos civiles en sus rostros. Jugadores blancos y negros sonriendo juntos en la década de 1970 y de 1980, chicos mucho más corpulentos, con uniformes más sofisticados, algunos eran los hijos de los chicos con quienes yo jugaba. Sé que todos los jugadores que me miran desde mis paredes fueron tocados para siempre por Eddie Rake. Todos ejecutaron las mismas jugadas, oyeron las mismas palabras de aliento, recibieron los mismos sermones y soportaron los mismos brutales ejercicios en agosto. Y cada uno de nosotros en determinado momento se convenció de que, en efecto, odiaba a Eddie Rake. Pero después nos fuimos. Nuestras fotografías cuelgan en las paredes y nosotros nos pasamos el resto de nuestra vida oyendo el sonido de su voz en los vestuarios y recordando con nostalgia los días en que lo llamábamos Entrenador.

»Casi todos estos rostros están hoy aquí. Un poco mayores y canosos, algunos un poco más gruesos. Y todos más tristes en el momento de la despedida al entrenador Rake. ¿Por qué nos interesa? ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué están las gradas una vez más llenas a rebosar? Pues bien, yo os diré por qué.

»Pocos de nosotros haremos algo que sea reconocido y recordado por más de unas cuantas personas. No somos grandes. Puede que seamos buenos, honrados, justos, trabajadores, fieles, amables, generosos y muy respetables. Pero no se nos considera grandes. La grandeza es tan poco frecuente que, cuando la vemos, la queremos tocar. Eddie Rake nos permitió a nosotros, los jugadores, y a los aficionados tocar la grandeza, formar parte de ella. Fue un gran entrenador que construyó un gran programa y una gran tradición, y nos dio a todos algo grande, algo que siempre conservaremos con aprecio. Aunque muchos de nosotros vivamos una larga y dichosa existencia, jamás volveremos a estar tan cerca de la grandeza. Por eso estamos aquí.

»Tanto si amabais a Eddie Rake como si no, no podéis negar su grandeza. Fue el mejor hombre que jamás he conocido. Mis recuerdos más felices corresponden a la época en que lucía la camiseta verde y jugaba para él en este campo. Añoro aquellos días. Me parece estar oyendo su voz, percibo su furia, aspiro su sudor, veo su orgullo. Siempre echaré de menos al gran Eddie Rake.

Hizo una pausa, se inclinó y se apartó bruscamente del micrófono mientras unos leves y casi tímidos aplausos recorrían la muchedumbre. En cuanto él se sentó, se levantó un caballero negro de poderoso tórax embutido en un traje gris y se acercó con gran dignidad al atril. Bajo su chaqueta resultaba visible la camiseta verde. Levantó los ojos y miró a la muchedumbre apretujada en las gradas.

-Buenas tardes -dijo con una voz que no necesitaba en absoluto el micrófono-. Soy el reverendo Collis Suggs de la Iglesia de Bethel de Dios en Cristo, de aquí, de Messina.

Collis Suggs no necesitaba ser presentado a nadie que viviera dentro de un radio de cien kilómetros de Messina. Eddie Rake lo había nombrado primer capitán negro del equipo en 1970. Había jugado durante un breve período en el A&M de Florida antes de romperse una pierna, y más tarde se había convertido en clérigo. Había creado una importante feligresía y se había introducido en la política. Durante muchos años se había dicho que si Eddie Rake y Collis Suggs querían que tú resultaras elegido, resultabas elegido. En caso contrario, mejor que retiraras tu nombre de la lista.

Sus treinta años en el púlpito habían pulido a la perfección sus dotes de orador. Su dicción era perfecta, su ritmo y su tono cautivaban a los oyentes. Todo el mundo sabía que el entrenador Rake solía introducirse discretamente en el último banco de la iglesia de Bethel los domingos por la noche sólo para oír predicar a su antiguo tackle de primera línea.

Jugué para el entrenador Rake en 1969 y en 1970. Casi todos los presentes habían visto todos los partidos.

-A finales de julio de 1969, el Tribunal Supremo de Estados Unidos dijo finalmente basta. Quince años después del caso Brown contra el Consejo de Educación, la mayoría de las escuelas del Sur seguía practicando la segregación. El Tribunal adoptó medidas drásticas y ello cambió nuestra vida para siempre. Una calurosa noche de verano estábamos jugando al baloncesto en la llamada Sección Alta del gimnasio, cuando entró el entrenador Thomas diciendo: "Chicos, nos vamos al Instituto de Messina. Vais a ser Spartans. Todos al autobús." »Aproximadamente doce de nosotros subimos al autocar y el entrenador Thomas se puso al volante y nos condujo a la otra punta de la ciudad. Estábamos confusos y asustados. Nos habían dicho muchas veces que las escuelas se integrarían, pero los titulares de los periódicos habían sido un visto y no visto. Sabíamos que el Instituto de Messina tenía lo mejor de lo mejor: preciosos edificios, campos estupendos, un gimnasio enorme, muchos trofeos y un equipo de fútbol americano que entonces llevaba ganando algo así como "cincuenta o sesenta partidos seguidos. Y que tenía un entrenador que se creía un Vince Lombardi. Sí, nos sentíamos intimidados, pero sabíamos que teníamos que ser valientes. Llegamos al Instituto de Messina aquella noche. Los miembros del equipo de fútbol

---

estaban efectuando ejercicios de levantamiento de pesos en una espaciosa sala, donde había más pesos de los que yo jamás hubiera visto en mi vida. Aproximadamente cuarenta chicos estaban haciendo músculos, sudando profusamente con música de fondo. En cuanto entramos nosotros, se hizo un profundo silencio. Ellos nos miraron. Y nosotros los miramos a ellos. Eddie Rake se acercó, estrechó la mano del entrenador Thomas y dijo: "Bienvenidos a vuestra nueva escuela." »Nos estrechó la mano a todos y dijo que le daba igual el color que tuviéramos. Todos sus jugadores vestían la misma camiseta verde. Su campo de juego era totalmente imparcial. El trabajo duro ganaba partidos y él no creía en la derrota. Recuerdo haber permanecido sentado allí sobre aquella estera de caucho, hipnotizado por aquel hombre. Se convirtió de inmediato en mi entrenador. Eddie Rake era muchas cosas, pero, por encima de todo, era el motivador más grande que jamás he conocido. Enseguida experimenté el deseo de ponerme los protectores y empezar a repartir leña.

Dos semanas más tarde iniciamos unos ejercicios a razón de dos al día en agosto, y jamás en mi vida me ha dolido tanto el cuerpo. Rake tenía razón. El color de la piel no importaba. Nos trataba como a perros a todos por igual.

Estábamos muy preocupados por los primeros días de clase, las peleas y los conflictos raciales. Y es cierto que en la mayoría de las escuelas hubo mucho de todo eso. Sin embargo aquí no. El director encomendó la seguridad al entrenador Rake y todo fue como la seda. Nos ordenó a todos llevar la camiseta verde de juego, la misma que llevamos ahora, y nos hizo formar parejas de un jugador negro con un jugador blanco. Cuando llegaron los autocares, allí estábamos nosotros para recibirlos. Lo primero que vieron los chicos negros en el Instituto de Messina fue el equipo de fútbol americano, con jugadores blancos y negros juntos, y todos vestidos de verde. Un par de exaltados quisieron armar jaleo, pero nosotros los convencimos de que no lo hicieran.

La primera polémica tuvo que ver con las animadoras. Las chicas blancas se habían pasado todo el verano practicando como equipo. El entrenador Rake fue a ver al director y le dijo que mitad y mitad sería mejor. Y así fue.. Y lo sigue siendo. Después le tocó el turno a la banda de música. No había suficiente dinero para combinar la banda blanca con la banda negra, y hacer que todo el mundo desfilara con el uniforme de Messina. Algunos chicos tendrían que quedarse fuera. Parecía que los que se iban a quedar fuera serían los negros. El entrenador Rake acudió la junta de socios y les dijo que necesitaba veinte mil dólares para comprar uniformes nuevos a la banda. Dijo que Messina tendría la banda de música de instituto más grande de todo el estado, y seguimos teniéndola.

Hubo mucha resistencia a la integración. Muchos blancos pensaban que sólo sería una medida provisional. En cuanto se terminaran los juicios en los tribunales, todo volvería al antiguo sistema de separados pero iguales. Aunque yo puedo decir ahora que separado nunca puede equivaler a igual. En nuestra zona de la ciudad hubo muchas conjeturas y se temió que los entrenadores blancos no nos permitieran jugar a los chicos negros. Y el sector blanco de la ciudad ejerció mucha presión para que sólo jugaran los chicos blancos. Después de tres semanas de entrenamiento con Eddie Rake, supimos la verdad. Nuestro primer partido de aquel año fue contra el North Delta. Ellos saltaron al campo con jugadores sólo blancos. Tenían a unos quince jugadores negros en el banquillo. Yo conocía a algunos de ellos y sabía que podían jugar. Rake puso a los mejores jugadores en el campo y enseguida nos dimos cuenta de que North Delta no había hecho lo mismo. Fue una carnicería. Al llegar al descanso, nosotros ganábamos por cuarenta a cero. Cuando se inició la segunda parte, los chicos negros del banquillo de North Delta se levantaron y tengo que reconocer que nosotros nos relajamos un poco. Lo malo era que nadie podía relajarse con Eddie Rake. Como te sorprendiera holgazaneando en el campo, tenías que quedarte en la banda con él.

Se corrió la voz de que Messina estaba empezando a alinear a sus chicos negros y muy pronto se empezó a hacer lo mismo en todo el estado.

Eddie Rake fue el primer blanco que me gritó e hizo que me gustara. En cuanto comprendí que de veras no le importaba el color de mi piel, estuve dispuesto a seguirle a cualquier sitio. Odiaba la injusticia. Y, puesto que no era de aquí, vino con una perspectiva distinta. Ninguna persona tenía el derecho de maltratar a otra y, como el entrenador Rake se enterara, se armaría la gorda. A pesar de su dureza, era tremendamente sensible al sufrimiento de los demás. Cuando me ordené pastor, el entrenador Rake acudió a nuestra iglesia para colaborar en nuestros programas de ayuda social. Abrió su casa a los niños abandonados y maltratados. Jamás ganó mucho dinero como entrenador, pero era generoso cuando alguien necesitaba ropa o comida, incluso instrucción. Entrenaba a equipos juveniles en verano. Claro que, conociendo a Rake, eso le servía también para buscar a chicos que pudieran correr. Organizaba concursos de pesca para niños sin padre. Y, tal como era propio de él, jamás pretendió el menor reconocimiento por nada de todo eso.

---

El reverendo hizo una pausa para tomar un sorbo de agua. La muchedumbre observó todos sus movimientos y esperó.

-Cuando despidieron al entrenador Rake, yo pasé algún tiempo con él. Estaba convencido de que habían sido injustos con él. Pero, con el paso de los años, creo que el entrenador aceptó su destino. Sé que lamentó mucho lo ocurrido con Scotty Reardon. Y me alegro de que esta mañana lo hayan enterrado al lado de Scotty. Puede que ahora cesen las disputas en esta ciudad. Qué ironía que el hombre que nos colocó en el mapa, el hombre que tanto hizo para unir a tantos, fuera también el hombre acerca del cual Messina se ha pasado diez años discutiendo. Que todos entierren el hacha de guerra, depongan las armas y hagan las paces a propósito de Eddie Rake. Todos somos uno en Cristo. Y, en esta maravillosa y pequeña ciudad, todos somos uno en Eddie Rake. Que Dios bendiga a nuestro entrenador. Que Dios os bendiga a todos.

El cuarteto de cuerda interpretó una melancólica balada que duró diez minutos.

Nadie como Rake para decir la última palabra. Nadie como Rake para manipular a sus jugadores por última vez.

Estaba claro que Neely no podía hablar mal de su entrenador y tanto menos en aquel momento. Desde el sepulcro, Rake se había disculpado. Ahora quería que Neely compareciera delante de aquella ciudad, aceptara sus disculpas y añadiera unas cuantas palabras afectuosas por su cuenta.

Su primera reacción al recibir la nota de Miss Lila solicitándole unas palabras de alabanza fue soltar una maldición y preguntar: «¿Por qué yo?» De entre todos los jugadores a los que Rake había entrenado, había varias docenas que estaban mucho más unidos a él que Neely. Paul sospechaba que ello se debía al deseo de Rake de hacer finalmente las paces con Neely y con el equipo de 1987.

Cualquiera que fuera la razón, no había ninguna posibilidad de negarse a pronunciar unas palabras. Paul dijo que simplemente no se podía hacer. Neely dijo que jamás lo había hecho, que jamás había hablado delante de tanta gente y ni siquiera delante de un público menos numeroso y, además, estaba considerando la posibilidad de fugarse de noche para evitar todo aquello.

Mientras avanzaba lentamente entre los jugadores, sintió que sus pies eran de plomo y notó que la rodilla le dolía más que de costumbre. Sin cojear, subió al pequeño estrado y se situó detrás del atril. Después miró a la muchedumbre que lo observaba y estuvo casi a punto de desmayarse. Entre las líneas de las veinte yardas -sesenta yardas en total- y cincuenta filas más arriba, el lado del equipo local de Rake Field no era más que una muralla de rostros que contemplaban a un antiguo héroe.

Sin necesidad de luchar, sucumbió por completo al temor. Se había pasado toda la mañana nervioso y asustado, y ahora estaba aterrorizado. Desdobló despacio una hoja de papel y tardó un poco en tratar de leer las palabras que él mismo había escrito y vuelto a escribir. «Compórtate como si no hubiera nadie», se dijo. Esta gente recuerda a un gran quarterback, no a un cobarde al que se le quiebra la voz.

-Soy Neely Crenshaw -consiguió decir con cierto aplomo. Buscó un lugar en la valla metálica que bordeaba la pista de atletismo directamente delante de él, justo por encima de las cabezas de los jugadores y justo por debajo de la primera fila de las gradas. Dirigiría sus comentarios a aquella parte de la valla y prescindiría de todo lo demás. El hecho de oír su propia voz a través del sistema de megafonía lo tranquilizó un poco-. Y jugué para el entrenador Rake de 1984 a 1987.

Consultó una vez más sus notas y recordó un sermón de Rake. El temor es inevitable y no siempre es malo. Controla el temor y utilízalo en tu propio beneficio. Como es natural, eso para Rake significaba salir corriendo de los vestuarios al campo y tratar de lisiar al primer jugador contrario que se te pusiera por delante. No era un consejo que se pudiera aplicar cuando lo que faltaban eran palabras elocuentes.

Clavando de nuevo la mirada en la valla, Neely se encogió de hombros, trató de sonreír y dijo:

-Mirad, no soy un juez ni un pastor, y no estoy acostumbrado a hablar en público. Os ruego que tengáis paciencia conmigo.

Sus adoradores le consentirían cualquier cosa. Manoseando torpemente sus notas, empezó a leer: -La última vez que vi al entrenador Rake fue en 1989. Yo estaba en el hospital, pocos días después de la operación, y una noche a



---

última hora él entró a escondidas en mi habitación. Entró una enfermera y le dijo que tendría que retirarse. El horario de visitas ya había terminado. Entonces él le explicó que se iría cuando estuviera preparado, pero ni un minuto antes. Y ella se retiró hecha una furia.

Neely levantó los ojos y miró a los jugadores. Muchas sonrisas."Su voz era firme y no se había quebrado. Estaba sobreviviendo.

-No había hablado con el entrenador Rake desde el partido del campeonato de 1987. Ahora creo que todo el mundo ya sabe por qué. Lo que ocurrió entonces fue un secreto que todos enterramos. No lo olvidamos porque eso habría sido imposible. Simplemente, nos lo guardamos. Aquella noche en el hospital levanté los ojos y vi al entrenador Rake de pie junto a mi cama con ganas de hablar. Después de unos embarazosos momentos, empezamos a contarnos chismes. Acercó una silla y nos pasamos mucho rato hablando. Hablamos como jamás lo habíamos hecho. Antiguos partidos, antiguos jugadores, montones de recuerdos del fútbol americano de Messina. Nos reímos un poco. Se interesó por mi lesión. Al decirle yo que los médicos estaban casi seguros de que no podría volver a jugar, se le humedecieron los ojos y se pasó un buen rato sin poder hablar. Una prometedora carrera había terminado de golpe, y Rake me preguntó qué pensaba hacer. Contaba diecinueve años. No tenía ni idea. Me hizo prometer que terminaría los estudios en el centro universitario, una promesa que no cumplí. Al final, hizo acopio de valor para hablarme del partido del campeonato y me pidió disculpas por sus actos. Me hizo prometer que lo perdonaría, otra promesa que tampoco cumplí. Hasta ahora.

En determinado momento y sin que él se diera cuenta, los ojos de Neely se habían apartado de las notas y de la valla metálica, y ahora miraban a la muchedumbre.

-Cuando pude volver a andar, descubrí que eso de ir a clase me exigía demasiado esfuerzo. Fui al centro universitario para jugar al fútbol americano y, cuando esta posibilidad terminó de repente, perdí el interés por los estudios. Al cabo de un par de semestres, lo dejé y me pasé unos cuantos años dando tumbos para intentar olvidar Messina, a Eddie Rake y todos mis sueños rotos. La palabra «fútbol» era para mí como una palabrota. Dejé que la amargura se encontrara y se intensificara, y decidí no regresar jamás aquí. Con el tiempo, hice todo lo posible por olvidar a Eddie Rake.

Hace un par de meses me enteré de que estaba muy enfermo y de que probablemente no sobreviviría. Habían transcurrido catorce años desde que yo pisara por última vez este campo, la noche en que el entrenador Rake retiró mi número. Como todos los antiguos jugadores presentes hoy aquí, experimenté la irresistible necesidad de regresar a casa. Y de regresar a este campo donde antaño fuéramos los amos del mundo. Con independencia de los sentimientos que me inspirara el entrenador Rake, sabía que tenía que estar aquí cuando él muriera. Tenía que despedirme de él. Y tenía que decirle, finalmente y con toda sinceridad, que acepto sus disculpas. Habría tenido que hacerlo antes.

Estas últimas palabras le salieron un poco forzadas. Así el atril e hizo una pausa para mirar a Paul y a Silo, los cuales estaban asintiendo con la cabeza como diciendo: «Adelante, sin miedo.» -Cuando has jugado para Eddie Rake, lo llevas contigo para siempre. Oyes su voz, ves su rostro, ansías contemplar su sonrisa de aprobación, recuerdas sus azotes verbales y sus sermones. Cada éxito que tienes en la vida, deseas que Rake lo sepa. Sientes el impulso de decirle: «Oye, entrenador, mira lo que he hecho.» Y quieres darle las gracias por haberte enseñado que el éxito no es un accidente. Y, con cada fracaso, sientes el deseo de disculparte porque él no nos enseñó a fracasar. Y quieres su consejo para que te ayude a superarlo.

A veces, te cansas de llevar al entrenador Rake a cuestras. Desearías fallar y no oír sus bramidos. Desearías correr y, tal vez, saltarte a un cornerback sin oír su silbato. Entonces la voz te dice que te animes, que te fijas un objetivo, que trabajes más duro que nadie, que te atengas a lo esencial, que ejecutes la jugada a la perfección, que tengas confianza y seas valiente, y que nunca, nunca te des por vencido. La voz nunca está lejos.

»Hoy saldremos de aquí sin la presencia física de nuestro entrenador. Pero su espíritu vivirá en el corazón y en la mente y el alma de todos los chicos con quienes entró en contacto, de todos los chicos que se hicieron hombres bajo la guía de Eddie Rake. Su espíritu creo que nos conmovió, nos motivará y nos consolará durante el resto de nuestra vida. Quince años después, pienso más que nunca en el entrenador Rake.

Hay una pregunta que me he formulado miles de veces y sé que todos los jugadores han bregado también con ella. La pregunta es: "¿Amo a Eddie Rake o lo odio?" La voz se empezó a quebrar y a desvanecer. Neely cerró los ojos, se mordió la lengua y trató de hacer acopio de fuerzas para poder terminar. Después se enjugó el rostro y añadió muy despacio:

---

-He contestado a la pregunta de manera distinta cada día desde la primera vez que tocó su silbato y me gritó. No era fácil amar al entrenador Rake y mientras juegas aquí, no lo aprecias. Pero cuando te vas, cuando te atreves a alejarte de este lugar, cuando te han vapuleado unas cuantas veces y te has enfrentado con alguna adversidad o algún fracaso, cuando la vida te derriba al suelo sin sentido, te das cuenta de lo importante que era el entrenador Rake. Oyes siempre su voz, instándote a animarte, a hacerlo mejor y a no darte nunca por vencido.

Echas de menos aquella voz. Cuando te alejas del entrenador Rake, le echas enormemente de menos.

Ahora le estaba costando un esfuerzo. «O te sientas o pasas un mal rato», se dijo. Miró a Silo y le vio apretar un puño, como diciendo: «Termina ya de una vez.» -He querido a cinco personas en mi vida -dijo, mirando valerosamente a la multitud. Sintió que se le debilitaba la voz, apretó los dientes y prosiguió: A mis padres, a cierta chica que hoy está presente aquí, a mi ex mujer y a Eddie Rake.

Hizo una larga y dolorosa pausa y después dijo: -Y ahora, voy a sentarme.

Cuando el padre McCabe terminó la bendición y despidió a la multitud, hubo un pequeño movimiento. La ciudad aún no estaba preparada para despedirse de su entrenador. La muchedumbre contempló desde las gradas cómo los jugadores se levantaban y se congregaban alrededor de Miss Lila y de la familia.

El coro cantó un delicado espiritual y algunas personas empezaron a dirigirse hacia la entrada principal. Todos los jugadores querían decir algo a Jesse Trapp, como si el hecho de hablar con él pudiera retrasar su inevitable regreso a la cárcel. Al cabo de una hora, Rabbit puso en marcha el cortacésped John Deere y empezó a recortar la zona de anotación sur. A fin de cuentas, tenía que jugarse un partido. Faltaban cinco horas para el saque contra Hermantown. Cuando Miss Lila y la familia empezaron a retirarse de la tienda, los jugadores las siguieron muy despacio. Unos operarios desmontaron rápidamente la tienda y retiraron el entarimado y las sillas plegables. Los banquillos de casa se volvieron a colocar en línea recta.

El equipo de pintores del campo, unos entusiastas seguidores altamente especializados, empezaron a correr de un lado para otro, pues llevaban un poco de retraso. Adoraban a Rake, pero el campo tenía que despejarse y había que retocar el logotipo del centro. Llegaron las animadoras y empezaron a distribuir pancartas pintadas a mano por toda la valla que rodeaba el campo, y después efectuaron pruebas con una máquina de producir niebla para realzar la triunfal entrada del equipo a través de la zona de anotación. A continuación, fijaron centenares de globos alrededor de los postes. Rake era sólo una leyenda para ellas. Y, en aquellos momentos, tenían otras cosas mucho más serias en que pensar. Se oía en la distancia la banda de música ensayando y afinando los instrumentos, y practicando maniobras en uno de los campos de entrenamiento.

En la entrada, los jugadores se estrecharon la mano, se abrazaron y se hicieron las consabidas promesas de reunirse más a menudo. Algunos tomaron unas rápidas instantáneas de los restos de los viejos equipos. Más abrazos, más promesas, más tristes miradas al campo donde antaño jugaran bajo el gran Eddie Rake.

Al final, se fueron.

El equipo de 1987 se reunió en la cabaña de Silo a pocos kilómetros de la ciudad. Era un viejo pabellón de caza en lo más profundo del bosque, y junto a la orilla de un pequeño lago. Silo se había gastado bastante dinero en él... Había una piscina, tres cubiertas a distintos niveles para descansar como Dios manda y un nuevo embarcadero que se adentraba quince metros en el agua, donde terminaba junto a un pequeño cobertizo para embarcaciones. Dos de sus empleados, sin duda unos maestros en el arte de robar coches, estaban asando unos bistecs a la parrilla en una cubierta inferior. Nat Sawyer llevaba una caja de puros de contrabando. Había dos barriletes de cerveza en hielo que poco a poco se fueron desplazando hacia el cobertizo, donde Silo, Neely y Paul permanecían sentados en unas sillas plegables intercambiándose insultos, contando chistes y charlando de todo menos de fútbol. Los barriletes fueron atacados con furia. Los chistes subieron de tono y las carcajadas sonaron más fuerte. Los bistecs se sirvieron hacia las seis.

El plan inicial era ver jugar a los Spartans aquella noche, pero no se habló para nada de abandonar la cabaña. A la hora del saque, casi ninguno de ellos estaba en condiciones de conducir. Silo estaba bebido y llevaba camino de sufrir una fuerte resaca.

Neely se bebió una cerveza y después pasó a las bebidas sin alcohol. Estaba cansado de Messina y de todos los recuerdos. Ya era hora de abandonar la ciudad y regresar al mundo real. Cuando empezó a despedirse, todos le

---

suplicaron que se quedara. Silo estaba casi llorando cuando lo abrazó. Neely prometió regresar en cuestión de un año a aquella misma cabaña del bosque para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Rake.

Acompañó a Paul a casa en su automóvil y lo dejó en el camino de la entrada.

-¿Hablas en serio al decir que volverás el año que viene? -le preguntó Paul.

-Pues claro. Aquí estaré. -¿Lo prometes?

-Sí.

-Pero tú no cumples las promesas. -Ésta sí.

Pasó por delante de la casa de los Lane y no vio el vehículo de alquiler. A aquella hora Cameron ya estaría probablemente en su casa, a millones de kilómetros de Messina. Puede que pensara en él una o dos veces en los siguientes dos días, pero los pensamientos no perdurarían.

Pasó por delante de la casa donde había vivido durante diez años y por delante del parque donde jugaba al béisbol y al fútbol americano infantil. Las calles estaban desiertas porque todo el mundo se encontraba en Rake -Field.

En el cementerio, esperó a que otro veterano de los Spartans terminara sus meditaciones en la oscuridad. Cuando, al final, la figura se levantó y se retiró, Neely avanzó muy despacio en medio del silencio. Se agachó al lado de la lápida de Scotty Reardon y tocó la húmeda tierra de la tumba de Rake. Rezó una oración, derramó una lágrima y se pasó un buen rato despidiéndose.

Circuló alrededor de la plaza desierta y recorrió las calles más apartadas hasta que encontró el sendero de grava. Aparcó en Karr's Hill y se pasó una hora sentado en la cubierta del motor, contemplando y escuchando el partido en la distancia. Bien entrado el tercer cuarto, decidió marcharse.

Ahora el pasado ya no existía. Se había ido con Rake. Neely estaba cansado de los recuerdos y de los sueños rotos. «Déjalo ya -se dijo-. Jamás volverás a ser el héroe. Aquellos días ya se fueron.» Mientras abandonaba la ciudad, se hizo el propósito de regresar más a menudo. Messina era su única ciudad natal. Los mejores años de su vida estaban allí. Regresaría y vería jugar a los Spartans el viernes por la noche, se sentaría con Paul y Mona, y con todos los hijos de éstos, asistiría a fiestas con Silo y Hubcap, comería en Renfrow's y bebería café con Nat Sawyer.

Y cuando se mencionara el nombre de Eddie Rake, sonreiría y puede que se riera y contara alguna anécdota. Pero una anécdota con final feliz.